
Bianca
aventura, intriga y pasión.
Para un hombre como Guy una cantante sólo significaba una aventura pasajera.
Novelas con corazón
Doble engaño
Margaret Pargeter
Lea Barbara
México $ 90
Venezuela Bs. 9
Otros países U.S. Dls. 1.50 o su equivalente
Lea julia
Lea Jazmín
Lea Superromance

Doble Engaño

Margaret Pargerter

Doble engaño (1983)
Título Original: Prelude to a song (1982)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: **Bianca 137**
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Guy Mason y Alana Hurst

Argumento:
Para un hombre como Guy una cantante solo significaba una aventura pasajera.
Alana sabia que corría un gran riesgo al abandonar la provincia para ir a Londres en busca de trabajo como cantante. Razones familiares la obligaron a dar este paso peligroso. Por ello, se considero muy afortunada cuando un extraño, en el tren, le ofreció no solo un atractivo trabajo sino también un lugar donde vivir.
Pero la gratitud de la joven hacia Guy Mason desapareció cuando descubrió que la engañaba y él, a su vez, la acuso de hacer lo mismo.

Indice

Capítulo 1

La joven estaba cansada y tenía sueño, cuando dos jovenzuelos se sentaron frente a ella, en el tren, y la miraron con insistencia.

—¿Vas a Londres? —le preguntó uno, a la vez que la observaba con descaro. Nerviosa, Alana se ruborizó, ignorándolo—. ¿Te quedarás por mucho tiempo? —insistió.

Como ella permaneció callada, el muchacho le guiñó un ojo a su compañero y soltaron una carcajada; de nuevo se volvió hacia ella.

—¿Sabes? Nos gustaría conocerte mejor.

Algo había en su mirada que hizo que el pánico de Alana aumentara. Entonces se levantó y cogió la maleta que se encontraba junto a ella.

—Disculpen —dijo entre dientes—, estoy acompañada.

—No lo habíamos notado —dijo el otro chico, burlón—, ¿y dónde está él? —con exageración simuló buscar bajo la mesita de servicio.

—Él… él volverá en un momento —los miraba asustada, mientras trataba de liberar la maleta que quedó atrapada entre el asiento y la ventana. Ninguno de los dos hizo nada por ayudarla.

—Y, si estás acompañada, ¿por qué quieres cambiar de asiento? —inquirió el de la mirada atrevida, acercándosele—. Cuando regrese, no te encontrará —sonrió con desdén—. Piénsalo, una chica tan linda como tú, sola en la gran ciudad, necesitará de todos los amigos que pueda conseguir, y tú, no encontrarás a nadie mejor que nosotros.

—No, gracias.

El chico se le acercó más, tocándole amenazador el brazo desnudo.

—Mira querida, conmigo no te des aires de grandeza, conozco muy bien a las de tu clase.

El compartimento del tren estaba casi vacío. Un anciano dormitaba en un asiento, al lado del pasillo; más adelante, dos señoras de edad cabeceaban también. En ese momento, cuando

Alana comprobaba su impotencia, la puerta del vagón se abrió y entró un hombre con dos latas de cerveza y un paquete de sándwiches.

Ella reaccionó instintivamente y le impidió el paso.

—¡Oh, querido! ¡Cuánto tardaste en volver!

Los jovenzuelos desaparecieron de inmediato.

El desconocido a quien Alana se aferró, era alto, apuesto y de más edad que cualquiera de los muchachos. Enarcó las cejas en un gesto interrogante.

—Lo siento —murmuró Alana—, pero necesitaba protección.

—La próxima vez, tire del cordón de alarma —le aconsejó cortante y se zafó de ella—. No me molesta ayudarla, pero los guardianes suelen estar cerca.

La empujó a su asiento y se sentó frente a ella.

—¿Por qué no pensé en ello? —preguntó la chica moviendo la cabeza.

El hombre la observaba con tal fijeza, que pareció quedar atrapada por esos ojos grises, pero cuando sus miradas se encontraron, Alana experimentó una sensación extraña.

¿Qué era lo que pasaba?, se preguntó, suspirando. Con esfuerzo apartó sus ojos de él, y entonces se dio cuenta de que estaba temblando.

—Gracias por su ayuda, de todos modos —le dijo—, y no se detenga más por mí. Estaré bien.

—Esos hombres deben haberle dado un buen susto. Conozco a los de su clase. Son desalmados. No se dan por vencidos fácilmente, pueden volver. Además, no será ningún problema hacerle compañía por un rato —él no se movió.

—Pero… ¿y su equipaje?

—No llevo ninguno.

—¿Si viene usted del norte, habrá pasado allá la noche, ¿no trae, por lo menos su pijama?

—No uso.

—¡Oh! —exclamó y sus mejillas se colorearon. Estaba avergonzada, sin saber qué decir. No se atrevía a mirarlo. Ahora deseaba que se fuera—. Su esposa debe estar esperándolo.

—Tampoco tengo esposa.

—Por lo que veo, usted es de las personas que viajan sin ningún impedimento —comentó con cierta ironía y se percató de que él sonreía, divertido.

¿Por qué creía saber todo acerca de este hombre, un perfecto desconocido? Era como si él fuera una parte de ella.

—Me alegra saber que tiene sentido del humor —cortó él sus pensamientos, burlón—. Pero, dígame, ¿qué tiene de interesante una mesita del Ferrocarril Británico, que no le quita la vista de encima?

Sin pensarlo, Alana levantó la cabeza, y sus ojos quedaron de nuevo capturados por la mirada de él.

—Azules —dijo él—. Increíblemente azules. Los únicos ojos que yo he conocido tan azules como los suyos, pertenecieron a mi madre.

—Los suyos son grises —murmuró tímida.

Vagamente, Alana estaba consciente de otras cosas acerca de él; era alto, fuerte, por lo mismo, se habían asustado los chicos.

Era frío y seguro de sí mismo, tendría unos treinta y cinco años, o tal vez más. ¡No le sorprendía que los muchachos se esfumaran! Dentro de su atuendo informal, se adivinaba una fuerte y poderosa musculatura. Sus manos, que ella observó cuando depositó las latas sobre la mesa de servicio, daban la impresión de ser más fuertes de lo común. Ahora recordaba cuando las tocó y sintió un ligero escalofrío.

Él sonrió con sensualidad.

—Mi madre solía decirme que si encontraba a una mujer con los ojos tan azules como los de ella, me casara, para que mis hijos tuvieran los ojos más hermosos del mundo.

De nuevo Alana se perturbó. Quizá él trataba de fastidiarla un poco por la molestia que le había causado, pero, de pronto, tuvo la sensación de qué era mucho más peligroso que los dos muchachos. La recorría con la mirada.

Como había dicho que era soltero, se sentía con derecho a mirar a una mujer como se le antojara, Alana deseaba que dejara de hacerlo con ella, pues su incomodidad iba en aumento debido a los rápidos latidos de su corazón.

¿Cómo podía ella, Alana Hurst, una joven juiciosa, de veinte años, dejar que su imaginación volara en esas fantasías? Lo más probable era que unos minutos más tarde, él desapareciera y jamás volviera a verlo. Trató de controlarse y dar a su voz un tono de indiferencia.

—Estoy segura de que tendría docenas de hijos de bellos ojos azules si se casara con todas las chicas que encontrara con ese color

de ojos.

—¡Oh! No soy tan ambicioso —sonrió, y por fin desvió su mirada del cuerpo de Alana.

De pronto parecía un hombre tranquilo, incapaz de provocarla deliberadamente, y se reprochó de nuevo por su exagerada fantasía.

—¿Es su primer viaje a Londres? —preguntó antes que la chica pudiese hacer otro comentario.

—No, ya estuve antes, con mis padres —respondió, recordando cuando iban a dejarla en la escuela y, algunas veces, se quedaban en Londres unos días; eso fue cuando tuvieron medios para hacerlo, pero no tenía que hablar de esto con él.

—Pero es la primera vez que viene sola, ¿verdad?

—Sí —prefirió responder con la verdad pues él era demasiado astuto para aceptar un engaño.

Él desconocido le ofreció una de las latas de cerveza, y ella la aceptó.

—¿Está disfrutando de unas vacaciones?

—No —respondió, bebiendo la cerveza fría. Él la miraba con insistencia.

—No cabe duda de que tiene usted una conversación amena. Si está insinuando que soy impertinente, ¿por qué no me lo dice de una vez? —y al ver que ella hacía un gesto de arrepentimiento, añadió—: Solo trataba de ser amable…

¿Acaso conocería la amabilidad?, pensó Alana observando cierta dureza en sus facciones. La sensualidad de su boca y la firmeza de la barbilla indicaban que se trataba de un hombre acostumbrado a librar batallas… y a ganarlas. Volvió a sentir escalofrío y titubeó antes de hablar.

—Lo siento, no estoy de vacaciones; la verdad es que voy a Londres en busca de empleo —su mirada se encontró de nuevo con aquellos ojos en los que solo encontró ironía.

—¡Ah! —y con esta sílaba demostró su cinismo—. Así que las brillantes luces de la ciudad, la atraen como a las mariposas la luz.

—No, se equivoca usted, es un caso de necesidad —replicó.

—Esa es una gran palabra —replicó—, créame. La mayoría de la gente la confunde. ¿Está segura de que sabe lo que significa?

—Sí, señor… —y como él no se dio por aludido, ella continuó con amargura—: Sé bien lo que significa. Cree que si yo hubiera encontrado trabajo en otra parte, ¿estaría sentada en este tren?

—¿Qué clase de trabajo es el que busca? —y antes de que ella

respondiera agregó—: No, no lo diga, déjeme adivinar…

Y a pesar de que Alana no deseaba ser sometida a un nuevo escrutinio, tuvo que permanecer quieta y silenciosa, mientras él la estudiaba.

—Tiene voz seductora y un aire gentil que no sugiere exactamente pobreza, sin embargo, hay algo oculto que no puedo descifrar.

Como él hiciera una pausa, ella habló, deseando terminar con esas suposiciones.

—Si no le importa, desearía permanecer en el misterio —y con una leve sonrisa, añadió—: De cualquier modo, se supone que las mujeres somos misteriosas…

—No para mí.

Alana ahogó un ligero suspiro, y pensó que era una fortuna que no todos los hombres fueran cínicos.

—Ahora, permanezca quieta —le ordenó con seriedad—. Supongo que es menor de edad.

—Tengo veinte años, —contestó ella con rapidez.

—Con trabajo recuerdo esa edad —hizo una mueca—, pero cuando se tienen treinta y siete años eso ya no importa. Bueno, como no tiene aspecto de estudiante lo más probable es que se dedique a una actividad artística.

—Soy cantante.

Se quedó asombrada de su espontaneidad, pero se dio cuenta de que él, con su astucia, la había provocado.

—¿Usted canta? —preguntó él, sorprendido.

—Por supuesto que sí —replicó, sintiéndose insegura—. Quizá no sea la mejor, pero, puedo ganarme la vida.

—Y, ¿por qué cantando?

Ella percibió cierta censura detrás de aquellas palabras.

—No encontré otro empleo mejor —contestó.

—¿Acaso se propuso encontrarlo?

Ahora no le quedaba la menor duda sobre su desaprobación, sin embargo, ¿qué podía importarle lo que ella hiciera? Solo era una conversación intrascendente.

Sintió un deseo enorme de defenderse y le explicó:

—Yo cantaba con un grupo, en Manchester, principalmente en centros nocturnos, pero uno de los compañeros se casó con una joven estadounidense y se fue.

Con toda intención ocultó mencionar que era su hermano.

—¿Acaso usted estaba enamorada de él?
—¡Por supuesto que no! —exclamó enfadada.
Él notó el rubor que subía a las mejillas de la joven y continuó con sus suposiciones.
—Me temo que las evidencias indican otra cosa, pues un grupo no se desintegra solo por el retiro de uno de sus miembros. Él pudo haber sido reemplazado.
—Fue una de esas cosas… —no podía explicarle que sin la protección de Andrew, quedó a merced de Rick Portman, el jefe del grupo que estaba enamorado de ella. Si no llega alguien en su auxilio, la primera noche que estuvo sola, habría quedado amargada para toda la vida.
"¿Tendrían que estar rescatándola siempre del peligro?", pensó con tristeza, renegando de su gran atractivo que la exponía, indefensa, al asedio masculino.
—Y ya que no pudo continuar cantando en Manchester, ¿por qué no intenta hacer otra cosa? —preguntó él amable.
—¿Quiere usted decir, que cambie de actividad?
—Sí.
De nuevo reprimió el deseo de confesar cómo sus ancianos padres vivían dentro de la irrealidad, negándose a aceptar que eran solo unos pobres pensionados.
Andrew, por su parte intentó ayudar, pero su única perspectiva era la música y como en ese campo no se destacaba, la ayuda había sido limitada. Fue entonces cuando Alana insistió en unirse al grupo musical y así, la situación económica mejoró. Ella no quería abandonar sus estudios, pero el grupo decidió salir de gira y ella era la que le daba el éxito. Su voz gustaba y además los hombres la aclamaban por su belleza.
Andrew y ella, se las habían arreglado para mantener a sus padres con cierta comodidad. Pero Andrew conoció a la chica de Nueva York ya las pocas semanas se casaron. Prometió enviar dinero, pero poco después escribió diciendo que Tally estaba embarazada y su salud se había visto afectada por una rara enfermedad que requería de costosos tratamientos.
Así fue como Alana tuvo que decidir su partida hacia Londres, en busca de un trabajo que le permitiera pagar las deudas contraídas por sus padres. En Manchester no había logrado colocarse en ningún conjunto, puesto que Rick Portman era amigo de casi todos los músicos de esa localidad, y le cerraron las puertas.

—Quizá sí debiera cambiar de ocupación —se encontró de pronto pensando en voz alta mientras su compañero la miraba con impaciencia—, pero en otro empleo no ganaría lo suficiente…

—Suficiente… ¿para qué?

Alana se sobresaltó antes de responder:

—Para vivir. He descubierto que una no puede vivir sin dinero y a mí… pues… me gusta ayudar a mis padres.

La mirada suave de él cambió y le habló con dureza.

—Siempre es lo mismo, ¿por qué no reconoce que persigue el dinero para su satisfacción? Es increíble ver cómo los jóvenes imaginan que las calles de Londres están pavimentadas con oro.

—Yo no soy una jovencita —protestó.

—Eso sí me consta —confirmó él, con sequedad.

Algo había en esa voz que la sobresaltaba y la obligaba a mirarlo de nuevo a los ojos, experimentando una fuerte atracción hacia él.

"Si fuéramos amantes", pensó "no necesitaríamos tocarnos, con solo mirarnos sería suficiente".

—Y ¿cómo intenta encontrar un trabajo en Londres? —preguntó cortante—. ¿Acaso no sabe que existen cientos de chicas buscando un trabajo similar, impulsadas por la ambición de ver sus nombres en una cartelera iluminada? La competencia es muy fuerte. ¿Sabe a lo que se expone?

—Creo que cada quien debe buscar su oportunidad, ¿o no es así?

—¿Está en sus cabales? —su boca se curvó en una sonrisa tan sarcástica que la hizo estremecer—. Debe saber que lograr un trabajo puede depender de lo que esté dispuesta a dar en ese ambiente, ¿sabe a lo que me refiero?

Alana se ruborizó al recordar a Rick Portman, pero en ese tiempo, Andrew había sido su guardián. La protegió siempre, aunque ella ni siquiera lo había notado. Se dio cuenta, cuando él ya no estaba.

—No soy tan ingenua —arguyó indignada—, y creo que mucha gente como usted tiende a exagerar lo que sucede en el medio artístico. Yo sé lo que estoy haciendo y nada malo me pasará.

—Bien, su virtud, si aún la tiene, no es mi problema. Si está preparada para caer en los brazos de cualquiera.

—¡Yo no me voy con cualquiera! —exclamó furiosa.

—Pues entonces, no sería mala idea que fuera aprendiendo a hacerlo —y sin remordimiento prosiguió—: ¿Qué tal si le propongo que se quede conmigo unas semanas?

—La respuesta es ¡no! —contuvo los deseos de abofetearlo. No obstante su enfado, le parecía increíble que el corazón le latiera con violencia a pesar de la ofensa y que tuviera el sentimiento dé que solo estaba aplazando lo inevitable.

—¿De qué manera se propone alcanzar la fama y la fortuna por sí misma, ahora que tuvo el valor de escapar de su hogar?

—Para empezar, no tengo por qué quedarme a escuchar sus insultos, aun agradeciéndole la ayuda que me brindó. Cambiaré de asiento, si es que usted no quiere irse.

Se levantó con rapidez y terminó su pequeño discurso con una venia dispuesta a retirarse, pero se quedó quieta al observar que en la puerta que comunicaba con el siguiente vagón, estaban los dos jovenzuelos en actitud de espera. No pudo evitar una exclamación de angustia. Él se dio cuenta de la situación y se puso de pie. En ese momento los muchachos volvieron a desaparecer.

Volvió su mirada hacia Alana, sonriendo burlón.

—¿Prefiere ir con ellos?

—No —suspiró, sentándose de nuevo, como dispuesta a aceptar cualquier cosa que él le pidiera—. Lamento haber sido tan ruda. En todo caso debería estar agradecida —y añadió con humildad—: Si no tiene otra cosa que hacer, ¿podría acompañarme hasta que lleguemos a Londres?

—Por supuesto que sí —respondió divertido—. Todos, a veces podemos ser un poco rudos. Y hasta creo que sería conveniente que saliéramos juntos de la estación. Ellos pueden estar esperándola. En realidad no creo que sean peligrosos, pero unos chicos aburridos son capaces de cualquier cosa con tal de divertirse…

—Ese es un riesgo que debo correr —algo le decía que era imperativo escapar no solo de los jóvenes perseguidores, sino también de este extraño—. Tomaré un taxi.

—¿Hacia dónde? —la miró, adivinando su angustia.

—Buscaré una habitación, quizá el chofer del taxi pueda ayudarme. Y si no, habrá oficinas de información.

—¡Dios mío! —exclamó él—. Parece una niña. ¿Acaso no sabe que conseguir una habitación en un hotel de Londres es difícil? A menos que conozca a alguien.

—Bueno, no conozco a nadie —la angustia la tenía al borde de las lágrimas. De pronto se dio cuenta de su situación; estaba frente a un desconocido que la había insultado, pero le atemorizaba rechazarlo.

—Escúcheme. No sé por qué le ofrezco ayuda, pero algo me dice, que no puedo abandonarla a sus débiles fuerzas. Podrá argüir que tiene mucha experiencia, pero para su buena suerte, a mí me parece solo una jovencita inocente y asustada.

Alana preguntó con ansiedad:

—¿Quiere decir que me dirá cómo encontrar un cuarto?

—Resulta que conozco un hotel en el que hay un centro nocturno, uno de los mejores de Londres y puedo decirle que acostumbran buscar nuevos talentos para sus espectáculos.

—¡Me parece increíble! —exclamó ella con asombro.

—No se haga ilusiones. No le estoy garantizando un empleo, eso será cosa suya, pero si quiere le daré una nota para que se presente con Milo Sachs, que es el encargado del espectáculo del Hotel Remax; tal vez le dé una oportunidad.

—El señor Sachs, ¿es amigo de usted? —Alana suspiró.

—Así lo creo.

—¿Es usted un buscador de talentos? —se arrepintió de haberlo dicho pero, mirándolo atrevida, insistió—: ¿Lo es?

—No precisamente —su seriedad aumentó—. Pero lo seré por esta vez, para usted.

Alana estaba desconcertada. Había oído hablar del Hotel Remax, ¿quién no? Era tan conocido como el Ritz o el Savoy. No sería fácil conseguir una oportunidad, por tratarse de una cantante desconocida.

—¿Usted, trabaja también allí? —le preguntó de pronto. La respuesta fue inmediata, tal vez él esperaba la pregunta.

—En ocasiones, cuando están necesitados de personal.

—¡Oh!, ya veo —al menos eso explicaba en parte la situación—. Espero que no lo interprete mal… —titubeó—, pero si yo lograra ese empleo, me gustarla agradecérselo.

—¿Y qué tal si le pido un agradecimiento que no está preparada para dar? —inquirió con frialdad mientras Alana lo miraba sorprendida—. Calma, chiquilla, le aseguro que podrá recompensarme ofreciendo una buena actuación, de otra manera, Milo pensará que me he vuelto loco.

En ese momento se dio cuenta de que nunca había conocido a alguien tan extraño, con ese dominio de emociones. Con la curiosa sensación de que soñaba, lo miró mientras él sacaba de uno de sus bolsillos una libreta de notas y escribía unas palabras. Arrancó la hoja, la dobló y anotó los datos de Milo Sachs, antes de dársela a

Alana.

—¿Puedo decir quién me envía? —el pedazo de papel, parecía quemarle las manos.

—Todo está ahí escrito. Desdoblé el papel y verá.

Molesta por el tono autoritario de él, Alana lo desdobló. Solo había dos palabras: Guy Mason. Jamás había oído ese nombre.

—Esto no es una nota.

—Será suficiente, él sabrá de que se trata.

—Espero que así sea…

—Y ahora —la interrumpió sin tomar en cuenta su preocupación —, nos acercamos a la estación de Euston. Si viene conmigo, le conseguiré un cuarto para pasar la noche.

Alana había perdido la noción del tiempo. Se sentía tan aturdida con tantos sucesos, que se levantó de un salto, casi sin aliento.

—No, por favor, señor Mason, ya ha hecho demasiado por mí.

—No me gusta hacer las cosas a medias —le aseguró mientras tomaba la maleta de la joven—. ¿Cuál es su nombre?

—Alana Hurst —respondió de prisa.

Ya que él se había apropiado de su equipaje no tuvo más que aceptar, aunque no se abstuvo de expresar sus dudas.

—Usted dijo que no habría habitaciones disponibles…

—No le estoy sugiriendo que vaya a mi casa, no por ahora, pero creo que puedo conseguirle un cuarto.

Alana trató de ignorar la ironía de aquellas palabras y se propuso no confiar en él.

—Yo no puedo… pagar demasiado… —balbuceó, en un intento por recuperar su independencia.

—No se preocupe —Guy Mason la tomó por un brazo, conduciéndola hacia la escalera del tren—. Podrá pagarme después si Milo la contrata. En el caso contrario, bueno… hay otras formas de pagar, pero no hay necesidad de considerarlas ahora.

—¡Oh! pero… —se interrumpió. No podía decirle que tan pronto como comenzara a ganar un salario tendría que enviar la mayor parte a sus padres. Y era tan remota la posibilidad de que el señor Sachs la contratara.

Su temor aumentó cuando él, haciendo caso omiso de sus protestas, la introdujo en un taxi. Conforme avanzaban rumbo a Londres, él se recostó en el respaldo del asiento, y no hizo el menor intento de conversar.

"Debo estar loca", pensó con tristeza, entrecerrando los ojos,

mientras él admiraba de reojo su bello perfil. "Quizá me mira como un comprador en potencia".

"Por supuesto, debe estar pensando que su amigo Milo le agradecerá si yo resulto una triunfadora y tal vez, el señor Sachs es espléndido con aquellos que sirven bien a sus intereses".

Guy Mason no interrumpió sus tristes pensamientos hasta que el taxi se detuvo frente a una casa antigua, grande, en una calle tranquila.

—Venga —ordenó y al chofer le indicó que esperara.

Al llamado de la puerta, acudió una mujer anciana que caminaba con ayuda de un bastón.

—¡Esta sí que es una agradable sorpresa! —exclamó al verlo—. Hace mucho tiempo que no lo veía por aquí, señor Guy.

—Lo sé, Joan —le sonrió con afecto—, he tenido mucho trabajo.

—Supongo que continúa luchando, como siempre, para ganarse la vida.

Guy Mason sonrió bonachón y procedió a presentar a la joven antes de pedir a Joan que proporcionara alojamiento a Alana en el cuarto de visitas, si es que no estaba ocupado.

La señora Brice, así se apellidaba Joan, respondió con cierta reticencia:

—Usted sabe que yo ya no deseo rentarlo…

—Solo por esta vez —le rogó él.

Molesta por esa situación, de la que se sentía responsable, Alana dijo que buscaría alojamiento en cualquier otra parte.

—No, usted no puede —Guy la miró disgustado—. Vamos Joan —le sonrió a la vieja—, solo será por una o dos noches.

Joan suspiró y asintió con la cabeza.

—Mi problema es que nunca puedo negarle nada, señor Guy.

—Mejor para usted —rio—. Y recuerde, nada de charlas, la señorita Hurst necesita dormir.

¿Qué querría decir con "nada de charlas"? y ¿cómo sabía si ella quería o no, dormir? Pero antes de protestar, Guy se acercó para despedirse.

—Le deseo suerte, señorita Hurst —enseguida se despidió de Joan con amabilidad.

—No demore tanto en volver —dijo Joan.

—No lo haré —prometió Guy.

Alana todavía estaba aturdida por todo lo que había sucedido, desde su salida de Manchester. Siguió a la señora Brice adentro de

la casa. No pudo evitar el deseo de pellizcarse para comprobar que estaba despierta, aunque esto podría también ser una pesadilla. ¿Quién le aseguraba que Guy Mason y la señora Brice, eran dignos de confianza?

La habitación tenía una cocineta adjunta con horno y refrigerador.

—Es todo un apartamento —explicó Joan con orgullo—, acostumbraba rentarlo, pero los últimos huéspedes fueron muy molestos. Sin embargo, no puedo negarle nada al señor Guy.

—Es usted muy amable y siento causarle esta molestia. ¿Con frecuencia el señor Mason le pide alquilada esta habitación?

—¿El señor qué?… ¡ah! ya veo —por un momento pareció confundida—. No, es la primera vez que me pide algo así.

Alana suspiró y colocó la maleta sobre la cama. Le hubiera gustado preguntar más acerca del señor Mason, pero se dio cuenta de que la señora Brice no estaba dispuesta a seguir hablando.

—Cuando ustedes llegaron me disponía a cenar, quizá guste acompañarme, si es que no lo ha hecho en el tren. Solo hay jamón y ensalada, pero será suficiente para las dos…

Alana aceptó agradecida.

Capítulo 2

Al día siguiente después de almorzar, Alana se dispuso a ir al Hotel Remax. "Lo más probable es que el señor Sachs se acueste al amanecer, querida. Si vas temprano perderás tu tiempo esperándolo" —le había dicho Joan esa mañana, mientras desayunaban.

La señora Brice era muy comunicativa, pero tal como Alana sospechaba, no quería hablar del señor Mason. Se limitó a decir que había sido cocinera de la madre de Guy y Alana no se sintió capaz de preguntarle más.

Después que desayunaron juntas, se negó con firmeza a aceptar el dinero que Alana le ofreció.

"No, no me ofenda, querida —le dijo sonriente—, sería muy triste la vida si no tuviera una taza de té para ofrecerle a un huésped, pero de cualquier manera, el señor Guy volverá para arreglarse conmigo y después, usted podrá hacerlo con él".

Alana salió a comprar provisiones a un lugar cercano. Adquirió lo más necesario calculando sus gastos con miras a organizarse al día siguiente en algún alojamiento que pudiera ser permanente. A pesar de las protestas de la señora Brice, le obsequió un pollo y una botella de Jerez, lo que pareció ser de su agrado.

Hacía frío cuando salió y siguiendo las indicaciones de la señora Brice, llegó con facilidad al Hotel Remax. Al mirar la imponente aunque sobria fachada, Alana casi perdió el aliento. El interior era muy lujoso, se trataba de uno de los hoteles más caros de la ciudad.

Consciente de su maltratado impermeable, preguntó en la recepción por el señor Sachs.

—¿Tiene usted cita? —inquirió la empleada.

—No exactamente… —balbuceó Alana.

—Siento decirle que él no recibe sin previa cita.

—Yo… yo tengo una nota nerviosa buscó en el fondo de su bolso y extrajo el papel dándoselo a la chica que la miró con recelo. Llamó a un mensajero y le ordenó:

—James, entrega esto al señor Sachs y trae la respuesta.

Alana, con ansiedad esperaba el regreso del mensajero. A los pocos minutos, el muchacho apareció haciéndole señas para que lo siguiera.

—Venga —le dijo algo turbado. Alana temía que el señor Sachs no estuviera de buen humor. "Bueno", pensó. "En todo caso, habrá otros lugares donde buscar trabajo…"

Al llegar a lo que parecía ser un camerino, se encontró frente al que debía ser el señor Sachs. Sintió que temblaba. Se trataba de un hombre joven, de estatura mediana y aspecto de extranjero. James, el mensajero, salió y cerró la puerta tras sí.

—Dígame, querida, ¿qué experiencia tiene? —ni siquiera levantó la vista del diario que estaba hojeando.

Ella respondió y finalmente agregó:

—Espero que el hombre que conocí en el tren, el que me dio ese papel, no exceda su autoridad, señor Sachs…

El señor Sachs contestó con ironía a la vez que doblaba el periódico:

—Guy tiene la costumbre de meter la nariz donde no le importa, pero no espera que le hagamos caso siempre.

¡Qué extraña manera de expresarse! Alana no pudo evitar decir:

—Él me dio la impresión de estar acostumbrado a ser obedecido, pero, de cualquier manera me gustaría tener la oportunidad de ser aceptada por mis propios méritos; quiero decir que él no tiene por qué influir, en su opinión.

—¿No? —su boca se torció en una mueca y Alana se preguntó qué era lo que le divertía. Algo raro había, estaba segura. Lo que dijo después el señor Sachs fue tan ambiguo que Alana se confundió más.

—Veamos primero si en realidad canta y después discutiremos si puede quedarse o no.

—Gracias —murmuró.

La miró otra vez con curiosidad, y de pronto, como si se disculpara dijo:

—Será mejor que se quite el impermeable, no es muy importante ahora ver lo que hay debajo, pero me gustaría tener una impresión general.

—Sí, señor Sachs —comenzó a desabrocharse el cinturón con manos temblorosas. La ponía nerviosa.

—Puedes llamarme Milo… —él se le acercó.

Pasaron a una habitación contigua muy espaciosa, donde unos

jóvenes tocaban música moderna, probablemente ensayando. Se hizo un silencio y Milo les presentó a la joven. Sin más preámbulos le preguntó el nombre de su canción favorita y le pidió al grupo que la interpretara.

Al terminar Alana, Milo opinó sorprendido:

—Querida, creo que con un poco de ensayo, podrás lograrlo. Ven a mi oficina para que hablemos.

Ella obedeció, despidiéndose con una sonrisa de los músicos.

De nuevo en la pequeña oficina, Milo pidió que les sirvieran café y mientras esperaban él servicio él le hizo varias preguntas sobre sus antecedentes de trabajo a los que Alana trató de responder de la manera más hábil.

—Necesitas ensayar, aunque debo confesar que hay algo que me gusta de ti: Tu voz no es potente, pero eres bella y, sobre todo, sensual —Alana se sobresaltó, pero Milo continuó—: Tendrás que vestirte bien, por supuesto, tu cabello y rostro necesitan arreglo… tu cabellera es… —se le acercó—, sensacional, nunca había visto una melena rubia tan hermosa. Será necesario darle un tratamiento adecuado, bueno, si me permites, yo me haré cargo de todo lo necesario.

Con la taza de café en la mano, se paseaba por la habitación con una mirada de júbilo.

—No me hagas caso —sonrió ante el asombro de Alana—, es que siempre me emociona descubrir algo superior a lo que esperaba.

Alana no supo qué responder y él hablaba sobre la vida y las sorpresas que aún le tenía reservadas. La joven deseaba sentarse, había estado de pie desde su llegada y se sentía desfallecer.

Al parecer Milo la aceptaría y pensó que todo había sido muy fácil; no cabía duda de que el encontrar a Guy Mason en el tren fue su golpe de suerte.

—¿Quiere decir que me contrata? —se atrevió, por fin a preguntar.

—Sí, señorita Hurst, eso mismo —y sonrió complacido—. Tendrás una oportunidad, que espero sepas aprovechar; ¡Guy solo « elige ganadores! Adivino que es uno de los secretos de su…

Se detuvo bruscamente y la joven se preguntó qué sería lo que trataba de decirle.

—¿Sí? —preguntó, invitándolo a continuar.

—Nada —adoptó la actitud de empleado sumiso—. Será mejor

olvidarnos de él, pues tenemos cosas más importantes que discutir. Estás muy verde todavía, aunque tu apariencia es excelente y cantas bien.

Sus palabras le hicieron pensar a Alana que él quería ocultar algo acerca de Guy Mason, de la misma manera que la señora Brice lo había hecho. Aunque después de todo, ¿a ella qué le importaba?

Lo mejor sería no volver a verlo.

Milo la invitó a sentarse y agradecida, lo hizo en la silla frente al escritorio. En ese momento sonó el teléfono.

—¿Sí? —preguntó molesto por la interrupción—. Bien, bien. Colgó y se levantó dirigiéndose a Alana—. Debo ver a una persona por favor, ten la amabilidad de esperar. Volveré enseguida…

Salió de la oficina y la chica trató de relajarse considerando cuan afortunada era al haber encontrado empleo tan pronto. De súbito, la puerta se abrió y Guy Mason entró.

—¡Oh! —la chica se estremeció, mientras él desviaba la mirada hacia los labios femeninos que temblaban. La mirada fue tan electrizante que sintió como si la besara. Hizo un esfuerzo para recuperar el aliento y preguntó:

—¿Qué le trae por aquí?

Guy vestía los mismos jeans del día anterior, solo se había cambiado la camisa. Su ropa era tan casual que la chica se preguntó cuál sería su ocupación.

—Vine para saber cómo le fue con la prueba. ¿Tuvo suerte?

La cercanía de ese cuerpo fuerte la perturbaba tanto como su mirada. Disimulando su emoción, respondió:

—Creo que sí. Milo salió un momento, pero cree que puedo.

—Pensé que así sería —no parecía muy convencido de ello.

—¿Acaso no lo aprueba?

Con un gesto cínico caminó hacia una de las paredes y posó la vista en el retrato de una bella bailarina casi desnuda.

—¿Le interesa esto?

—No, por supuesto que no —no pudo evitar ruborizarse, al ver cómo observaba Guy los senos casi desnudos de la bailarina.

Se volvió hacia ella y le dijo con voz sensual:

—Para ser artista, usted parece ser una chica demasiado inocente, ¿lo es?

—¿Soy qué? —preguntó desafiante, Alana.

—¡Inocente!

La joven se encolerizó. Una cosa era que le hubiera ayudado a

conseguir empleo, y otra, qué se sintiera con el derecho de insultarla.

—Soy cantante, pero con buenos principios; creo que ya se lo dije anoche, ¿o no?

—Es cierto, solo quería estar seguro.

—Puede estarlo.

—¿Se da cuenta de que Milo puede pedirle que use un atuendo parecido al de la chica de la fotografía?

—¡Yo no acepto eso! —levantó la barbilla y lo vio acercársele.

—Alguna ropa puede ser indecente, aunque usted no lo crea. Milo es muy hábil para esas cosas cuando se lo propone.

—Si piensa tan mal de él, no sé por qué me envió a verlo.

Los ojos de Guy despedían un brillo extraño. Parecía molesto, sin embargo, Alana no comprendía la razón de ese disgusto. De pronto, él llegó a su lado y Alana se levantó, pero sintió el rostro masculino tan cerca del suyo que su aliento le rozaba la pálida mejilla. Quería protestar en contra de una sensación extraña que se apoderaba de ella, pero la mirada de Guy la mantuvo paralizada y muda.

Sintió cuando él puso las manos en sus hombros cubiertos por un sencillo suéter y le habló calmado.

—Tal vez sí me arrepienta de haberla enviado aquí, pero antes que Milo regrese, quiero saber si acepta cenar conmigo esta noche.

¿Cómo se atrevía á invitarla después de haberle hablado en la forma que lo hizo? ¿O solo buscaba otra ocasión para atormentarla?

—¿Voy a divertirme? —preguntó Alana con amargura.

—Por supuesto.

—Está muy seguro de sí —dijo con enfado.

—No, más bien seguro de lo que quiero —y mientras hablaba deslizó las manos por el cuello de la joven.

Algo en su voz la turbaba pero el roce de sus manos le provocaba algo peor, un estremecimiento indescriptible.

—Sin embargo, usted ignora qué es lo que deseo —expresó casi sin aliento.

—Escucho los fuertes latidos de su corazón —le tomó una muñeca— y eso la delata.

Su insolencia era increíble. Furiosa se alejó de él convencida de que su nerviosismo era causado por su disgusto.

—Le preguntaré al señor Sachs. Quizá me necesite para trabajar hoy mismo —trataba de no aceptar sin parecer violenta.

—No, Alana, no te necesitará —la tuteó por primera vez—. No esta noche. No puedes presentarte en un escenario, recién llegada de la provincia, tendrás que prepararte.

—¿Cómo lo sabes? —respondió ella, tuteándolo también.

—Es lo común en estos casos, querida.

Por supuesto que debería saberlo si era también empleado del hotel.

—No me agradas —dijo Alana tratando de engañarse—, pero creo que no debo negarme, estoy en deuda contigo.

—No te preocupes, es posible que dentro de pocas semanas ya no me debas nada —Guy entrecerró los ojos.

Como ella no quería seguir discutiendo inquirió:

—¿No tienes que volver a tus ocupaciones? No me gustaría ser la culpable de que perdieras el empleo.

—¡Oh! No te preocupes.

Alana lo miró divertida y continuó:

—Debes tener un jefe muy tolerante. ¿O acaso es una jefa?

—No por ahora, pero tal vez un día lo sea —contestó con sequedad.

Alana sintió pena por él, pues no parecía ser del tipo que ocupa un puesto secundario, dada su arrogancia. Entonces le habló con dulzura:

—Deberías esforzarte para llegar a la cumbre.

—Me parece buena idea —respondió—. Pasaré por ti a las siete.

—Espero estar allá a esa hora —recordó que debería buscar alojamiento. Se lo dijo cuando él se disponía a salir.

—¿Qué? —preguntó sorprendido—. ¿Tuviste algún problema con Joan?

—No, nada de eso. Ella es muy amable, pero como es anciana siento que estoy causándole molestias.

—¿Te lo dijo ella?

—No…

—Entonces, no te preocupes en buscar. Quédate ahí por lo pronto, y una vez que Milo decida y firmes el contrato con nosotros… digo, con el hotel, podrás vivir aquí.

Todo sucedía tan de prisa, que Alana no estaba preparada para ello. Titubeó antes de decir:

—No sé si me gustaría, más bien, no sé si será correcto.

—Pronto cambiarás de opinión, tan pronto sepas lo que yo… lo que Milo ha dispuesto para ti. Te apuesto toda mi fortuna que no te

negarás.

El regreso de Milo impidió que expresara su indignación.

—Hola, Guy —saludó mirando a uno y otro—. Por lo que veo, han estado profundizando su amistad.

—En cierto modo… —dijo Guy burlón—, vine a saber qué piensas de ella.

—Está como recién nacida, pero lo hace bien, quiero decir, lo hará bien una vez que yo termine con ella.

Por un segundo, Alana creyó ver un destello de violencia en la mirada de Guy.

—Con un poco de esfuerzo lo logrará. No le faltan atractivos.

¿Cómo se atrevían a hablar de ella, como si no estuviera ahí?

Alana apretó las manos furiosa. Milo tampoco estaba muy contento, pues frunció el ceño tan pronto Guy abandonó la oficina sin decir más.

—Espero que no piense que yo le he provocado —murmuró ella y Milo esbozó una sonrisa, divertido.

Pero de pronto se tornó serio y comentó:

—¿Sabes querida? No sabes ni la mitad de nada. Esto te puede traer complicaciones. Guy no da oportunidad de elegir. Cuando a él le gusta una chica la toma y cuando se cansa la abandona, entonces ella queda destrozada y eso se refleja en su trabajo. ¡No quiero que eso te suceda!

—¿Tiene muchas "amigas"? —al preguntar, Alana sintió miedo de la respuesta.

—No, no digo que sea un sinvergüenza, pero desde hace varios años que no lo veo con alguien por mucho tiempo. Creo que le interesas pero pienso que no te conviene.

—Yo no creo que el señor Mason se interese en una chica como yo —y una extraña sensación volvió a asaltarla—. Y suponiendo que así fuera, ¿por qué dices que no me conviene?

—Cuando contrato a una artista, me gusta que sea dedicada —le advirtió Milo—; y si ella tiene un amante, no me opongo, siempre y cuando esto no se interponga en su trabajo.

—¿Y crees que el señor Mason lo haría?

—El señor Mason es otra cosa.

Milo no estaba dispuesto a aclarar nada aun cuando se percató de que ella no lo entendía. "Quizá Guy Mason supiera algo sobre Milo, que le permitía dominar la situación", pensó Alana intrigada. Y midiendo cada una de sus palabras, por fin se atrevió a preguntar:

—Y… ¿qué papel desempeña él en este negocio?

—Él visita los hoteles y hace una cosa aquí y otra allá.

—Como quien dice es ¡bueno para todo! —exclamó desdeñosa, y decidió no preguntar más.

Milo, encantado de dar por terminado el tema, pasó de inmediato a informarle sobre las condiciones del contrato, que eran excelentes y el salario, el mejor que había tenido en su vida.

—¿Cuándo empiezo?

—La semana próxima —respondió Milo, confirmando lo que Guy Mason le había asegurado—, pero hay bastantes cosas por hacer antes.

Alana lo miró con miedo, pensando en aquella terrible preocupación que la atormentaba y se atrevió a inquirir titubeando:

—¿Sería posible que me diera un anticipo?

—¿Anticipo? —preguntó sorprendido—. ¿De cuánto?

—Le agradeceré que me facilite, digamos… quinientas libras —se ruborizó, nunca pensó lo difícil que era pedir.

—¡Quinientas libras! —se quedó mirándola, sorprendido—. ¿Se trata de una deuda o necesitas comprar algo?

Prefirió decir la verdad.

—Es para pagar una deuda.

—Ya veo… —quedó pensativo y añadió—: Bueno, podría ser posible, pero primero debo hablar con la gerencia.

—¿Le puedo pedir el favor de que esto sea confidencial?

—Por supuesto que sí.

Alana deseaba poder decirle que el dinero era para sus padres, pero guardó silencio, no quería comentar nada sobre ellos. Quinientas libras serían suficientes, por el momento, y deseaba con desesperación que Milo le consiguiera el dinero.

Cuando Alana regresó a la casa, la señora Brice no solo la felicitó por su nuevo trabajo, sino que le sugirió que se quedara a vivir ahí.

—No te voy a decir que me siento sola, ni que necesito el dinero —le dijo—, pero eres una chica encantadora y creo que estarás más segura viviendo aquí.

Sentadas en el comedor, mientras tomaban el té y comían un pastel que Alana llevó, la joven recordó el compromiso para salir con Guy Mason y como su ropa aún estaba en la maleta, tenía que planchar un vestido. Lo comentó a la señora Brice, pero ésta no dijo nada, cosa que a Alana no le extrañó, dada la actitud de reserva de

la mujer desde el principio, respecto a su amistad con Guy Mason.

A las siete bajó, ya arreglada para la cita, y le sorprendió encontrarlos charlando amigablemente en la cocina.

—El señor Guy llegó temprano —sonrió la señora Brice—, no lo escuchaste porque el timbre de arriba está desconectado, pero ahora que tú te quedarás… lo haré arreglar.

—No se va a quedar —explicó Guy con cortesía—, no se preocupe, Alana se mudará al hotel.

Ya en el taxi Alana expresó su disgusto:

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le preguntó—. Aún no se ha decidido nada.

—Lo escuché al salir —replicó Guy sentándose «tan cerca que Alana sintió la presión de uno de sus muslos—. Sé que te instalarás allá, este fin de semana.

—Aun puedo negarme —replicó sin estar segura de lo que decía.

Guy se volvió hacia ella y la miró despectivo.

—Creo que no tendrás más remedio que aceptar lo que se te ha dicho —replicó con sequedad.

—¿Qué significa eso? —con los ojos muy abiertos, lo miraba, temerosa. ¿Acaso Milo le había comentado sobre el anticipo que le pidió?

—¿Es necesaria alguna explicación? No es fácil que encuentres otro empleo. A Milo le gustó tu voz, pero, eso no quiere decir que a todos les guste. Considérate afortunada —no mencionó nada acerca del dinero.

Alana lo sabía y tuvo que asentir.

—Y suponiendo que te quedes con la señora Brice, ¿has considerado otros aspectos? Saldrás del club a las dos o tres de la madrugada, y algún hombre podría molestarte.

—No es probable —protestó.

—Tampoco imposible —insistió Guy—, y hay otros problemas aparte de los humanos. ¿Has pensado lo que gastarás en taxis, y en el alquiler de un apartamento? En el Remax no te costaría.

Alana se estremeció. Él tenía razón. Le convenía más vivir en e! hotel, era una tontería no aceptar el ahorro de esos gastos; así tendría más dinero disponible para enviar a casa.

—Tienes razón —aceptó—, siempre he vivido con mis padres, creo que ahora será bueno probar que puedo ser independiente.

—¿Vives en el hotel? —preguntó Alana para evitar que pudiera surgir otra discusión.

—Cuando estoy aquí sí. Conviene.

—Milo dice que viajas con frecuencia.

—Él habla demasiado.

—No me dio la impresión de ser chismoso. Me parece una persona muy agradable. La verdad, me gusta la idea de trabajar con él —Alana lo miró expectante.

—Siempre y cuando te dediques solo a tu trabajo. Yo creo que Sachs tiene una novia secreta.

—¿Cuántas veces debo decirte que no me interesan esas cosas?

—¿Qué no te interesan? —preguntó con ironía.

"Cree lo que quieras, que soy una mentirosa, ¡no me importa!" pensó Alana y en voz alta dijo:

—Me interesa mi carrera.

—¡Por supuesto! —lo dijo con tal sarcasmo que Alana sintió deseos de abofetearlo.

Sin embargo haciendo un gran esfuerzo cambió de tema.

—¿A dónde me llevas?

—Al lugar más caro que pueda encontrar —respondió con sarcasmo—. A una chica como tú no se le puede dar sino lo mejor. Así uno puede asegurarse de que aceptará la siguiente cita.

—Haz el favor de detener el taxi, quiero bajarme —pidió entre dientes.

—Y ahora, ¿qué falla cometí? —pretendía aparentar inocencia. Sintiendo que lo odiaba, Alana replicó con voz ronca:

—¿Insinúas que yo me vendo al mejor postor?

—¿No lo harías? —torció la boca en una mueca de desprecio ante la indignación de la joven. De pronto, la tomó de una muñeca apretándola—. Está bien, quizá estoy siendo un poco duro, te pido perdón pero te aseguro que si mientes te arrepentirás…

—Yo no trato de engañarte —protestó Alana, sin poder zafar su muñeca de la mano de Guy. Comenzaba a sentir que ese contacto le hacía perder el aliento—. Además, creo que esta conversación es ridícula, ¡no eres mi dueño!

—No… todavía —se burló él. De pronto Guy se llevó la mano femenina a los labios y le dio varios besos en el dorso. Después, la llevo a su regazo y Alana se sintió la mujer más indefensa de la tierra. Su enfado desapareció y aunque la caricia fue fugaz, le quedó una sensación como de encantamiento. Entonces, se volvió hacía él y le habló con cortesía.

—Preferiría que no gastaras mucho en mí, estaré encantada con

un bocadillo o un sándwich en un lugar barato.
—No me gusta la idea.
Ella no protestó y pensó que lo dejaría decidir.
Al volverse para mirarlo, su sonrisa conciliatoria murió al notar que Guy se le acercaba. Su corazón comenzó a latir desenfrenado y trató de alejarse. Se daba cuenta de que su nuevo empleo podría traerle muchos problemas y no precisamente de tipo profesional.
Como ella se refugió en el rincón, él la miró con ironía.
—Quizá sea más peligroso salir por la ventanilla que quedarte aquí conmigo. Cuando yo quiera seducirte, ten la seguridad de que no lo haré en un taxi.
Alana sintió que la furia hacía presa de ella y apretó con fuerza el bolso.
—Es cierto que te debo mucho, pero mi gratitud no llega tan lejos. Si crees que aceptaré estás perdiendo tu tiempo.
—Lo último que yo haría, sería tomar ventaja de tu dudosa gratitud y será mejor que tengas cuidado con lo que dices. Hay algo entre nosotros, y tú lo sabes, llámala libido o como quieras. Yo mismo no estoy seguro aún, pero si te digo que un día me vas a desear tanto como tal vez yo te deseo, o mucho más, y tendrás que suplicarme.
—No te preocupes —respondió ella aparentando dulzura—, no creo que la atracción momentánea perdure.
—Por supuesto, no tiene objeto planear el futuro —dijo con cinismo—, sin embargo, es necesario no pretender ignorar lo que sentimos.
—Yo esperaré a enamorarme, no me gustan las aventuras —afirmó Alana.
—El matrimonio significa otras cosas.
—Es posible —admitió tratando de que su voz sonara firme— pero, hay un sentido de permanencia en él.
—¿Qué te parece el gran número, de divorcios?
—Me parece que es fácil llegar a un divorcio cuando se tienen tus ideas; no pareces dispuesto a darle a una relación la menor oportunidad de perdurar.
Guy acercó sus labios a la mejilla de Alana y le susurró:
—Como eres una experta, ¿cuál crees que sea la mejor manera de que un hombre logre una relación satisfactoria con una cantante, si él no tiene intención de casarse?
Aquellas palabras la lastimaron aunque trató de disimular.

—No tengo qué responder a eso —respondió cortante, en el momento que el taxi se detenía frente a un restaurante.

Capítulo 3

El restaurante al que la llevó Guy, quizá no era el más elegante de Londres, pero sí, uno de los más exclusivos. Primero tomaron una bebida en el bar y después los condujeron a su mesa y allí ordenaron la cena. Alana no estaba familiarizada con la variedad de platillos, así que dejó que Guy eligiera y la cena resultó excelente, aunque a la chica le preocupaba cuan costosa iba a resultar.

—No te preocupes —le dijo él cuando Alana titubeó para aceptar de postre unas cerezas, de fuera de estación—, esta noche estoy espléndido y no te pediré que compartamos los gastos.

—Te puedes reír de mí —replicó alana—, pero de todos modos ya no podría hacerlo.

—¿En qué gastas tu dinero? —con la mirada recorrió el sencillo aunque bonito vestido que ella tenía puesto.

Alana se sonrojó, nunca había podido comprarse vestidos caros; lo que ganaba lo entregaba a sus padres y dejaba poco dinero para ella.

—Desde luego que no lo gasto en restaurantes caros. En un lugar como éste han de cobrar hasta por respirar.

Guy no se dejó engañar por la evasiva respuesta e insistió.

—Puedo adivinar el precio de tu vestido y no llevas joyas.

—Si yo usara todas mis alhajas —sonrió como si le pareciera divertido—, no hubiera cabido en el taxi.

—Más bien creo que no tienes ninguna.

—Las tendré, cuando empiece a trabajar en el Remax. Quizá hasta encuentre un pretendiente rico.

—¿Esos son tus planes? —preguntó Guy, al parecer molesto con la broma de la joven.

—Supongo que debo concentrarme en mi trabajo, el deber debe anteponerse al placer —se preguntaba cómo es que había logrado disgustar a Guy sin proponérselo.

No quería tomar más de dos copas de vino. Sin embargo, Guy volvió a insistir y al negarse ella con un gesto de agradecimiento, él llenó de nuevo su copa con impaciencia.

Alana no deseaba en ningún momento perder la cordura estando en compañía de ese hombre. Cuando él la miraba, se turbaba a tal grado que no era necesario ningún otro estímulo.

La curiosidad volvió a inquietarla.

—¿En qué consiste tu trabajo?

Dándose cuenta de que no podía evitar por mucho tiempo su curiosidad, Guy le respondió que era asesor de la gerencia.

—¿Tú haces eso? —no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Acaso pensabas que era un lavaplatos?

—No —respondió ella, sonriendo al imaginarlo con delantal y lavando platos—. ¿Y cómo es tu asesoría?

—El Remax es una organización muy grande y compleja que tiene toda clase de problemas y a veces necesitan de alguien que los resuelva.

Eso seguramente tenía que ver con los viajes que él hacía.

—Así que, si tu curiosidad y tu apetito han sido satisfechos, señorita Hurst, pagaré la cuenta y nos marcharemos.

Afuera, el aire era frío y pronto se encontraban dentro de otro taxi.

—Gracias por una agradable velada —dijo la joven.

—Espera a que termine —contestó él, enarcando las cejas.

—¿Aún no termina? —preguntó ingenua.

—No, vamos rumbo a un centro nocturno para que conozcas el ambiente.

—¡Oh!, yo no creo… —comenzó a decir Alana.

—Si tú quisieras —la interrumpió—, iríamos a otra parte.

Su sentido común le indicaba que no aceptara y el corazón le aconsejaba lo contrario: "Ve con él". ¿Qué sería lo que Guy Mason deseaba de una chica como ella? Él no estaba dispuesto a aceptar una negativa, de modo que era mejor afrontar de una vez el peligro.

El centro nocturno estaba muy oscuro. Guy ordenó bebidas y retuvo una de sus manos entre la suya. Una mujer cantaba en medio de un círculo de luz, cautivando la mirada de los presentes.

De momento se sintió deprimida añorando su breve paso por los escenarios. Y buscó la mirada de Guy, pero él la estaba observando.

—¿Sientes miedo? —inquirió burlón.

—Sí y no —respondió evasiva, sabiendo que no debía confiarle sus verdaderos pensamientos.

La melodía terminó y la cantante se retiró entre aplausos. El escenario fue ocupado por un grupo de bailarines que continuaban

la variedad. Pero, Alana estaba más interesada en la cantante y le sorprendió ver que ésta se dirigía hacia ellos.

—Hola Guy —saludó, tomándole una mano—, hace tiempo no te veía.

—He estado ocupado —sonrió, al tiempo que se levaba la mano de la joven a los labios, besándola.

La joven le acarició una mejilla con ternura y se retiró, pero antes de hacerlo, Alana notó que las lágrimas brillaban en sus ojos.

—¿Eso es todo lo que les dices?

—¿Todo qué?

—Que has estado ocupado.

—Es una excusa inocente —enarcó una ceja—. La misma que le dije a la señora Brice, pero ella es distinta.

—¿La conoces bien? —inquirió Alana, sin quitar la mirada de la cantante que se alejaba.

Haciendo caso omiso a la pregunta, Guy preguntó a su vez:

—¿Te gustó?

Desde luego se refería a la actuación y Alana respondió con sinceridad:

—La mitad de la composición no vale gran cosa, pero la chica tiene una voz preciosa —no podía ser más efusiva.

—Tú lo lograrás con el tiempo —dijo Guy cortante, recordándole que solo era una de tantas—. Ven, vamos a bailar.

En la pequeña pista muchas parejas bailaban ya. Guy la guio por entre las mesas hasta allí y atrayéndola hacía sí apoyó la barbilla en la melena rubia.

—¿De qué tienes miedo —le susurró al oído—. ¿Acaso nunca habías estado tan cerca de un hombre?

Sí, había estado, pero nunca se sintió tan vulnerable, pensó con desesperación. Las reacciones entre ellos estaban llegando a una situación fuera de control. Tenía que escapar.

Se sintió desamparada cuando él le besó la frente. Quizá Guy tenía razón, no era posible negar la atracción que existía entre ellos. De pronto, él comenzó a acariciarle las caderas. Un grito murió en su garganta.

—Basta ya —le suplicó.

—¿Basta de qué? —preguntó él sin dejar de acariciarla.

El aliento masculino que sentía quemante la inquietaba al grado de sentir que sus nervios estallaban, entonces hizo un esfuerzo por apartarlo de sí, pero no lo logró, en cambio, provocó que él sonriera

burlón y le dio un beso en los labios.

—No te preocupes —le dijo—. Cuando yo decida seducirte, no será en un lugar lleno de gente.

—Te sientes prepotente, ¿verdad? —le preguntó Alana con amargura, deseando que su pulso no latiera tan veloz. La música terminó y Guy la soltó del abrazo, pero la detuvo de una de las muñecas.

—¿Acaso crees que no puedo hacerlo?

—Sólo si usas la fuerza bruta.

—Cuando ese momento llegue, sería el primer sorprendido si tuviera que usarla —dijo convencido.

Alana no habló, tenía miedo y decidió no bailar más con él. Cuando Guy volvió a invitarla la chica se negó.

—Debo volver a casa —arguyó—, tengo que ver a Milo mañana temprano y no deseo correr el riesgo de quedarme dormida.

Guy aceptó la excusa y no intentó persuadirla para quedarse más tiempo. Salieron y la llevó a casa de la señora Brice.

Cuando por fin concilio el sueño, soñó con Guy. Él la abrazaba con fuerza, llamándola por su nombre, mientras sus besos eran cada vez más apasionados. Ella dejaba que la acariciara como nunca había permitido que otro hombre lo hiciera. De pronto despertó bañada en sudor, miró el reloj y vio que eran las nueve, y había prometido estar en el Remax a las diez y media.

Llegó con cinco minutos de retraso y nadie pareció notarlo.

—¡Hola, muchacha! Ten calma —le aconsejó Milo cuando ella entró en la oficina corno un huracán—. Nada en este mundo vale la pena como para que te rompas el cuello, ni siquiera yo.

—Lo siento —dijo Alana, sofocada—, es que… me quedé dormida.

—Les sucede con frecuencia, a las cantantes —comentó con indiferencia, mientras bebía café—, anda, toma un trago y cálmate, eres mejor que la mayoría. Algunas ni siquiera se disculpan.

—¿Y las disculpas?

—Algunas veces.

—Todavía no me siento merecedora de tales privilegios, tardé mucho en llegar. Las estaciones estaban llenas.

—No habrá problemas cuando vivas en el hotel.

Parecía corno si ella lo hubiera sugerido o quizá fue Guy el que lo sugirió.

—Supongo que tienes razón —reconoció de mala gana.

—Eso es lo que intento.

Alana tenía que preguntar, pero sentía vergüenza; por fin se armó de valor.

—¿Pud… quiero decir han decidido prestarme ese dinero? —creyó ver un leve escepticismo en los ojos de él, y añadió deprisa—: Sé que debo parecerte impaciente, pero una vez que envíe ese dinero, podré olvidarme del asunto.

Milo abrió un cajón del escritorio, sacó un cheque y se lo dio.

—Espero que así sea —no dijo nada más.

Sus dedos temblaban al tomarlo y lo guardó de prisa en su bolso de mano con un murmullo de agradecimiento. Tenía liste un sobre dirigido a sus padres y una nota comunicándoles que había conseguido un contrato y les enviaría dinero con regularidad.

Milo la miró con reticencia.

—Espero que te des cuenta de que la gerencia confía en ti, dándote este anticipo.

Alana se sobresaltó pues consideraba que al ser un préstamo, solo tenía que cumplir pagándolo. Pero Milo tenía razón, y era tonto sentirse ofendida.

—Pagaré cada, centavo, lo prometo, y además te firmaré un recibo.

—No es necesario; ¿no has pensado que esto limita tu libertad para dejarnos si quisieras hacerlo, desde luego?

—También a ustedes los compromete para no despedirme.

—No creó que tengamos ninguna prisa para hacerlo.

Era reconfortante que Milo le demostrara tal confianza como para haber arreglado ese préstamo en la gerencia.

—No te defraudaré Milo, te pagare pronto.

Él asintió con la cabeza y Alana le ofreció una sonrisa tan sincera y radiante que Milo la miró sorprendido y acercándosele la tomó de la barbilla.

—Si sonríes así al público, me pagarás muy pronto, pues ellos tirarán oro y plata a tus pies.

—Lo compartiré contigo —rio Alana, tomándolo a broma mientras caminaban hacia el centro nocturno del hotel, ahora vacío, y comenzaban a trabajar.

Milo la retuvo hasta la una de la tarde, solo para, indicarle lo que se esperaba de ella, en el escenario. Se sentía como una niña que comienza en la escuela y que se da cuenta de todo lo que tiene que aprender.

Él era un músico excelente, uno de los mejores que conocía. Cualquiera estaría feliz de ser preparada por él. De seguro tardó años en aprender lo que ahora quería que ella lograra en cinco minutos.

—¡Muy bien, querida! —exclamó de repente—, eres mejor de lo que crees, así que no te decepciones. Yo exijo perfección y tiendo a olvidar que estoy tratando con seres humanos.

—Tú crees que somos autómatas —dijo uno de los integrantes del conjunto.

—Creo que te estás desperdiciando aquí —Alana sonrió, sin mencionar que sentía la garganta adolorida por el esfuerzo. Los demás soltaron una carcajada. El ambiente era agradable, adivinó que estaban a gusto, aun cuando Milo les hacía trabajar duro.

—Estaría desperdiciado si pasara aquí todo el tiempo —replicó Milo. Sus ojos color café brillaban tratando de ocultar su alegría.

Varios empleados que llegaban, sonrieron al escucharlo. Milo la presentó como la cantante que reemplazaría a la actual.

Después de unos minutos Alana le preguntó si habían terminado y si podía pasar a su oficina a buscar la chaqueta, porque necesitaba ir al correo.

Él le dijo que estaba bien, que lo esperara en la oficina mientras daba instrucciones a los músicos.

Dejó la puerta entreabierta al entrar, no estaba aún en el centro de la habitación cuando escuchó que la cerraban: creyendo, que era Milo, se volvió encontrándose de frente con Guy Mason.

—¡Oh! —exclamó desconcertada—. ¿Qué haces por aquí?

Guy no respondió enseguida, lo cual la confundió más. Solo la miraba. Después de un rato contestó.

—He estado escuchándote desde hace una hora.

—Ya veo, y ¿no tienes otra cosa que hacer?

—No —sonrió irritado—, siempre tuve la debilidad de sentarme en medio del bosque a escuchar el canto de los ruiseñores.

—Algo muy distinto a esconderse en un centro nocturno a escucharme.

—Le indiqué a Milo que era suficiente —dijo con una sonrisa burlona, observando el cansancio en el rostro de Alana.

—Él solo cumple con su deber, y como era el primer ensayo quizá yo estaba ansiosa. No me desanimes, señor Mason, y no veo por qué Milo tiene que obedecerte.

—Sí, ¿verdad?

—Yo creo que sería mejor que no te interesaras tanto en lo que yo hago. Tu responsabilidad conmigo ha terminado, todo parece ir por buen camino, y estoy segura de que podré manejar cualquier situación de ahora en adelante.

—Muy buen discurso —se burló, a pesar de que la miraba enfadado.

Alana suspiró asustada, tomando su chaqueta se la puso, pero Guy la tomó por los hombros y la hizo volverse hacia él. La miró con fijeza y sin decir una palabra posó los labios sobre los de la chica.

Alana podía rechazarlo, pero no lo hizo. Cerró los ojos tratando de controlar el temblor que la invadía. Sintió el suave beso en su boca y después las caricias de Guy alrededor de sus senos.

El hecho de que él no mostrara señales de una pasión acumulada sugería que la estaba probando. Y sin embargo, en el momento que volvió a apoderarse de sus labios, un poco entreabiertos, ella temblaba, sabía que estaba dispuesta a todo. Si en ese momento él hubiera deseado hacerle el amor, ella no se habría negado.

Un ruido se escuchó afuera, y Milo entró sin sorprenderse de ver ahí a Guy, como si su presencia fuera habitual.

—Hola —dijo.

Alana sabía que el rubor cubría su cara y agradeció que Milo no la mirara. Para tener una justificación murmuró algo acerca del calor que se sentía y comenzó a quitarse la chaqueta, nerviosa. Guy se acercó para ayudarla y al hacerlo la acarició de modo que la chica se ruborizó más.

—Gracias —le dijo con voz ronca y se alejó de él ignorando por completo su rechazo, Guy se dirigió a Milo.

—Llevaré a Alana a almorzar. ¿Deseas decirle algo antes que nos retiremos?

Milo lo miró burlón y antes que respondiera, Alana lo miró con una súplica en los ojos.

—Señor Sachs, no he decidido nada para la hora del almuerzo, si me necesitas…

—¡Oh! no, no —respondió Milo ciego a la silenciosa llamada de auxilio—. Solo quería darte la hora de dos citas que hice para ti, esta tarde.

De su escritorio sacó una tarjeta donde estaban escritos dos nombres con direcciones. Uno era de un elegante salón de belleza y el otro, de una boutique. Se las dio diciéndole:

—Procura no llegar tarde, señorita Hurst.

Con timidez, Alana tomó la tarjeta, extrañada por la formalidad con que ahora Milo le hablaba.

—¿Es necesario esto? —preguntó—. Acostumbro arreglarme el cabello y en cuanto a ropa, tengo algunos vestidos…

—Absolutamente necesario.

Con un gesto de resignación, abrió el bolso. Al hacerlo, el cheque que Milo le había dado quedó a la vista. Alana lo cerró con rapidez, con la esperanza de que Guy no lo hubiera visto. Metió la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta mientras él la miraba en silencio, pero esto la hizo recordar que necesitaba deshacerse de él, para enviar la carta antes de ir al salón de belleza.

Sin embargo, no lo logró puesto que Guy la escoltó hacia la salida.

Se volvió hacia él para decirle enfadada:

—No tengo tiempo para almorzar contigo. Ya te dije que no tienes que estar cuidándome como si fuera una niña, y además no te permito que sigas gastando tu dinero en costosas comidas.

—No te entiendo —replicó Guy, lacónico—, en ese caso, tal vez prefieras que almorcemos en el hotel o en tu casa.

—No, aún no he terminado de instalarme, y no creo que sea correcto, pero en fin…

—Lo siento.

—Entonces —se mordió el labio, agitada—, si quieres estar conmigo, pagaré el almuerzo.

—Pero, por favor que no sea de ése que venden en el parque.

Alana pensó que podrían comer algo mejor, mas no lo dijo.

Con fastidio, calculó cuánto dinero podría gastar sin que su presupuesto lo resintiera.

—Es demasiada generosidad de tu parte. ¿Has conseguido dinero? —le preguntó con una sonrisa forzada.

—Sí, bastante —contestó Alana, ruborizada por la furia y con precaución, añadió—: No es que pueda gastarlo todo en comida. Vi un lugar que me parece tiene precios razonables, creo que está a la vuelta —y recordó el nombre del restaurante. Guy lo reconoció, y confirmó que iban en su dirección. La joven adivinó que él iba allí con frecuencia.

—Muy bien, cualquier cosa está bien con tal de que el sexo débil quede complacido —suspiró resignado.

—¿Qué te gustaría comer? —preguntó Alana una vez que se

sentaron en la angosta mesa del restaurante, uno frente al otro, sus rodillas se tocaban—. Y bien, ¿qué vas a ordenar? —insistió mientras estudiaba los precios de la carta.

—¿Qué ordenarás tú?

—¡Oh!, solo un sándwich y café —estaba hambrienta y temiendo que él lo adivinara, agregó como disculpa—: Debo cuidar mi figura.

—¡No creo que tengas que preocuparte por eso! —observó Guy —, pediré lo mismo. Me espera una tarde difícil y será mejor afrontarla con el estómago vacío.

¿Necesitaba ser tan sarcástico? Fingió ignorarlo y se dirigió con una bandeja a donde estaban los sándwiches. Tomó dos de jamón con ensalada, pidió dos tazas de café y fue a pagar a la caja.

—Es muy amable de tu parte —dijo en tono solemne Guy al ver el solitario sándwich que ella dejó frente a él.

"¿Habría algo peor", se preguntó Alana, irritada, "que gastar el dinero que había ganado con tanto trabajo, en alguien que no lo apreciaba?" Intentó comer el suyo, pero de pronto sintió que su apetito desaparecía y deseo habérselos dado ambos a él. Con discreción hizo a un lado el plato y tomó un sorbo de café.

Por lo menos, agradeció que Guy no intentara ninguna conversación seria. Tampoco dijo si el sándwich era de su agrado, pero cuando terminó el suyo se comió el de ella.

Al observarlo Alana pensó en los enamorados que toman de la misma copa. Y al encontrarse sus miradas, sintió que él estaba pensando lo mismo y se vio forzada a recordar la sensación que experimentó cuando él la besó, diciéndose que no debía dejarlo ir más lejos.

Poco después, salieron del restaurante.

—Tengo un compromiso esta noche, pero antes de ir te telefonearé para asegurarme que llegaste a casa sana y salva.

Los ojos de Alana brillaron con impaciencia, y replicó:

—¡Guy, no eres mi guardián!

Molesto, él también le reclamó:

—Actúas como si necesitaras uno. Dime, ¿sabes llegar al Lorraine?

¿Cómo sabía adónde tenía que ir? Milo no mencionó ningún nombre, solo le entregó la tarjeta que Guy no había leído.

—Yo pensaba preguntar —contestó Alana con timidez.

—Y, ¿cómo harás para llegar ahí?

Alana fastidiada por el interrogatorio dijo: —Puedo caminar, supongo que es cerca.

—En Londres no puedes caminar en línea recta —opinó a la vez que hacía señas a un taxi que de inmediato se detuvo ante ellos.

Guy la ayudó a entrar. Le dio al chofer un billete y la dirección.

—Hasta pronto, querida.

Una vez en el salón de belleza, Alana quedó al cuidado de un estilista, quien, al soltarle el cabello que llevaba recogido en la nuca, quedó admirado.

—Es hermoso —le dijo—, al igual que su rostro. Debe cuidarlo.

—Soy cantante —respondió la chica—, y la gente espera verme bien presentada, pero no dispongo de mucho tiempo para ello. Prefiero hacer cosas más interesantes, como nadar o caminar bajo la lluvia.

El hombre la miró sorprendido y ella se sintió avergonzada. Luego le aconsejó que se dejara el cabello suelto y la joven le prometió hacerlo.

Después se dirigió a la boutique que estaba cerca. Allí permaneció hora y media y al salir, era la asombrada poseedora de elegantes vestidos de noche. Unos, Milo los había elegido por teléfono, los que le parecían más apropiados, ahora comenzaba a aprender que cuando las cuentas eran pagadas por otros, no tenía más remedio que aceptar.

Capítulo 4

Al llegar a casa no encontró a la señora Brice, y por primera vez, prefirió estar sola. Subió a su habitación, se sentó en la cama aún sin arreglar, y rompió en llanto. Debía ser a causa de las tensiones acumuladas de los últimos días. Un poco después, ya más calmada fue al cuarto de baño y metió en el lavabo la cabeza. Al mirarse al espejo; mientras se secaba se dio cuenta de que había arruinado el trabajo del estilista.

¿Por qué no reconocer que no estaba hecha para esta clase de vida? Cierto que le gustaba cantar, pero odiaba las miradas del público clavadas en ella y ahora se enfrentaría a uno más difícil que el de Manchester. Si no fuera por sus padres, que necesitaban tanto el dinero, abandonaría todo.

Cuándo la señora Brice regresó, se quedó un poco sorprendida al verla, pero no hizo ningún comentario. Tomaron el té y al terminar Alana se levantó de la mesa, no tenía deseos de hablar; le dijo a la señora Brice que necesitaba descansar y se retiró a su habitación, sin mencionar que Guy había prometido telefonear.

Se acostó, cayó en un sueño inquieto y despertó varias veces durante la noche. En una de esas ocasiones, creyó sentir una mano sobre su frente como si alguien probara su temperatura. Abrió los ojos, sobresaltada, y se encontró con la mirada penetrante de Guy Mason.

Alana se sentó de un salto.

—¡Santo cielo! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreviste a entrar en mi dormitorio?

—Calma, calma. La responsable es la señora Brice. Cuando llamé me dijo que creía que estabas enferma.

—¿Por qué pensó tal cosa? —preguntó Alana desafiante, a sabiendas de que en su rostro descompuesto estaba la respuesta.

A su vez Guy inquirió:

—¿Te pasó algo malo esta tarde?

—No precisamente.

Guy, que estaba sentado en el borde de la cama, pues no había

en la habitación ninguna silla, la miraba insistente.

—Vamos Alana, dímelo. Tendría que ser ciego para no darme cuenta de que te has abandonado a las lágrimas.

—La mayoría de las mujeres lloramos a veces —lo dijo tan convencida que él le lanzó una mirada de comprensión—. Tenía ganas de llorar… —añadió, bajando la cabeza.

—Insisto en saber el porqué —replicó severo.

Alana echó hacia atrás los dorados rizos que le cubrían la frente y que caían graciosos sobre sus hombros desnudos. De pronto se dio cuenta de que lo único que tenía puesto era un ligero camisón y se cubrió con la sábana, avergonzada.

—Debiste haber llamado más temprano, así te hubieras ahorrado la molestia de venir.

—No ha sido ninguna molestia, y no llamé más temprano porque el negocio que estuve tratando esta tarde me demoró mucho y llegué con retraso al compromiso a cenar.

—¿La dejaste temprano? —preguntó Alana cuando vio que eran las once, en su reloj de pulsera.

—Era un hombre, no una mujer.

—¡Oh! —Alana estiró las piernas, nerviosa.

Guy en ese momento parecía tan fuerte que decidió evitar el peligro de ser tocada por él.

—¿Asustada? —inquirió, recorriéndola con la mirada.

—No, ¡no lo estoy! —respondió aparentando un control que no tenía.

Ahí, en la intimidad de su dormitorio, sentía una excitación desconocida y provocada por la presencia de Guy, sentado en la cama. Alana no separaba la mirada de él.

—Te agradezco mucho que te preocupes por mí, pero más te agradecería que te retires.

—¿Quieres que me vaya? —y mientras hablaba la atrajo hacia sí.

Ella, por tratar de cubrirse mejor, perdió el equilibrio y cayó en los brazos de Guy. Él la sostuvo y comentó burlón:

—No quieres decirme qué te pasa, tal vez no es algo grave, pero creo que necesitas consuelo.

Alana trató de zafarse del abrazo, pero no pudo, Guy era demasiado fuerte y no se lo permitió. Entonces tuvo que suplicarle:

—Guy, por favor, ¿por qué no te vas?

—Lo haré dentro de unos minutos, cuando te sientas mejor.

—¿Cómo podré sentirme bien, mientras estés aquí?

—¿Quieres que te enseñe cómo? —murmuró insinuante. Bajó la cabeza en busca de los labios de Alana, pero antes le besó los párpados.

La boca de Guy era firme y a pesar del propósito de rechazarlo le respondió con pasión, abrazándolo.

Sin que Alana se diera cuenta, Guy se tendió a su lado besándole la cara y el cuello. Le quitó la sábana que la cubría y con habilidad desató los tirantes del camisón para acariciarle los senos.

—¡Dios! Eres tan bella —suspiró—, e ingenua… Te deseo, no puedo dormir pensando en ti. Mis noches se han vuelto un tormento —y mientras hablaba, recorría con los labios la tersa piel femenina —. ¿Me deseas también? —murmuró como si no se percatara de que la respuesta la estaba dando Alana sin palabras.

Alana se sentía incapaz de manejar sus propias emociones. No deseaba hablar. Un temblor la recorría, se hallaba a merced de sensaciones nuevas.

Mientras Guy la sostenía, Alana se aferraba con fiereza de él, recibiendo sus besos.

Exaltada por la pasión, Alana se acercó más a él, pero sin responder a su pregunta; Guy se inclinó y tomó la cara de Alana entre sus manos, sus caricias se tornaron más sensuales.

—Alana… —murmuró él al despojarse de la chaqueta.

De nuevo se encontraban uno al lado del otro cuando la puerta se abrió.

—¡Señor Guy!—exclamó la señora Brice. Su desaprobación era evidente y sirvió para que ambos volvieran a la realidad.

Suspirando, Guy apoyó la cabeza en el hombro de la joven.

—Bien Joan, entiendo su mensaje. Estaré con usted en un minuto. Y ahora, ¿quiere hacer el favor de salir?

La señora Brice cerró con fuerza la puerta y de inmediato Guy se levantó para arreglarse la ropa con cuidado.

—Lo siento, debí recordar que no estábamos solos.

Avergonzada, Alana trató de ocultar su cuerpo bajo las sábanas, temblando como una hoja.

—¿Por qué no le explicas? —sugirió con franqueza.

—¿Explicarle qué? —contestó cortante—. ¿Que todas mis buenas intenciones volaron al verte? Y por tú parte, ya podrías estar buscando una excusa para negar tu evidente deseo de estar en mis brazos.

—¡Oh!, déjame en paz. Creo que te odio —gritó frustrada.

Se negaba a pensar cuan dispuesta había estado a ceder ante Guy y no soportaba que él lo mencionara.

Tranquilo, él se inclinó, la tomó por la barbilla y la besó en los labios.

—Esto es para que veas cuánto te odio —dijo en voz baja—. Buenas noches, mi amor. Te veré mañana.

Las dos semanas siguientes, Alana lo vio todos los días. Ensayaba por las tardes. Milo siempre estaba presente. Algunas veces ensayaba con la orquesta, otras, Milo la acompañaba al piano; Alana estaba maravillada de su talento. Milo le interesaba como persona; como hombre, no.

Deseaba saber algo más de él, pero era muy reservado y solo había comentado que le gustaba viajar. Cuando le preguntó a Guy acerca de él, recibió una respuesta muy vaga.

—Es un gran hombre, lo aprecio, pero sé muy poco de su vida personal. ¿Por qué tanta curiosidad?

¿Estaría celoso de Milo? Esperaba que así fuera. Algunas veces deseó no haberlo conocido en el tren, pues nunca sabría si su actitud proteccionista se debía al incidente con los chicos, o si se sentía atraído hacia ella. Todos los días iba a escucharla.

La invitó a cenar dos veces, pero no hizo el menor intento de besarla. Fueron a restaurantes modestos, por lo que no volvió a mencionar nada sobre derrochar su dinero. Era probable que él ganara un salario más o menos bueno, y eso le permitía gastar un poco más de vez en cuando.

El sábado se instaló en una de las suites del hotel, pensó que Guy se ofrecería a ayudarla, pero no lo hizo. Un taxi del hotel fue por ella, y el chofer se encargó del equipaje, y al llegar una muchacha del servicio colocó sus pertenencias en orden.

—Permítame —explicó la joven cuando Alana protestó—, me han dado instrucciones —se quedó pensando "quién" las habría dado. Le era difícil creer que los hoteles ofrecieran hospedaje a los artistas. Tal vez Milo había dado esa orden; tenía la impresión que él también quería protegerla.

Después de tomar una ducha, Alana descansó en la pequeña sala de estar, mientras pensaba qué vestido usaría para bajar esa noche a ver el show, en el que trabajaría a partir del siguiente lunes. De

pronto, alguien llamó a la puerta: era Guy.

Estaba apoyado en el marco de la puerta y sin saludarla, le preguntó:

—¿No vas a invitarme a pasar?

Desconcertada, Alana sonrió. Se había enterado de que él vivía también en el hotel y el pensar que lo tenía cerca le producía una deliciosa aprensión.

—Y bien, ¿no me vas a invitar? —su mirada era insinuante y tierna a la vez.

—¡Oh! sí, desde luego —exclamó, pero enseguida corrigió—: Bueno, no estoy muy segura de que deba hacerlo.

—¿Crees que no debes permitirme pasar?

Alana asintió con la cabeza y él sonrió.

—¿Acaso temes que te despidan, si te encuentran entreteniendo a un nombre en tu habitación?

—Podría ser… —le molestaba la rudeza de Guy para decir ciertas cosas, pero no protestó y cambió de tema—. Cuando dejé la casa de la señora Brice nunca soñé vivir en un lugar tan elegante. Dormitorio, baño y una pequeña sala de estar. Estarás de acuerden conmigo, en que es demasiado para ser verdad.

—No te preocupes, por algún tiempo disfrutarás de todo esto —le dijo suavemente, tomándola por la cintura al tiempo que daba un paso hacia adentro y con un codo cerraba la puerta. Alana se sorprendió pero Guy la tranquilizó, diciéndole—: El gerente me pidió que viniera a asegurarme de que estuvieras bien instalada. Es parte de mi trabajo.

—¡Ah!, ya veo —murmuró—. Supongo que eso cambia las cosas.

—Te perdono —bromeó Guy—. Y bien, ¿estás satisfecha?

—Sería una tonta si no lo estuviera —replicó Alana—. Solo que…

—¿Qué cosa? —preguntó él, con lentitud.

—Sé que te parecerá tonto —musitó Alana apretándose el cinturón de la bata—, pero a veces siento el deseo de echar a correr antes de enfrentarme al público de Londres. Todo es tan diferente a Manchester…

—¿Cuándo comenzarás? —preguntó con dulzura Guy.

—Pasado mañana, espero que mis nervios no me traicionen —hizo un esfuerzo para que su voz no temblara.

—Tal vez no tengas que trabajar como cantante siempre.

—Espero que no —suspiró la joven.

—Mira, esto es lo que escogiste, ¿no es cierto? Hay otras ocupaciones, pero solo tú puedes tomar la decisión. Di una palabra y pediré a Milo que te reemplace.

—¡No! —sintió pánico al recordar a sus padres—. ¡Oh Dios!

—Entonces, deja de actuar conmigo —la amonestó.

—Lo siento.

—Escucha, Alana, —miró su reloj—, creo que sufres un serio problema nervioso, y un cambio de ambiente te sería favorable. Tengo una cabaña en el campo, adonde a veces voy los fines de remana. ¿Por qué no vas conmigo? Es un lugar tranquilo donde podrás descansar. En unos minutos guarda lo necesario. Te garantizo que no te arrepentirás.

Alana se quedó muda, sin saber qué contestar. Era tan atractivo, lo suficiente para hacer que una mujer perdiera la cabeza. Esa noche llevaba unos jeans y una camisa sport. El corazón de la joven comenzó a latir con fuerza. ¿Por qué le aseguraba que no se arrepentiría?

La emoción la hizo estremecer.

—¿Viven allá tus padres? —le preguntó.

—Ellos murieron.

—¿Estaríamos solos?

—Sí —hizo una pausa, leyendo en el rostro de Alana todas sus dudas—. Solo te invito a que yayas a descansar, nada más.

Alana jugó con el cinturón de la bata, para disimular el temblor de sus manos, tratando de convencerse de que no debería aceptar. Guy le decía que podía confiar en él, pero… ¿podría confiar en sí misma?

Respiró con dificultad, pues sentía la garganta casi cerrada y le dijo: —Te agradezco la invitación, pero prometí a Milo que vería el show de esta noche, y me apenaría mucho fallarle.

—Yo le explicaría —insistió mirándola fijamente.

—¿Qué le dirías? Él se daría cuenta.

—Vamos, Alana, no me digas que te preocupas por un simple chismorreo; de todos modos no lo habrá, te lo aseguro.

—No puedo —volvió a insistir Alana.

Guy pasó su mirada sobre el afligido rostro.

—Es una lástima que no aceptes.

—Lo siento Guy.

—Si lo sintieras tanto como yo, aceptarías.

Había una ironía en esas palabras, que a Alana le disgustó. ¡Y

qué hábil era para hacer que se sintiera culpable! Volvió sus ojos hacia él. De pronto le asaltó una sospecha.

—¿Invitarás a otra mujer?

—No.

El pulso de Alana se aceleró. Le dolía pensar que estaría solo en su cabaña, y la compasión la impulsó a echarle los brazos al cuello, pero cuando sintió la ansiosa respuesta de Guy, retrocedió un poco.

—Es obvio que mi respuesta te complace, ¿estás segura de que no cambiarás de opinión?

Ella negó con la cabeza.

—Hay tal determinación en un cuerpo tan pequeño—. Bien, ya que no aceptas, será mejor que me despida, pues de otra manera no llegaré sino hasta la medianoche y el camino no es bueno en la oscuridad.

Esperando que se fuera, Alana se sorprendió al sentir que la abrazaba con fuerza. Ella correspondió, aun cuando algo diabólico en la mirada de Guy la prevenía.

—Bésame —musitó él—, ¿no merezco una compensación?

¿Cómo podía negarse? Cerró los ojos y se perdió en las caricias que su deseo le ordenaba.

Los besos de Guy le producían sensaciones indescriptibles. Él parecía no tener prisa, por lo mismo, la chica presa de la emoción le desabotonó la camisa. Con pasión, Guy la besaba haciéndole perder la cordura.

Él sabía que la chica estaba decidida a darle todo lo que él quisiera.

Escuchó la respiración agitada de Guy en el momento que desató el cinturón de su bata para acariciarle las caderas y muslos. De pronto, pareció recuperar el control, subió las manos a los hombros de Alana.

La muchacha continuaba experimentando toda clase de sensaciones y su cuerpo demostraba la satisfacción de poder complacerlo.

En el momento en que esperaba que él la llevara en brazos hasta la cama, se sintió de pronto privada de las caricias masculinas. Todo sucedió en segundos. Alana creyó que desfallecía y él la sostuvo, pero para depositarla en el sillón más cercano.

—¡Tú no quieres una aventura, Alana y lo sabes! Yo tampoco. No podrías hacerle frente a una situación de esa naturaleza —le hablaba con dulzura, mientras que ella lo miraba azorada.

Un poco de razón parecía volver a Alana, mientras se recostaba en el sofá pero no fue suficiente para detener un sollozo.

—Por favor… Guy —murmuró.

Guy se quedó rígido, evitando su mirada suplicante. Se alejó de ella unos pasos, pero a medida que su control regresaba, también su rostro adquiría una expresión burlona.

—No digas más, pequeña —le advirtió en voz baja—, solo pórtate bien mientras estoy lejos. Te veré el lunes.

Mientras Alana se vestía para, salir, sus pensamientos eran amargos. ¡Qué tonta había sido! Los besos de Guy la habían trastornado y, sin embargo, él era capaz de detenerse en el momento que lo deseara. Su referencia a una aventura había sido breve y brutal. Y otras cosas que aunque no las dijo ella las entendió. Él disfrutaba con los besos y las caricias, era evidente, pero de ahí a una situación que lo comprometiera había una enorme distancia.

Se puso uno de sus propios vestidos, y apenas un poco de maquillaje con la intención de pasar inadvertida cuando bajara al centro nocturno.

Una vez allí, Milo la escoltó hacia una mesa apartada y se quedó con ella unos minutos antes de volver a sus ocupaciones. Sin él se sentía incómoda, pero se alarmó, cuando un hombre se acercó y ocupó la silla que Milo había dejado.

—Lo siento, está reservado —dijo Alana disgustada, temerosa de que ese hombre pensara que buscaba aventuras.

—¡Oh!, a Milo no le importará —sonrió el desconocido—. Él me conoce.

—Pero yo no —replicó cortante. Estaba segura de no haberlo visto antes. Era elegante y bien parecido, aunque no tanto como Guy.

—Permíteme corregir esa situación, me llamo Fabian Marlow —le tendió una mano en la que lucía un gran anillo de oro—, y tú debes ser Alana Hurst, la nueva cantante.

—¿Cómo supo eso? —preguntó sorprendida al tiempo que estrechaba automáticamente la mano de Fabian Marlow.

—No te alarmes —y añadió casi en secreto—: Pregunté.

—¿A quién?

—A la chica que ahora canta y a quien vas a reemplazar. Charlaba con ella cuando tú llegaste, hace unos minutos.

—Si ha satisfecho su curiosidad, es libre para retirarse.

—¡Oh! No, no estoy satisfecho aún. Quiero saber más. Por ejemplo, ¿cómo fue que Milo te descubrió?

—Él no me descubrió. El señor Mason me presentó —respondió cortante. Si ese, individuo era amigo de Milo, tal vez conocería también a Guy.

—¿El señor Mason? ¿Acaso te refieres a Guy Mason?

—Sí —lo miró con fijeza pues él estaba a punto de soltar una carcajada—. ¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—Nada, discúlpame —rio con disimulo—; es que nunca había oído que le llamaran señor Mason.

—Me temo que no lo entiendo —Alana tuvo un presentimiento y se preparó para escuchar lo siguiente.

—Es que Mason es el segundo nombre de Guy, el que, según entiendo usa en ocasiones para pasar de incógnito.

Sorprendida, Alana por fin se atrevió a preguntar:

—¿Quién es él en realidad? —temía saber la respuesta. Fabian Marlow se dio cuenta de su ansiedad.

—¿No lo sabes?

Alana negó con la cabeza.

—Él es Guy Mason Renwick.

—Y es dueño del hotel.

—Sí, y de otros como éste, en distintos países.

Alana desvió la mirada, tratando de ocultar su aturdimiento. ¿Cómo Guy la había engañado de tal manera? ¡Qué tonta había sido! ¿Por qué no se había dado cuenta de quién era? Un simple empleado no habría podido hacer lo que él: conseguirle trabajo y alojamiento.

Sintió que Fabian, con simpatía, le acariciaba las manos, que descansaban en la mesa.

—¿Alana? —preguntó ansioso, con la voz enronquecida.

—Lo siento —trató de sonreír—. He sido una tonta, creía que Guy, quiero decir, el señor Renwick, era un empleado.

—No te preocupes, te entiendo. Recuerdo cuando comencé en mi primer empleo. Se me ocurrió hablar con un joven de la oficina y decirle lo que yo pensaba del viejo lobo que era mi jefe. Era su hijo y me despidieron, pero esa situación me motivó a empezar un negocio propio, y la moraleja es que las cosas no son tan malas como parecen. Mírame, ahora soy millonario por mérito propio, y pude haberme quedado en aquella oscura oficina.

Alana no le prestaba atención, perdida en sus tristes

pensamientos. Logró sonreír y esto pareció satisfacerlo.

—A propósito, ¿en dónde está Guy? Sé que ésta no es una de sus guaridas favoritas, pero a veces lo encuentro aquí.

Alana pudo reponerse y contestar con fingida indiferencia.

—Se marchó a la cabaña, a pasar el fin de semana.

Y al decirlo se dio cuenta que solo una hora antes él la había tenido entre sus brazos pidiéndole que lo acompañara.

—¡Ahí, a la cabaña y con su viuda alegre, supongo.

—¿Alegre? —inquirió, deseando haber oído mal.

—Su vecina. Ella vive allí desde hace varios años, primero con su esposo, después enviudó, pero siempre con el ojo puesto en Guy. Ha hecho lo imposible por atraparlo y, estoy seguro de que Guy cederá, una vez que se dé cuenta de que pasan los años. Ahora tiene treinta y siete años, o tal vez treinta y ocho. Verónica Templeton es más o menos de la misma edad, y si ellos tienen intención de procrear una familia, lo mejor que pueden hacer es apresurarse.

La depresión hizo presa de ella el resto de la noche. Ni siquiera se inquietó por la insinuante atención de Fabian. La "traición" de Guy la mantenía distante de todo lo que sucedía a su alrededor.

Cuando Fabian decidió marcharse, le preguntó si podrían verse al día siguiente.

—Si no tienes otro compromiso, iremos adonde quieras —insistió ante el silencio de la joven.

Alana aceptó, pero le pidió que la llamara en la mañana. La verdad era que no quería envolverse con otro hombre.

A Fabian le pareció excelente idea, pero se sorprendió al saber que ella vivía en el hotel.

Cuando el teléfono sonó, Alana estaba dormida.

—¡Es muy temprano! —se quejó al reconocer la voz de Fabian.

—No hice mi fortuna descansando en la cama —replicó él.

—Aún estoy indecisa —confesó Alana.

—¡Oh! ¡Vamos!

—Supongo que lo haré —aceptó, pensando que cualquier cosa sería mejor que quedarse sola en el hotel, y dejarse envolver por los pensamientos insidiosos que la habían torturado casi toda la noche. Fabian era joven, simpático y eso le ayudaría a no pensar en Guy.

Pasaron todo el día juntos, y Alana hubiera disfrutado más si no hubiese estado tan perturbada por Guy.

Capítulo 5

Alana durmió mal esa noche. Cuando se encontró con Milo, después del almuerzo, él se impresionó al verla tan pálida y ojerosa.

—¿No será que te preocupas demasiado por tu debut? Te aseguro que todo saldrá bien.

—No, claro que no, es que he tenido jaqueca.

—Espero que así sea —dijo frunciendo el ceño.

—¿Has visto a… Guy? —preguntó vacilante.

—¿No sabes que salió de la ciudad? —Milo trató de adivinar si ésa era la causa de la desazón de Alana.

—Sí, a la cabaña.

—Tal vez se retrasó, pues no le he visto en toda la mañana —respondió Milo.

—¿Cuándo crees que regrese? —volvió a preguntar Alana.

—¡Oh! Nunca se sabe; quizá hoy o mañana.

Alana pensó que sería mejor retrasar su presentación hasta hablar con él. Tenía tanto resentimiento que no podía concentrarse en nada. Se sentía engañada y además ahora sabía que estaba enamorada de él.

Milo le sugirió lo que podría usar esa noche para su presentación. Pero ella prefirió uno de sus vestido más sobrios, él no puso objeción y se mostró satisfecho cuando la vio.

—¡Muy bien! Eres joven y hermosa, querida. Sal ahora, sonríe y fascinarás al público.

Milo admiraba complacido la esbelta figura y el bello rostro de Alana. El largo cabello le caía como cascada sobre los hombros.

—¿Crees que lo haré? —preguntó con ansiedad—, necesito algo más que una cara bonita.

—¡Lo harás! —aseguró Milo.

Alana triunfó. Se quedó atónita cuando, al terminar su primera canción, el público la aclamó, pidiéndole más. No tenía gran voz, lo sabía, sin embargo ese toque sensual que Milo había comentado, era lo que gustaba al público. Cantó por segunda vez y los aplausos fueron aún más calurosos. Milo se presentó en el escenario

prometiendo al público una nueva actuación de Alana.

Cuando regresó al camarote, Fabian Marlow la esperaba para felicitarla, y se quedó acompañándola por el resto de la noche.

* * *

No vio a Guy sino hasta la siguiente noche. Terminó sus presentaciones y se dirigió a la suite por la escalera. Supo que la seguía porque sintió la mirada de él en su espalda. Al entrar en la suite, Alana cerró la puerta detrás de sí, y ansiosa esperó ahí. Él llamó sin disimular su impaciencia.

—Hola, ¿me extrañaste? —preguntó mirándola de arriba abajo.

Alana no se sentía capaz de pronunciar palabra alguna. Él, con toda calma entró y la chica reaccionó retrocediendo. Tal vez pensaba que su actitud se debía a la gran alegría de Alana por verlo de nuevo.

—Si te portas bien conmigo —le dijo—, te perdonaré por haberme ignorado abajo. ¿Por qué no fuiste a sentarte conmigo, en vez de correr hasta aquí?

Alana respiró profundo y entrelazó las manos en la espalda para controlar el temblor.

—Lo siento, señor Renwick —enfatizó el apellido—. No sabía que me querías allí.

Él quedó atónito. Si Alana no hubiera estado tan molesta, habría soltado una carcajada al ver la desilusión reflejada en aquel rostro.

—¿Quién te lo dijo?

—Por lo menos no lo niegas —dijo Alana con tristeza.

—¿Por qué habría de hacerlo? No has respondido mi pregunta. ¿Quién te Lo dijo? ¡Quiero saberlo!

—Alguien en el hotel… no fue Milo —añadió.

—Después de todo, no importa, de cualquier modo, tenías que enterarte algún día —no intentó defenderse, solo la miraba.

—Pudiste habérmelo dicho tú, en lugar de dejarme actuar como una tonta —retrocedió furiosa.

—¿Por qué crees que he querido verte como a uña tonta?

—¿Acaso no es eso lo que querías?

—No, ¿por qué habría de quererlo? —la miraba con los ojos entrecerrados, sin perder el control.

—Por divertirte, supongo… —le dio la espalda para ocultar el

rostro de aquella mirada inquisidora—. Me engañaste desde el principio…

—Espera un momento —la interrumpió con cinismo—. ¿No fuiste tú la que te acercaste a mí en aquel tren suplicando ayuda, que creo te di?

—No me refiero a eso —gritó enfurecida—. Todo comenzó cuando pretendiste ser lo que no eres, y me diste la impresión de ser tan pobre como yo. Dijiste que me ayudarías a encontrar alojamiento. ¡Claro! Supongo que la casa donde vive la señora Brice es tuya.

—¿Habrías aceptado el trabajo si te hubiese dicho la verdad? —preguntó Guy, alzando la voz—. Estabas tan orgullosa de tu independencia. ¿Hubieras aceptado hospedarte en un hotel del cual yo fuera dueño?

—Pudiste haberme dejado elegir, y si te hubieras explicado con propiedad, quizá yo habría entendido.

—¿Lo habrías hecho?

Odiaba reconocer en ese momento que él tenía razón.

—Milo debe haberse reído de mí. ¡Y los demás también!

—Milo sabía que no quería que te enteraras de quién era yo.

—Pero, ¿por qué?

—Tal vez yo quería que alguien me amara por lo que soy, no por lo que tengo.

—Mejor será no mencionar nada de amor, ¡y menos cuando acabas de pasar el fin de semana con otra mujer!

—Alguno ha estado muy ocupado hablándote de mí, ¿qué más te ha dicho tu informador? —inquirió furioso.

"Que vas a casarte con ella", lo pensó mas no lo dijo. No tenía objeto ahora delatar a Fabian, sabía que eran amigos, y no tenía el derecho de destruir esa amistad.

—¿Puedes negar que pasaste el fin de semana con otra mujer? —le retó de nuevo Alana.

—¿Por qué crees que debería hacerlo? —su boca se curvó con desprecio.

La furia de Alana aumentó, le dolía que él no negara que había estado con Verónica Templeton.

—¿Crees que no tengo razón para quejarme? —estalló.

—No, no lo creo —su mirada era fría pero había en ella ira contenida—. En lugar de estar compadeciéndote, deberías tomar en cuenta las ventajas que has obtenido. Es cierto que te oculté mi

apellido, me disculpo, pero creo que en todo lo demás exageras.

—Tú me dijiste que trabajabas aquí —insistió.

—Sí lo dije, ¡maldición! —y haciendo un esfuerzo, bajó de nuevo la voz—. Y lo hago, cuando estoy aquí trabajo más que cualquier otro.

—Está bien, pero lo dijiste con otro sentido —gritó Alana al ver que él, tenía una respuesta a lo que ella le reclamaba—. Se entendía que eras un simple empleado, que ni siquiera tenías suficiente dinero para pagar el almuerzo.

—Tú fuiste la que entendió eso —le recordó.

—Supongo que tú ordenaste que se me diera esta suite.

—¿Y qué si lo hice?

—Todo el mundo lo sabía menos yo —le lanzó una mirada venenosa—. ¿Qué pensarán?

—Qué te visito todas las noches —insinuó—, ya que mis oficinas están al fondo del pasillo.

Los ojos de Alana se abrieron horrorizados y Guy se le acercó para abrazarla, deseoso de terminar esa discusión.

—¡Qué tormenta en un vaso de agua! —le acariciaba el cabello —. Cantas hermoso, mi amor, no pude esperar para decírtelo y estamos peleando por algo tan trivial.

La estrechó con fuerza y Alana le golpeó la cara de tal manera que una de sus uñas le hirió una mejilla. Una gota de sangre brotó de la piel y Guy palideció.

—¡Traicionera! —exclamó, soltándola.

—Te odio —gritó histérica—, puedes quedarte con tu hotel y tu trabajo, me iré en cuanto amanezca.

La miró con ira.

—Creo que no lo harás, señorita Hurst —y el tono frío de su voz contrastaba con el fuego de sus ojos—. Mañana saldrás de aquí, pero para instalarte en otro piso.

—¡Quiero irme! —murmuró con voz enronquecida.

—¿Por qué crees que no te dije quién era yo desde el principio, o por lo menos, después que Milo comprobó que cantabas y estaba dispuesto a contratarte? Porque él me dijo que pediste un anticipo. ¡Para pagar unas deudas!

—¿Él te lo dijo? —Alana pensó que nunca había sentido tanto frío como ahora. Y además, ¡había olvidado lo del dinero!

—¿De qué otra manera crees que conseguiste el cheque? Yo era el único que podía darte ese dinero.

—Eso me lo dio el hotel…

—Desde luego —la interrumpió—, pero yo fui quien lo autorizó.

Incapaz de pensar con serenidad, dijo otro disparate:

—¡Lo hiciste para tenerme en tu poder!

—¡Dios! —exclamó furioso—. ¿Ahora me acusas de eso? Lo hice para que pagaras tus deudas. Antes de ti nadie se había burlado de mí, puedes felicitarte por haberlo logrado. Imagino que como has estado sin empleo, tienes problemas financieros. Yo poseo mucho dinero, y sería inhumano si no comprendiera que hay quienes carecen de él. Por dártelo no pude decirte quién era yo, si lo hubieras sabido no lo habrías aceptado.

—¡Por supuesto que no! —dijo Alana, horrorizada.

—Así que —y sin un ápice de piedad continuó diciendo—, ódiame tanto como yo me desprecio por haber tratado de salvar tu pequeño cuello mercenario. Y en cuanto a que te irás, nena, aunque lo más que deseo es no volver a verte en mi vida, te quedarás hasta que pagues el último centavo de lo que debes, y además, con intereses, lo que te va a tomar algún tiempo. ¡Te veré en la mañana!

Dio un portazo al salir. Alana se desplomó sobre la alfombra asiéndose de los brazos de un sillón. Se sentía tan miserable que ni una lágrima salió de sus ojos.

Ahora veía con claridad toda la situación y sus errores: ¿Cómo es que se había olvidado del dinero? Una vez descubierta la identidad de Guy, debió haber supuesto que el dinero venía de él.

Trémula, suspiró. Recordó que unos momentos antes de partir, él dijo que no le había dado ningún placer engañarla, y que el dilema se ocasionó al solicitar el dinero. Lo que Alana no entendía era por qué después de eso, él continuó cortejándola e invitándola a salir. Por supuesto que había una razón, pero prefirió no pensar en ella, puesto que había confirmado que él amaba a otra mujer e intentaba casarse. Para un hombre como Guy, una cantante solo significaba una aventura pasajera.

Alana no esperaba saber de Guy muy pronto, a pesar de que él le había dicho: "nos veremos mañana", cuando la mandó llamar se sorprendió, y más que eso, se ilusionó pensando que quizá la trataría con gentileza. Si él mostraba una pequeña señal de ablandamiento, estaba dispuesta a hacer las paces. Y decidió que como entre ellos no podía haber amistad era mejor tener unas migajas, ya que no podía ser dueña de todo.

Cada mañana le llevaba una doncella el desayuno. Ella solo

tomaba café y tostadas. Ese día en la bandeja del desayuno había una nota de Guy pidiéndole que pasara a las once a su oficina. Como no sabía dónde quedaba le preguntó a la doncella y ésta respondió:

—La encontrará al fondo del pasillo, después de la oficina del gerente, en la planta baja.

Cinco minutos antes de las once se presentó Alana y fue recibida por una joven elegante que Alana supuso, sería su secretaria; le sonrió con cortesía y le indicó que esperara un momento. Alana temblaba de ansiedad y su optimismo disminuyó.

La noche anterior, o más bien en la madrugada, él dijo muy claro que no podía irse, hasta que pagara el dinero que recibió como anticipo. Tal vez le pediría que firmara un documento.

Poco después, la secretaria le dijo que pasara y cuando lo hizo encontró a Guy sentado en su sillón, con las manos cruzadas sobre el pecho, mirándola con una expresión fría.

Le indicó que tomara asiento, y sus piernas estaban tan débiles que casi cayó en la silla. Ahora lo veía como un extraño, tan frío y distante que no pudo decir una sola palabra. Para su desgracia, pensó en el calor y ternura que él le había brindado en otros momentos, tan distintos al presente. Ahora, todo había terminado, y se sintió desvalida. Lo había perdido para siempre.

—Bien, señorita Hurst, estudié tu caso y por lo que pude observar, todo está en orden. Firmaste con nosotros un contrato por seis meses, el cual solo podrá ser cancelado por la gerencia. Después de ese tiempo, queda sujeto a renovación en caso de que las dos partes estén de acuerdo.

—Lo sé. Lo que no entiendo es que quieras que cumpla el contrato, aun después de que haya pagado el dinero que debo —se sentía enferma.

—Dijiste que querías dejar el trabajo —y como para recordarle, se tocó con un dedo la pequeña banda adhesiva que cubría el arañazo en su mejilla—, y en vista de tu marcada inestabilidad, debo decirte que no te puedes ir bajo ninguna circunstancia, hasta que hayas cumplido con el contrato.

Alana contuvo el deseo de insultarlo por miedo a desatar de nuevo la violencia. Su depresión era más fuerte que su disgusto y sintió la necesidad de reivindicarse ante él.

Lo miró con ternura y confesó:

—Guy, estoy avergonzada, anoche yo… me comporté mal…

—Yo creo —interrumpió él, con deliberada brusquedad, ignorando su disculpa, como ella lo había hecho con las suyas—, que será mejor que de ahora en adelante me llames por mi apellido. Estoy seguro de que no te será difícil. Anoche parecías estar dispuesta a hacerlo.

Quiso protestar, mas no lo hizo. No tenía objeto.

—Como diga, señor Renwick —respondió muy seria, levantando la barbilla como si tratara de probar que aún le quedaba algo de orgullo.

—Muy bien —continuó Guy con fría satisfacción—. Ahora pasemos a lo de tu habitación, como verás, nuestro trato se restringirá exclusivamente a los negocios.

—Si es que me quedo… quiero decir; ya que voy a quedarme, preferiría permanecer en donde estoy. Es una suite muy bonita.

—Como gustes, pero tendrás que pagar por habitarla. Por supuesto, se te puede descontar del salario.

Alana no había pensado en eso.

—¿Cuánto… cuánto cuesta? —tartamudeo fijando su mirada ansiosa en la de él.

—Podremos hacerte un descuento considerable, digamos… cien libras a la semana.

¡Cien libras a la semana! Alana se estremeció. Ganaría un poco más que eso, cada semana. ¡Y el, por supuesto, lo sabía!

¿Cómo podía ser tan despiadado? Una voz interior le respondió ¿No lo había provocado ella misma? Con amargura pensó, que tal vez Guy Renwick no acostumbraba perdonar las debilidades humanas. Esta mañana su voz era fría y su mirada implacable. Se había convertido en un extraño para ella e intentaba seguir siéndolo y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

—No puedo pagar tanto —murmuró con modestia—. Será mejor que busque otro alojamiento —nunca volvería con la señora Brice, desde luego, pero habría otros lugares.

—Imaginé que estaría más allá de tus posibilidades —dijo irónico—, pero estoy seguro de que encontrarás otra cosa, y no creas que el precio que te di es exorbitante, te aseguro que por la suite que ocupas, puedo pedir más.

Alana estaba a punto de llorar, ya no soportaba esa situación humillante. Sin embargo, hizo acopio de valor y dijo:

—Estoy segura de que tienes razón.

La mirada de Guy era triunfal.

—No es conveniente que vivas fuera del hotel, podría… darte una habitación menos espaciosa, por… veinte libras, ¿te parecería bien?

—Sí —respondió la chica, presa de la tristeza. Guy que la miraba, sonrió pero con amargura.

—Arreglaré también tus comidas en el restaurante para empleados, aunque, por supuesto, cuando gustes podrás comer fuera, o si prefieres, se te puede dar un cuarto con derecho a comida, para que te resulte más barato.

"¿Podría volver a comer o a dormir?", se preguntó Alana, dudosa. En silencio asintió con la cabeza, se levantó y murmuró unas palabras de agradecimiento. Estaba aterrorizada y segura de que si permanecía unos minutos más ahí, rompería en llanto.

—¿Eso es todo, señor Renwick?

—Por el momento —respondió con voz desagradable—. Puedes retirarte, te avisaré dentro de dos o tres días para que te presentes a firmar el documento por la cantidad que… me pediste prestada.

Indignada y confundida salió del hotel y se dirigió al parque. Había allí mucha gente, paseando feliz. Encontró un banco vacío y se sentó, muy quieta, con la esperanza de que nadie se le acercara hasta que recuperara su estabilidad. La rudeza de Guy la había dejado quebrantada, en cuanto a sus sentimientos, prefería no pensar. Una lágrima rodó por su mejilla. Si Guy la viera, su triunfo sería completo.

Alguien se sentó junto, y ella volvió su mirada cansada. Con sorpresa vio que se trataba de Fabian Marlow, la última persona a quien esperaba ver en ese momento.

—Hola —murmuró Alana.

—¿Puedo ayudarte en algo? Te vi salir del hotel apresurada y te seguí —le explicó con gentileza—. ¿Te ocurre algo?

—No es nada, tengo jaqueca —hizo un esfuerzo por sonreír.

—No importa —dijo Fabian contemplando el rostro pálido de la joven—, creo que puedo dejar aquí mi hombro por un rato, por si lo necesitas.

Fabian era agradable. Le reconfortaba su calidez. En su compañía se sentía relajada. Se mostraba interesado, mas no curioso. No le exigía perfección, como Guy. ¿Por qué Guy no era como Fabian?, pensó Alana cuando, caminaban de regreso al hotel.

Hablaron y la llevó a tomar café. Ella estaba agradecida.

—Tengo que salir de viaje dos días —anunció Fabian, como si el

tener que alejarse de Alana, lo entristeciera—. Tal vez podamos tomar una copa tan pronto regrese.

Alana aceptó, se despidieron y subió a su suite. El equipo de limpieza estaba ahí. Ella se disculpó y les dijo que podía esperar.

Ambas jóvenes se miraron, titubeantes, hasta que una de ellas se atrevió a hablar:

—Lo siento, señorita Hurst, la suite está vacía. Nos ordenaron pasar sus cosas a la habitación 504, ya que usted estaba enterada.

—¡Oh sí!, por supuesto —dijo Alana—, solo que esperaba que debía hacerlo yo misma.

Lo creyeran o no, la tenía sin cuidado. Un sentimiento de amargura y humillación la invadió. Accedió a cambiarse porque creyó que el cambio se haría después de algunos días, no de inmediato. Guy demostraba así su intención de hacerle saber que no pensaba cambiar su manera de pensar, y a ella tampoco le concedía ese derecho. Alana, notó en las curiosas miradas de las doncellas, que se preguntaban qué ocurría. Pues bien, que pensaran lo que quisieran, se dijo desafiante.

Cruzó la sala de estar y se dirigió a lo que había sido su dormitorio. Abrió cada uno de los cajones que, por supuesto estaban vacíos.

Al darse cuenta de que las empleadas la observaban dijo en voz alta:

—Solo estoy revisando.

La habitación 504 era sencilla. Sus maletas estaban allí sin abrir, otra indicación del cambio de su status.

El cuarto era confortable pero no podía compararse con la suite que dejó. Una alfombra algo gastada, cubría el suelo, vio un pequeño guardarropa, un tocador y una cama individual. En un rincón había un lavabo con dos llaves de agua pero sin cuarto de baño. Lo buscaría a lo largo del pasillo. Se quedó por un momento azorada. ¡Habría sido mejor permanecer en la casa donde Guy la llevó, cuando llegó a Londres!

Le tomó un buen rato acomodar su ropa, y se disgustó al comprobar que ésta había sido guardada sin cuidado. Cuando terminó, eran más de las dos de la tarde, y había quedado de bajar a ensayar con Milo a las tres. Él tenía dos canciones nuevas que quería probar.

Con la prisa y el cambio de habitación olvidó almorzar. Ahora, no tendría tiempo, ni le importaba, no sentía hambre. Mientras

bajaba en el elevador, decidió que sería preferible comer fuera, en lugar de hacerlo en el restaurante para empleados, así gastaría menos. Guy le dijo que le cobrarían un precio especial por el cuarto y las comidas pero imaginó quesería más de lo que podía pagar. Si encontrara un lugar barato estaría en condiciones de mandar más dinero a sus padres.

Una de las canciones era muy difícil y Milo perdió la paciencia varias veces, antes de que ella la cantara como él quería. La canción versaba sobre una chica rechazada por su amante, y Alana no quería que Milo se diera cuenta de que al cantarla, ella sentía la intensidad de las palabras de tal manera que sudaba de emoción. Le recordaba tanto lo sucedido entre Guy y ella, aunque no fue su amante, lo amaba.

Cuando se controló y recuperó la confianza, Milo sonrió complacido. Entonces volvió la cabeza y vio a Guy mirándola, entonces su voz perdió fuerza.

Milo se impacientó.

—He… he olvidado la letra —dijo trémula y estaba pálida. El conjunto dejó de tocar.

¡Así que tenía la desfachatez de ir a verla! Alana quería fulminarlo, pero no tuvo el valor para mirarlo.

—Lo siento —se disculpó con Milo—. ¿Quieres que vuelva a empezar?

—¿Has comido algo este día? —la miró pensativo.

Alana pudo mentir, pero no acostumbraba hacerlo y por eso dijo la verdad.

—Tomé un poco de café.

—Eso imaginé —mientras, Guy se acercaba—. Será mejor que en el futuro tomes algo más que café.

Inclinó la cabeza aturdida por la frialdad de la mirada de Guy.

—¿Quieres que lo intente de nuevo?

—No —dijo Milo, sorprendiéndola al poner un brazo sobre sus hombros en afán protector ignorando la presencia de Guy y le dio un beso en la frente—. Pero te advierto que tendrás que hacerlo mejor en la noche… o te despediré.

Alana sintió que la ahogaba una risa histérica. Guy torció la boca.

—El señor Renwick —bromeó Alana con cierta ironía—, se niega a despedirme.

Guy la miró amenazador.

—Siempre tendrá un empleo aquí, señorita Hurst. Aunque sea en el servicio doméstico, ¿qué le parece?

Como nadie sabía si se trataba de una broma, Alana comentó:

—Prometo que la canción estará lista para esta noche, Milo —ignoró la ironía de Guy, pero, sabía que no podría olvidarla.

Capítulo 6

Esa noche, cuando Alana llegó al centro nocturno se quedó atónita al ver a Guy sentado en su mesa habitual. Con amargura se percató que él la miraba fijamente, tal vez con la intención de confundirla y después reclamarle.

Sus miradas se encontraron y por unos segundos parecía que ellos estaban completamente solos.

Algo se movió entre ellos, una sombra o una luz, que la hizo reaccionar. Inició su actuación y no volvió a mirarlo, ni siquiera cuando terminó de cantar y recibió un fuerte y entusiasta aplauso.

—Comienzas a gustarles —dijo Milo pasando un brazo alrededor de la cintura de Alana, tan pronto salió del escenario—. Pensé que sucedería.

Con la mirada baja, Alana respondió cortante:

—¡Sé lo que les gusta!

La noche siguiente, cuando los reflectores la iluminaron, Alana recibió un shock diferente. Guy estaba ahí, pero no solo, una mujer pelirroja lo acompañaba. Los ojos de Alana se agrandaron, como si con la mirada lo hubiera llamado, Guy se volvió para verla. Sintió como si un rayo la fulminara y pensó con desesperación si no habría manera de escapar de esa fuerte atracción. En ese momento la mujer acaparó la atención de Guy, y Alana, se dio cuenta de la encantadora sonrisa que él le dedicó.

Después de medianoche, Milo le dijo al oído a Alana, que "el jefe quería verla".

Ella no le dijo a Milo nada de lo ocurrido con Guy, excepto que estaba enterada de la verdadera identidad de él. Milo le respondió que sabía que eso sucedería.

—¿No puedes decirle que estoy ocupada? —le pidió con ansiedad.

—Me temo que no —suspiró él.

Se acercó a la pareja pensando si ésa sería la mujer de quien Fabian le habló, la tal Verónica Templeton con quien Guy había pasado el fin de semana en la cabaña.

—La señora Templeton desea conocerla —dijo Guy en cuanto llegó, confirmando de inmediato su sospecha. Alana temblaba cuando él con insolencia agregó—: La próxima vez que te mande llamar, no demores tanto, señorita Hurst.

—Canta usted muy bien, me encantó su actuación, señorita Hurst —intervino Verónica Templeton, con entusiasmo—, su voz es un deleite para mis oídos.

Alana murmuró palabras de agradecimiento tratando de poner entusiasmo en su voz, que parecía tan admirable a la señora Templeton, y su pena aumentó al comprobar que, vista de cerca era aún más bella, y además amable. Alana no le encontró defectos.

Guy le acercó una silla y la joven tuvo que sentarse.

—Es muy bonito su vestido —continuó diciendo Verónica.

—Y demasiado sugestivo —agregó Guy.

—Guy tiene una prima, quería ser cantante, Claro, que hace uno o dos años esa profesión se consideraba más arriesgada que ahora y su madre no se lo permitió. Dime, querido ¿sigue anhelando el fantástico camino del arte? —preguntó a Guy con voz melosa.

—Creo que se casó pronto, lo que será mucho mejor —replicó.

—¿Por qué dices eso? —la voz de Verónica era sensual y al mirarlo, sus ojos parecían derretirse.

—No me gustaría ver a Jane actuando en un centro nocturno.

Alana sintió que su cara ardía. Los insultos de Guy eran directos, y no iba a quedarse ahí sentada a recibirlos. Ni tampoco protestaría. Guy adivinó sus intenciones y fijó en ella la mirada. Alana empujó la silla hacia atrás con intención de retirarse.

—¿Me permiten? Debo retirarme —dijo.

—¡Oh!, no puede irse tan pronto —protestó Verónica—. Guy querido, ¿no la has invitado a la fiesta?

—Invítala tú —Guy no dejaba de mirar a Alana—. Tú fuiste la de la idea.

—Guy dará una pequeña fiesta la próxima semana, para celebrar algo —y se volvió para mirarlo con coquetería—, y yo pensé que sería agradable que usted cantara algo adecuado para una pareja que acaba de comprometerse…

¿Comprometidos? De manera que Fabian tenía razón.

—Por su actuación aquí, no se preocupe, Guy arreglará que le den la noche libre —insistió Verónica.

—Naturalmente, no habrá ningún problema —lo dijo con satisfacción—. Estoy seguro, querida —dirigiéndose a Verónica—

que la señorita Hurst no nos fallará.

—Por supuesto que no —se despidió retirándose, no podía seguir ahí. No tenía la menor intención de ir a la fiesta, inventaría un pretexto, una laringitis. Si Guy quería destruir sus sueños por completo Id había logrado con éxito.

A la tarde siguiente él fue a verla a su habitación. Ese día no tuvo ensayo, porque Milo entrevistaría a una nueva cantante, pues le gustaba tener dos suplentes preparadas para una emergencia.

Alana había dormido mal la noche anterior, y en la mañana fue a hacer unas compras, así que era una verdadera suerte tener la tarde libre para descansar.

Había tomado una ducha en el baño situado al final del pasillo, estaba recostada sobre la cama, tratando de relajarse cuando él entró sin llamar.

—¿Cómo entraste aquí? —gritó, sentándose en la cama.

—Tengo una llave maestra —contestó él, con calma.

—Pues no vuelvas a usarla —dijo Alana, mientras trataba de cubrirse con su bata y se acomodaba el cabello, nerviosa.

Con una sonrisa maliciosa la miraba desde el marco de la puerta entreabierta. Alana trataba de cubrir y acomodar el pelo que caía sobre sus hombros.

—¿Por qué tan molesta?

—¿No tengo razón para estarlo? —replicó sintiendo que la mirada de él la desnudaba.

—Si yo estuviera en tu lugar dejaría de estar exigiendo derechos, es un lujo que no puedes darte.

¡Cómo podía un hombre acumular tanta ira! Alana pensó que en ese momento podría matarlo.

—¿Qué quieres? —inquirió la chica, mirándolo con desafío.

Guy dio unos pasos y cerró la puerta.

—Una de mis ocupaciones oficiales como propietario de este hotel, tal vez sea la de asegurarme de que estés satisfecha con tu nuevo cuarto.

—Y lo estaría más si no estuvieras aquí.

Alana contó hasta diez para serenarse y decidió que lo mejor sería hacer que él se fuera, en vez de continuar discutiendo, y que supiera lo que ella sentía por él.

—¿Supongo que no subiste solo para enterarte de mi

comodidad.

—No es tanto como escalar el Monte Everest —respondió con frialdad—, me toma dos segundos el viaje en elevador desde la planta baja o bien caminar un poco desde mi apartamento que está abajo de esta habitación.

Alana parpadeó. ¿Qué significaba eso? Si esta habitación y la de él estaban separadas por un techo, ¿quería advertirle que estuviera consciente de ello?

—Traje el documento para que lo firmes pero no hay prisa.

—Lo firmaré de inmediato —dijo mordiéndose un labio con impaciencia, pero él no hizo el menor intento de dárselo.

Mientras ella apretaba sus manos agitada, él se dirigió con calma al tocador donde Alana tenía una lata de leche en polvo y un paquete de panecillos que compró esa mañana. El hotel proveía a cada cuarto de una tetera y bolsas de té para facilitar a los huéspedes que prepararan su desayuno.

Ella lo miró mientras él revisaba con interés el paquete con los panecillos.

—¿Por qué no comes en el hotel? —le preguntó de pronto.

Alana quería decirle que no se metiera en lo que no le importaba, pero eso provocaría una nueva discusión.

—Porque prefiero salir.

Guy se volvió para mirarla con fijeza.

—Hoy te vi hablando con Fabian Marlow, ignoraba que se conocían.

—Muchos hombres hablan conmigo, señor Renwick, es común que esto suceda a las cantantes.

Guy no dio señales de haber captado la ironía, pero su mirada se tornó despectiva.

—Ya me he dado cuenta de que atraes mucho la atención.

—¿Acaso me acusas de hacerlo deliberadamente?

—Ese vestido que llevabas puesto anoche, señorita Hurst, era sugestivo. Cuando le dejamos elegir su guardarropa artístico, imaginamos que sería más discreta.

Alana recordó la mirada de él, la noche anterior, cuando ella se acercó a su mesa. Sintió resentimiento.

—Tal vez creas que me dieron libertad para elegir, pero eso no es verdad.

—Entonces, compra algo más decente —le ordenó—, no permito que mis empleadas vayan por ahí medio desnudas.

—Algunas de tus invitadas lo hacen.

—No estoy hablando de mis invitadas, si así quieres llamarlas. Ellas se pueden vestir como se les ocurra, pero tú no, y no discutas, limítate a obedecer.

Confundida, Alana pensaba que nunca podría entender a Guy. Algunas artistas usaban ropas mucho más atrevidas y nadie les decía nada. Por supuesto que desde que riñeron, él no perdía oportunidad para humillarla.

—Lo pensaré —respondió con frialdad y deseando deshacerse de él antes de romper en llanto, añadió—: ¿No te espera la señora Templeton?

—No es mi cuidadora.

—Pero estoy segura de que no aprobaría que estés aquí.

—¡Oh! A ella no le molestan mis pequeñas diversiones —contestó con insolencia.

Furiosa, Alana protestó.

—Yo no sería una de ellas, ni por todo el oro del mundo.

—¿No lo serías, señorita Hurst? —Guy sonrió a la vez que se sentaba al borde de la cama.

¡Su insolencia iba más allá de lo creíble! Tenía que vengarse, pensó.

Guy entrecerró los ojos al mismo tiempo que observaba el rostro de la chica y posó la mirada en sus labios.

No tenía sentido lo que le estaba ocurriendo a Alana. Una parte de ella ansiaba ser besada, y la otra lo rechazaba.

De pronto, los labios de él estaban sobre los suyos, no le dio tiempo de protestar. Lo que Alana sintió fue instantáneo y dramático. Como si una fuerte tormenta se apoderara de su cuerpo y devastara su mente. Antes de que pudiera evitarlo estaba acostada sobre su espalda y él, tendido a su lado, le quitaba la bata.

¿Cómo era posible que sus caricias causaran en Alana ese placer tan salvaje? El deseo corría por todas sus venas, mientras él la abrazaba con fuerza.

El tiempo parecía haberse detenido, mientras los labios de Guy se apoderaban de los de ella, con excitantes movimientos. Él no disimulaba su sensualidad y el calor que despedía su cuerpo la envolvía venciendo su resistencia.

Alana sabía lo que él deseaba y en ese momento decidió que no podía negarle nada. Pero recordó de pronto cómo lo había lastimado con sus acusaciones. Era necesario aclarar la situación. Y

si ésta era la única oportunidad para hacerlo, ¡qué mejor! Después de todo, lo amaba.

—Guy —musitó—. ¿Me perdonas por lo que dije la otra noche? Si te intereso, permite que te demuestre que estoy arrepentida.

—¿Que tú me interesas? —como si estas palabras lo hubieran vuelto a la realidad, se separó de ella con violencia—. Tienes una opinión desmedida de ti misma si crees que puedo interesarme en una chica como tú.

—Por favor, Guy —suplicó Alana palideciendo al tiempo que notaba cómo aumentaba el disgusto de él.

—Olvídalo, nena —replicó cortante—. Veo que estarás dispuesta a usar todos tus trucos. Pero no me gustan las de tu calaña.

La joven retrocedió dejando caer la cabeza sobre la almohada; lo oyó murmurar con voz ronca que debería estarse volviendo loco para enredarse con una tramposa.

Por último lanzó una maldición y abandonó el cuarto con rapidez.

A la mañana siguiente Alana recibió una carta de su madre. Sus padres necesitaban más dinero. Tenían ya decidida la venta de la casa, decía su madre, y en cuanto lo hicieran se lo devolverían. Sin embargo, el agente de bienes raíces les había dicho que no sería fácil vender pronto una propiedad tan costosa, y el banco se negaba a prestarles más dinero, por lo que era imperativo que Alana les enviara cierta cantidad.

Todo el mundo pensaba que las actrices ganaban mucho. Y, le recordaba a Alana que si no hubieran gastado tanto dinero en su educación hubiesen podido guardarlo para los días difíciles.

La muchacha rompió la carta en mil pedazos y los arrojó al cesto de basura; ¿Qué podría hacer?, se preguntó preocupada. Su madre pensaría que ganaba una fortuna. La vieja historia se repetía: los acreedores presionando para cobrar. El agente y el gerente del banco tenían razón al dudar, ¿quién iba a comprar una casa con diez dormitorios?

Con el ánimo decaído, llenó la tetera de agua con la esperanza de que un poco de té la ayudara a pensar. La secretaria de Guy le llamó para decirle que él la quería ver en su despacho de inmediato. Con un suspiro, desconectó la tetera y consultó su reloj. Era temprano. Suponía de qué se trataba el asunto para el cual Guy la

llamaba, pero ¿por qué tanta prisa?

Se presentó en la oficina de Guy a las nueve de la mañana.

—Olvidaste firmar el documento —le dijo cortante, en cuanto entró en la oficina.

—No me lo mostraste, señor Renwick —respondió tratando de parecer petulante.

—Yo me puedo permitir a veces, alguna diversión —dijo Guy con cinismo—, pero no volverá a suceder.

—Me alegra —accedió Alana intentando sonreír—. Y ahora, sí me muestras el documento que has preparado, lo firmaré y podremos olvidar todo este asunto.

Guy palideció y parecía estar tan furioso que ella sintió miedo.

—No tienes el menor sentido de agradecimiento, señorita Hurst —dijo con voz ronca—. Podrás olvidar el asunto una vez que hayas pagado, no antes. ¿Has usado este dinero para pagar todas tus deudas?

—Sí —contestó Alana casi en un suspiro.

—Puedo saber, ¿qué ciase de deudas?

—No… quiero decir, lo siento, pero no tienes ningún derecho —Alana deseaba haber podido tener confianza en él, pero había prometido a sus padres no hablar con nadie de eso—. No puedo —añadió, sintiéndose miserable.

Guy no pareció notar su desdicha y se le acercó.

—A menudo la gente me asombra. Halagan cuando desean obtener algo, pero en cuanto lo han logrado, tratan de hacer creer que son ellos los que han hecho el favor.

—Tal vez sea una reacción natural —arguyó Alana, molesta—, no es fácil pedir. Yo odio estar en deuda contigo.

—No te preocupes. Jamás volveré a prestarte nada.

—Ni te lo pediría.

—Ni tampoco a ninguna otra persona —replicó mirándola con frialdad.

—No tienes derecho sobre mi vida.

—Todavía no.

Antes que Alana pensara una respuesta adecuada, sonó el intercomunicador.

—¿Sí? —preguntó él.

Y cuando escuchó el mensaje, respondió en tono cortés:

—Muy bien, señorita Smith, dígale que por favor me espere.

Tan pronto colgó, la puerta se abrió y Verónica Templeton entró

en la oficina.

—Lo siento mucho, querido —se disculpó, mirando á Alana—, no sabía que estabas acompañado.

—Está bien, Verónica, pasa. La señorita Hurst ya se marcha.

Después de mirarlo desafiante por unos segundos, Alana se volvió para retirarse.

Mientras se alejaba, iba torturándose con el recuerdo de que ellos estaban juntos y solos.

Sin embargo, tenía algo más importante de qué preocuparse; conseguir el dinero que su madre le había pedido. Sabía que no podía pedirlo a Guy, entonces se acordó de Fabian Marlow.

Sin darse más tiempo para pensar, ni oportunidad dé arrepentirse, buscó una pluma y papel para escribirle un recado, pidiéndole ayuda.

¿No le había dicho que era millonario? Si así fuera no le sería difícil desprenderse de mil libras, si es que ella podía convencerlo de que se las pagaría en un futuro cercano.

A pesar de que solo se trataba de negocios, al mirar Alana el mensaje, se sintió molesta. Si su madre supiera lo que le costaba a su hija en términos de dignidad herida y humillaciones, con seguridad que no se hubiera atrevido a pedirle nada. "Si Andrew estuviera aquí", pensó con tristeza.

Pero su esposa aún estaba delicada de salud y Alana no podía quedarse cruzada de brazos mientras sus padres se encontraban en peligro de ir a la cárcel. Una vez que vendieran la casa, se resolverían sus problemas. Les explicaría que solo ganaba un pequeño salario y podrían pagar lo que debía a Guy, y lo que pensaba pedir a Fabian.

Metió la nota en un sobre, bajó a la recepción donde solicitó le hicieran llegar al señor Marlow el mensaje. Prefirió hacerlo así en lugar de ir a buscarlo.

Se retiró del vestíbulo tan de prisa, que no notó la alta figura que se acercó al mostrador donde vio con un gesto de disgusto la dirección que la joven había anotado en el sobre.

No había pasado ni media hora, cuando Fabian envió por ella. Le pareció una buena señal el hecho de que Fabian respondiera tan pronto a su solicitud y sin demora se dirigió a verlo.

La suite de Fabian, que Alana conocía, era prueba de que no había exagerado al hablar de su riqueza.

Él la condujo a la sala y la hizo sentar en un cómodo sillón.

Alana lo miraba con ansiedad. Fabian no sonreía, pero, tampoco parecía disgustado.

—Es muy agradable —dijo Alana, sin saber cómo iniciar la conversación, y añadió—: ¿Vives aquí?

—Mi casa está en Estados Unidos, pero cuando vengo a Londres me gusta vivir aquí —contestó él, sentándose frente a ella.

—Ya veo —se sintió de pronto débil y entrecerró los ojos.

—Alana, cariño, tranquilízate, ¡No te preocupes! Te aseguro que no tienes por qué hacerlo.

—No me produce ningún placer pedir dinero, Fabian —lo miraba nerviosa sin conseguir ocultar su preocupación—. Solo quiero un préstamo, y me daba vergüenza pedírtelo personalmente. No te pediría ni un centavo si no fuera porque estoy segura de que en uno o dos meses podré pagártelo, con intereses.

Sin decir nada, Fabian se levantó y sirvió dos bebidas. Se acercó a ella y con gentileza puso uno de los vasos en las suaves y temblorosas manos.

—Bebe, lo necesitas —sugirió con ternura—. Y yo también.

—Si te preocupas por el pago… te prometo…

—No es eso —la interrumpió—, no me importa el dinero. ¡Diablos! Puedes tenerlo y no devolverlo. ¡Te quiero a ti!

—¡Oh, no! —asombrada saltó de la silla.

—Por favor, mi amor —se puso de pie, frente a ella—, no es lo que tú piensas, quiero casarme contigo.

—¿Casarte conmigo? —preguntó sorprendida.

—Te amo. Creo que podremos ser muy felices juntos.

Alana no podía mantenerse en pie, y tuvo que sentarse de nuevo, tratando de ocultar el nerviosismo que la embargaba. ¡Cómo podía pasarle eso! Fabian era un buen hombre, agradable, pero Alana estaba segura de que nunca le había dado motivos para creer que sus sentimientos hacia él fueran algo más que amistosos. Y todavía quedó más aturdida, cuando le oyó confesar:

—Debo decirte, querida que yo estaba comprometido con otra chica, estábamos a punto de anunciar nuestra boda cuando te conocí y me di cuenta de que no debía casarme con ella. Ahora, hace cinco minutos la llamé para decírselo.

—Pero es que yo no he aceptado —Alana estaba horrorizada—, tú no me habías dicho nada. Debiste haber esperado.

—No importa —insistió Fabian con terquedad—, cualquiera que sea tú decisión, no volvería con ella; además se puso tan histérica

cuando le hablé que dudo me pueda perdonar.

Alana trataba de controlar su propia histeria.

—Eres un tonto, Fabian —gritó—. ¿Cómo sabes qué me quieres? Muchos hombres se enamoran de la sofisticación que representa una cantante, pero con frecuencia eso es irreal. Somos chicas comunes y corrientes o por lo menos yo —le aseguró con ansiedad.

—No hay en ti nada artificial esta mañana, no llevas maquillaje y acerca de tu ropa —dijo Fabian con franqueza—, está muy lejos de ser sofisticada, sin embargo, Alana, eres la mujer más linda que he visto.

¿Cómo convencerlo? Y además, la pobre muchacha con la que acababa de romper el compromiso, ¡cómo estaría sufriendo!

—¡No puedo creer que hayas sido tan cruel para romper ese compromiso! —murmuró Alana con incredulidad.

—Mira Alana, aunque tú no lo creas, es verdad. Te amo y vamos a hacer un trato: cásate conmigo y toma todo el dinero que quieras, pero si te niegas, no tendrás un centavo.

Alana temblaba. Ahora entendía el carácter de Fabian. Sus millones le habían hecho creer que todo podía comprarse. En sus ojos había esperanza y Alana sintió que en esa mirada sí había un sentimiento amoroso por ella.

—Necesito tiempo para pensarlo —dijo distraída, queriendo decir que lo qué deseaba era tiempo, para ver de qué otra manera podía conseguir el dinero. ¡Ni por un momento iba a considerar la proposición matrimonial de Fabian. Enamorada como estaba de Guy! Solo lo haría como un último recurso y aun así no lo creía.

Unos minutos después salió del hotel, rio sin antes haberle prometido que le daría una respuesta pronto. Durante cuatro horas vagó por la ciudad pensando, pero sin encontrar solución a sus problemas. Sin ninguna persona que la respaldara sería imposible conseguir dinero.

Se detuvo en un restaurante a tomar una taza de café, sin saber qué hacer. Por ningún motivo se casaría con Fabian, ahora lo veía con claridad y lo mejor era decírselo cuanto antes, se sintió mal pues esa decisión debió tomarla inmediatamente. Fue cruel de su parte haberlo dejado con la esperanza.

Eran ya las tres cuando volvió al Remax; al entrar, la recepcionista le dijo que Milo necesitaba verla con urgencia. Se dirigió a la oficina de Milo. Vería a Fabian más tarde.

Milo hablaba con alguien por teléfono, pero tan pronto la vio,

tapó el auricular y le ofreció un asiento, y Alana notó su nerviosismo; la miraba con insistencia, mientras con una mano se rascaba la nuca. Le dio la impresión a Alana que Milo no sabía cómo empezar, cuando terminó de hablar.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven alarmada, ante el silencio de Milo—. ¿Ha decidido el señor Renwick despedirme?

—No, no es eso —Milo suspiró.

Mientras él continuaba indeciso, Alana se alarmaba más cada vez.

—Me mandaste buscar diciendo que era urgente, así que, por favor, dime lo que pasa, cuanto antes. Nada es peor que estar aquí sentada, tratando de adivinar.

—Tienes razón, lo siento —Milo la miró otra vez—. Es muy difícil, estoy tratando de buscar las palabras adecuadas para prevenirte.

—¿Prevenirme?—Alana sintió que el suelo se movía bajo sus pies—. Milo, por el amor de Dios, ¿de qué se trata?

—Guy salió del hotel hace una hora, furioso.

—¿Es cierto eso? —Alana sintió escalofrío, pero se dijo que no había ninguna razón para preocuparse. Los problemas de Guy no tenían nada qué ver con ella. Ni tampoco era responsable por el carácter que tenía. Alana no lo había visto desde esa mañana, cuando la señora Templeton entró en la oficina, entonces él parecía muy feliz.

Milo afirmó con la cabeza, sin hablar, y ella volvió a preguntar, con inquietud.

—¿Quieres decir que yo puedo ser la causante de que Guy se haya ido iracundo del hotel?

Capítulo 7

Milo continuaba suspirando.

—¿Alana, has estado viéndote con Fabian Marlow?

—Bueno, no sé lo que quieres decir, pero sí, una vez me invitó a almorzar. Otra, nos encontramos en el parque y me obsequió una taza de café. Eso es todo.

—Guy piensa que ustedes se frecuentan.

—¡Milo! —gritó Alana asustada de estar a punto de perder el control—, si no me dices qué es lo que ha pasado, gritaré.

—Puede ser que grites más cuando lo sepas todo.

—Me arriesgaré, vamos, dilo —lo retó con ansiedad.

Alana escuchó tales horrores, que deseó no haber insistido para qué Milo hablara.

—Guy recibió una llamada de los padres de la novia del señor Marlow —le dijo Milo con timidez—. Al parecer el señor Marlow acababa de hablar con su novia, que es prima segunda de Guy, para romper su compromiso matrimonial. Le dijo que está enamorado de otra, y tú, Alana, eres esa mujer. La prometida de Marlow, en cuanto terminó de hablar con él comenzó a gritar e intentó quitarse la vida, salió como una loca de su casa, subió a su coche y se estrelló contra una pared. No sé qué más hablaron, pero Guy se fue enseguida a buscar a Marlow a su suite para decirle lo que pasó. Vio a Marlow y también leyó una carta que le escribiste, Guy no me dijo su contenido —aseguró Milo a Alana con fastidio—, y eso parece que fue lo que lo acabó de poner como energúmeno.

—Continúa.

Milo volvió a explicarle a Alana todo lo sucedido, con más detalles y rapidez. Ella se sentía a punto de desfallecer pero era necesario saberlo todo y le preguntó si la joven estaba viva.

—Milo —insistió—, ¿ella vive?

—No me gusta decirte esto —musitó—. Por lo que entendí parece ser que Guy le reclamó a Marlow algo acerca de tu carta y Marlow le gritó que él deseaba casarse contigo. Entonces le informó sobre el accidente de su novia, y él sufrió un colapso, pero, insistía

en que está enamorado de ti. Guy lo envió en su propio auto al hospital y después vino a verme.

—¿Y para qué vino a verte?

—Guy y yo nos conocemos desde que éramos niños —explicó Milo, tratando de evadir una respuesta directa—, con frecuencia me hace confidencias. Me temo que pronto vendrá. Y aun cuando su prima esté sana y salva, tiene la intención de demandarte por el dinero que le debes y desprestigiarte para que no vuelvas a conseguir trabajo e impedirá que veas de nuevo a Fabian.

De los ojos de Alana salieron lágrimas de desesperación. Sentía tal desaliento, no por las amenazas que Milo le había confiado, sino porque Guy pensaba tan mal acerca de ella. Tal vez lo merecía, después de todo, ¿cómo se le ocurrió recurrir a Fabian para pedir dinero?

—¿Crees que Guy cumpla esas amenazas en mi contra? —preguntó Alana, con la voz temblorosa.

—No lo sé, querida, pero no me sorprendería que lo intentara. ¿Alguna vez lo has visto de mal genio?

—Sí, lo he visto enfadado…

—Mas no furioso. Sé que quiere mucho a esa prima. Creo que pensaba dar una fiesta para celebrar el compromiso.

—No, tengo ninguna intención de casarme con Fabian, yo solo quería… —sollozando, no quiso explicar nada. De cualquier manera, parecía que él sabía demasiado—. ¿Qué haré? —inquirió como para sí misma.

—Primero que nada, bebe esto —Milo había servido bebidas para los dos, y tomaba de un vaso mientras ofrecía otro a la joven—. Creo que lo necesitas, es obvio que has recibido un shock.

Alana estaba muy impresionada; unas horas antes Fabian le había ofrecido una bebida y le había dicho casi las mismas palabras. Tomó un poco de brandy, por complacer a Milo. Se sentía atemorizada, y la habitación giraba a— su alrededor.

—Alana, querida —Milo se sentó al borde de su escritorio—. No sé qué está sucediendo, ni me interesa; lo que sí creo es que no mereces el castigo que Guy quiere imponerte. Me pidió que te tuviera en estrecha vigilancia hasta su regreso y me matará si se entera de que te he ofrecido ayuda, pero no puedo quedarme sin hacer nada mientras veo que él trata de destruirte, porque supone que tienes responsabilidad en caso de que a su prima le haya sucedido algo grave.

Alana asintió con la cabeza pensando en que toda la furia de Guy recaería sobre ella. El brandy la reanimó un poco, aunque aún sentía frío en todo el cuerpo. ¿Qué iba a hacer? Podría enfrentarse a Guy, defenderse, demostrar su inocencia, pero sabía que él en medio de su ira la culparía de todo.

—¿Qué te parece si desapareces por unas dos semanas? —le sugirió de pronto Milo.

—¿Desaparecer?

—Eso dije, querida —se le acercó para hablarle en voz baja—. Mi hermano mayor maneja un hotel en la isla Ischia, en Italia. Necesita una cantante porque la que tiene quiere irse. Por coincidencia, él me telefoneó hoy poco después que Guy salió de la oficina, pregustándome si sabía yo de una chica que quisiera trabajar allá, con él, Pensé de inmediato en ti, pues es una manera de sacarte de este lío. Casi le prometí que te mandaría y hasta se me ocurrió hacer a tu nombre una reservación para que puedas partir hoy mismo, si quieres.

—¿Estás seguro? —preguntó dudosa—. Creo que ya me están dando miedo estas oportunidades de trabajo tan repentinas. Verás, cuando viajaba hacia Londres, Guy me dijo que aquí había una vacante…

—Y la había —le dijo Milo cortante—, pero en la ciudad es bien fácil de reemplazar, mas no en una isla remota, nena. Tú eres especial, en cuanto te vi decidí contratarte, no fue Guy sino yo, y estoy seguro de que Pascal también lo hará. Si te quedas por lo menos un par de semanas, te avisaré una vez que Guy esté tranquilo y Fabian vuelva a sus cabales.

Alana sintió que era una decisión muy importante la que debía tomar. Miró fijamente a Milo y le preguntó:

—¿Qué le dirás a Guy? ¿No te hará responsable si me voy?

—Le diré que no pude retenerte.

—¿Te creerá?

—Tendrá que hacerlo, —aseguró Milo—. No te digo que lo detendré si quiere buscarte, ¡pero dudo que te encuentre en Ischia!

Alana cerró los ojos en un intento de ver clara la situación pero estaba muy confundida. Tenía sentido escapar y ella podía confiar en Milo, no la enviaría si hubiese algún peligro. Él la estimaba, incluso estaba dispuesto a mentir para salvarla. No pudo evitar las lágrimas.

—Creo que tendré que irme —dijo al fin, con los nervios

destrozados—. Gracias Milo, además, ¿qué otra cosa puedo hacer? Debo llamar a mi madre ¡Oh! Olvidaba que el teléfono no está en servicio. Mejor les escribiré.

—¿Tus padres viven? —preguntó acercándole lápiz y papel.

—Sí —no dijo nada más acerca de ellos, por temor a complicarles más la vida, con la deuda que dejaba.

—Tendré que darme prisa —comenzó a escribir—. ¿Cuándo viajaré?

—Pronto —respondió Milo—. Te conseguí el billete y si tu pasaporte está en orden, podrás salir dentro de dos horas. Te llevaré al aeropuerto tan pronto como hayas hecho tu maleta. Todo está pagado, te recibirán al llegar a Ischia, no te preocupes por nada. Te prometo que estarás a salvo. Termina la carta, yo la enviaré.

La isla le pareció hermosa, pero Alana aún estaba preocupada para fijarse en detalles. Había volado del aeropuerto Heathrow en Londres, hacia Roma y de ahí en otro vuelo hasta Nápoles, donde pasó la noche. A la mañana siguiente llegó a, Ischia. Un taxi la esperaba para conducirla al hotel que quedaba cerca.

Alana deseaba olvidar el terrible día anterior, quizá el peor de los que había vivido: comenzando con la carta de su madre y terminando con lo que ella pensaba que había sido el "desastre mayor". Cuando abandonó Inglaterra, estaba asustada e impresionada por todo lo que pasó y no tuvo tiempo para pensar si obraba correctamente. Aun ahora, no lo sabía. De lo que sí estaba segura era de que si aquella joven había muerto, no se lo perdonaría nunca. Milo le había prometido escribirle tan pronto como supiera el estado de la muchacha.

El hotel Remma se encontraba localizado frente a una bella playa. Alana iba distraída, cuando el coche se detuvo a las puertas del hotel.

El Remma, sin duda, era un hotel de lujo, un edificio grande y moderno, pintado de blanco, que contrastaba con la lujuriosa vegetación. Había flores por doquier y el aire estaba impregnado con el aroma de las flores.

El conductor del coche la llevó ante el gerente, el que daba la impresión de ser una persona importante. Más tarde se dio cuenta de que después que tocó tierra italiana, era vigilada. Milo se había encargado de todo desde Londres, pues a su llegada a Nápoles, un

coche Ta esperaba para llevarla al hotel, y esa mañana, el mismo la condujo al aeropuerto Capodichino, y el conductor esperó hasta que la vio abordar el avión.

Mientras se dirigía a la gerencia, seguida por el conductor del coche, se percató de que a su pasó las personas se volvían para mirarla.

Fue una sorpresa encontrarse al fin con el hermano de Milo que tenía un ligero parecido con éste. Era un poco más alto, delgado y elegante; de lo que, Milo carecía. Sus ojos, como los de su hermano expresaban bondad, y eso la tranquilizó.

Al verla entrar en la oficina, se le acercó sonriente y con una mano tendida.

—Buenos días, señorita Hurst, espero que haya tenido buen viaje.

A Alana le gustó el firme apretón de manos.

—Fue un poco precipitado, pero todo estuvo muy bien.

—Bueno —el hombre la observaba con atención—, me alegra.

Ante la penetrante mirada, Alana sé sintió avergonzada y odió el rubor que delataba su timidez. Pascal Sachs estaría considerando su talento artístico, pero le parecía que ese escrutinio iba más allá de un interés normal.

—Milo dijo que a usted le urgía contratar a una cantante, ¿es así?

—¡Ah! Sí —respondió enseguida—. Y ¿cómo está mi desacreditado hermano?

—Espera visitarlo en pocas semanas. Él se encuentra muy bien.

—Me da mucho gusto oír eso —la expresión de Pascal se hizo aún más austera—. Lo veo con menos frecuencia de lo que quisiera. Y ahora, enviaré por alguien para que la acompañe a su habitación. Más tarde la presentaré con mi esposa y mi hija.

—Gracias —dijo Alana muy seria, pensando en lo agradable quesería tener compañía femenina.

No fue sino hasta que llegó a su habitación, cuando se percató de; que no habían hablado acerca de su trabajo.

Se miró en el espejo y vio su cara cansada, y pensó que tal vez Pascal consideró que necesitaba descansar, antes de hablar de trabajo.

El cuarto era bonito, pero estaba aprendiendo a no dar importancia a cosas frívolas que además, podía perder en un momento.

Abrió una puerta al fondo de la habitación, era un pequeño cuarto de baño. Deseaba bañarse pero, primero arreglaría la poca ropa que llevó.

Se mordió el labio inferior, preocupada, preguntándose cuándo recibiría su nuevo salario. Antes de dejar Londres envió a sus padres todo el dinero que le quedaba, y solo tenía unas cuantas liras que Milo le obligó a aceptar.

Sintiendo que aumentaba su preocupación, Alana se dijo que lo mejor era hacerla a un lado. A su alrededor solo había silencio y eso servía para olvidar sus tristes pensamientos. No quería salir por temor a que el señor Sachs la buscara pero nadie apareció durante la mañana. Como a la una de la tarde, una joven italiana le llevó el almuerzo, pero casi no hablaba inglés.

Alana le sonrió, y le dijo:

—*Molto grazie* —había aprendido unas cuantas frases en italiano de un libro que compró en el aeropuerto. Después le agradeció el almuerzo y la chica respondió:

—*Molto gentile* —que Alana interpretó como: "muy amable de su parte". Pero en realidad la chica solo sonreía.

A pesar de que la comida parecía exquisita, le fue imposible comer; su apetito volvería a normalizarse cuando tuviera noticias sobre el estado de salud de la novia de Fabian. Además, la preocupaba el disgusto de Guy. Deseaba con toda el alma no haberse enamorado de él, nunca creyó que enamorarse fuera tan doloroso.

Probó un bocado de *prosciutto* de Parma con *melone*, y se preguntó si tendría que hacer sus comidas en la habitación, o si se le permitiría ir al comedor de empleados o a los restaurantes para huéspedes. Por ahora, prefería la soledad, pero más adelante tal vez no la toleraría. Inquieta, se asomó por la ventana y se dio cuenta de que estaba en un piso muy alto. Desde allí veía el mar de un color azul maravilloso, como lo describían en los cuentos de hadas. "Si pudiera sentirme mejor y alejar esta sensación de pánico", pensó.

Cuando la empleada se presentó para retirar el servicio, Alana le preguntó si podía ver al gerente. Pasaron varias horas y comenzó a pensar si el señor Sachs se habría olvidado de ella. ¡No era posible que creyera que necesitaba tanto descanso!

Más tarde, la joven volvió para decirle, o por lo menos eso entendió Alana, que el gerente había ido a Porto Ischia, la capital dé la isla, y que no sabía a qué hora regresaría.

Frustrada, Alana se sintió sola y resolvió ir y asegurarse de lo que la empleada le había dicho. Después pensó que tal vez sería más apropiado tomar primero una ducha y descansar en la cama aunque no durmiera.

Más tarde escuchó que alguien llamaba a la puerta; y como parecía urgente, olvidó que solo traía puesto un camisón transparente y se dirigió con rapidez a abrir la puerta; era la misma joven que la atendió durante el día.

—¿Sí? —preguntó Alana.

Entendió que debía presentarse en la suite número 100 y que ella la esperaría para acompañarla. Alana la hizo pasar y se dirigió al cuarto de baño donde se lavó la cara y se puso una falda de algodón y una blusa. Un poco de maquillaje para disimular la palidez de su rostro y se cepilló el cabello.

En su recorrido, Alana se dio cuenta de que ese hotel era más lujoso que el Remax y suspiró deseando que su estancia allí fuera más afortunada que en el de Londres. Su ansiedad por tener noticias de Milo iba en aumento y pensó decirle a Pascal que esperaba una llamada de Londres; quería evitar que por algún error o porque en el hotel nadie la conocía, no le avisaran.

La joven la llevó a lo que era un ala privada del hotel, en el último piso. Sí, donde Alana se hospedaba era tranquilo, allí había absoluto silencio y total soledad. La chica oprimió un timbre y antes que la puerta se abriera, desapareció sin decir una palabra. Alana trató de llamarla, pero en ese momento abrieron.

De momento no se dio cuenta, pero al cabo de unos instantes sintió el estremecimiento tan familiar que le recorría la espalda y le quitaba el aliento. Guy Renwick estaba ahí, de pie frente a ella, con una mirada fría.

—¡Oh, no! —exclamó Alana y creyó que se desmayaría. Trató de escapar y de lo último que tuvo conciencia fue que alguien la detuvo.

Cuando volvió en sí se hallaba acostada en un sillón y Guy le mojaba los labios con brandy, mientras con uno de sus brazos le rodeaba el cuello sosteniéndole la cabeza, y a pesar de que no la lastimaba, su actitud estaba lejos de ser gentil.

—No me vuelvas a hacer esto —estalló en cuanto ella abrió los ojos—, ¡la próxima vez no lo creeré!

Pálida, Alana lo miraba asustada, rechazando el vaso de brandy que le ofrecía. Estaba harta de que le ofrecieran brandy. Primero

Fabian, después Milo y ahora Guy y todos, decididos a engañarla, más que a darle ayuda. Milo la traicionó pues le dijo a Guy dónde encontrarla.

—Nunca pensé que Milo me hiciera esto, creí que era mi amigo —gimió Alana, con amargura.

—Él solo obedecía mis órdenes.

—¿Órdenes? —inquirió y al darse cuenta de lo que quería decir, sintió tanto miedo que creyó enloquecer—. ¿Quieres decir que tú le ordenaste que me enviara aquí?

—Era más fácil eso que secuestrarte y más digno para ti —replicó Guy, levantándose; la miró con insolencia, pero Alana no puedo interpretar su mirada.

Alana se levantó de un salto. Desafiante, le sostuvo la mirada y dijo:

—Pudiste haberme engañado, al hacerme llegar aquí, pero no me quedaré y no podrás obligarme. Llamaré al gerente, si Pascal lo es, o acaso, ¿solo es el hermano de Milo?…

—Las dos cosas —contesto Guy—. Pero debo informarte que soy dueño de este hotel, pertenece a mi compañía. Así que, como puedes ver, no esperes ayuda de Pascal.

—¡Me gustaría darte tu merecido!

—¿No es suficiente con lo que le hiciste a la prometida de Fabian?

—¡Oh! —Alana se tambaleó—. ¿Cómo está? ¿Le ha ocurrido algo grave?

—No, y no te lo va a agradecer. Está bien y se recuperará.

Aquellas palabras la hirieron, pero también la tranquilizaron.

—Me alegra que así sea. Me apenó mucho saber del accidente.

—Siempre te apenas después de haber hecho el daño. ¿No es así? —se burló Guy.

—No fue intencional. Si Milo no me hubiera asustado e insistido en que tenía que huir para escapar de tu furia, me habría quedado en Londres para explicarte todo.

Guy volvió a enfurecerse.

—No trates de aparentar inocencia conmigo, señorita Hurst. Me tomaste por un tonto la primera vez que me viste, y tenías razón porque me comporté como tal. Con un poco de sentido común, habría corrido lejos de ti. No buscabas empleo, sino una víctima para estafarla. Primero me sacaste quinientas libras, después, mil a Fabian. ¿Cuánto planeabas robar al siguiente tonto?

—¡Estás equivocado! —estaba pálida y tenía los labios resecos —. Únicamente pedí un préstamo. Pensaba pagarte con el producto de mi trabajo y a Fabian también.

—No voy a perder el tiempo discutiendo contigo. En lo que a mí concierne te hubiera dejado en Londres, a que afrontaras las consecuencias, pero no iba a dejarte cerca de Fabian. Él y mi prima eran felices antes que aparecieras y lo volverán a ser. Si quieres atrapar a un millonario tendrás que buscar por otro lado.

—Yo no quiero casarme con Fabian —gritó Alana furiosa, tratando de hacerse entender—. ¿No puedes creerme?

—Nunca —dijo Guy cortante—, y si piensas que vas a lograr mi compasión, estás equivocada. ¿La tuviste por mi prima? Tú sabías que Fabian estaba comprometido, porque él te lo dijo y aun así permitiste que rompiera su compromiso.

—¡No sucedieron así las cosas! —protestó Alana, pero su voz se apagó hasta ser un murmullo. Cómo convencerlo sin acusar a sus padres que le exigían él dinero que ella no tenía para darles.

—¿Cómo fue, entonces? —insistió Guy, con los ojos centelleantes.

—Reconozco que debí haber sido más sincera, pero… tengo una preocupación qué me impide.

—¿Qué es lo que no puedes explicar? —preguntó él desesperado.

Alana no podía hablar, estaba asustada.

—¿Te has quedado muda? —rio con burla Guy—. Bien pues te vas a —quedar todavía más, cuando yo termine contigo. Creo que desearás no haber nacido, señorita Hurst. Y si intentas escapar antes que te dé tu merecido, te aseguro que ningún hombre decente querrá volver a saber nada de ti.

—Eres despreciable —gritó Alana y al mismo tiempo le lanzó una bofetada, con tal fuerza que casi perdió el equilibrio. Al mismo tiempo sintió como él la tomaba del cabello y posaba con crueldad sus labios sobre los de ella.

La pasión que Guy expresó en ese beso, desapareció rápido y Alana sintió deseos de volver a abofetearlo, pero podía ser peligroso, despertar otra vez su furia. Desfallecida después de esa agresión, Alana trató de controlar el temblor de sus labios.

—¿Te das cuenta de que no es posible que pueda existir ninguna relación entre nosotros? —con un dejo de esperanza, añadió—: Te prometa no volver a Londres, ¿me dejas ir enseguida?

—No, no confío en ti.

—¡No puedes tenerme prisionera!

—No con cadenas —Guy enarcó las cejas—, pero si intentas huir fe arrepentirás. Puedo hacerte arrestar por fraude. Eres cantante que empezaba a darse a conocer, y los periodistas harían un buen escándalo.

—¿Hablas en serio? —preguntó Alana incrédula.

—Inténtalo y verás —sugirió con aparente suavidad. Después de unos cuantos segundos de silencio volvió a hablar—. El dinero que tratabas de obtener con Fabian, ¿para qué lo querías?

—No era mucho.

Él insistió:

—Mil libras es mucho dinero. Debes haber tenido algún plan.

—Ropa, tal vez —replicó con vaguedad—, pero no obtuve nada, ¿qué importancia tiene?

—La verdad importa y me la vas a decir, aunque me lleve meses saberlo.

—¿Meses? —inquirió sorprendida. Guy la había engañado. Ahí no se necesitaba ninguna cantante. Pascal Sachs evadió la conversación sobre ese tema y ahora se daba cuenta. Alana necesitaba ganar dinero con urgencia.

—Necesito un empleo —confesó.

—Puedes trabajar conmigo. Iba a proponértelo. Después de todo, me tienes que pagar y no quiero que sigas cantando.

Alana no supo qué decir y se quedó mirándolo incrédula.

—¿En qué podré ayudarte? No soy secretaria.

—No necesito una secretaria —replicó—. Y cuando la necesito, utilizo la de Pascal, pero sí me urge una asistente personal, y cuando no te necesite podrás quedarte en tu habitación o hacerte invisible. Si te ved hablando con alguien del hotel, te llevaré a una prisión mucho menos agradable. Soy dueño de una pequeña isla. Voy allá en ocasiones cuando quiero encontrarme conmigo mismo, y créeme, es tan primitiva y salvaje que no disfrutarás en lo más mínimo.

—Tal vez tengas que dar alguna explicación si no hablo con nadie. El señor Sachs dijo que deseaba que su esposa e hija me conocieran.

—Ya lo consideré —dijo Guy cortante, sin prometer nada.

Alana entrelazó las manos, pensando en las largas horas que pasaría sola con sus tristes pensamientos. ¿Por qué tenía a veces la

sensación de que no era real todo lo que le estaba pasando?

—¿En dónde prepararé mis comidas? —preguntó aunque hacía mucho que no sentía deseos de comer.

—Las tomarás en tu habitación y cenarás en cualquiera de los comedores para huéspedes. Ordenaré se te reserve una mesa y estarás bajo mi vigilancia.

No mencionó nada de cenar juntos.

—Gracias —musitó Alana tratando de estar controlada—. ¿Cuáles serán mis deberes?

—Llevar recados, tomar notas en general y tenerme contento. La vida social puede ser un poco complicada. Tú te encargarás de que la mía sea tranquila. No quiero encontrarme con que he invitado a dos mujeres a cenar la misma noche o comprometerme a asistir a un evento, cuando ya he prometido acudir a otro.

—Ya veo —Alana cerró los ojos por temor a que Guy viera su angustia, no estaba segura de que todo lo que había dicho pensara llevarlo a cabo, ¿o solo lo hacía para lastimarla?

—Empezarás mañana a las nueve.

Alana movió la cabeza en señal de asentimiento y salió, con la cabeza erguida, pero una vez en su habitación se echó sobre la cama y lloró sin límite. Apenas podía creer lo que había sucedido. La impresión era demasiado fuerte. Y luego, ¡Milo! Recordó cómo evitaba mirarla cuando le habló de la fuga y del disgusto de Guy, tal vez no fue fácil para él. Alana reconocía que ni Guy ni Milo podían pensar nada bueno acerca de su extraño comportamiento. Y aun cuando sus padres vendieran la casa y le pudiera pagar, nada podría compensar el sufrimiento que sin querer, le había causado a la prometida de Fabian. Guy tenía razón, y el mantenerse alejada de Londres era lo mejor que podía sucederle hasta que todo volviera a la normalidad.

Capítulo 8

Los siguientes días fueron una verdadera prueba de fuego para los nervios de Alana. Comenzó su trabajo como asistente de Guy, lo que provocó una serie de especulaciones en el personal, pero lo más humillante fue, cuando Guy le dijo a Pascal que ella quería ser cantante; pero que al presentarse en el Remax, había fracasado.

—Lo creo —afirmó Pascal—, al conocerla me di cuenta de su inocencia y una cantante necesita de cierta picardía y gran confianza en sí misma, para triunfar.

—Exacto —dijo Guy mirándola con insolencia. Alana permanecía callada, pero con la ira reflejada es los ojos y reprimiendo el deseo de abofetearlo.

Pascal notó su desaliento y comprensivo expresó: —No importa, señorita Hurst, seguramente encontrará satisfacciones en una profesión más adecuada. Algunas de las cantantes famosas a veces tienen que aceptar ciertas situaciones.

—Creo que no merecen que se les censure —protesté Alana.

—Por supuesto que no —replicó Pascal—, la mayoría son muchachas decentes, como usted, que trabajan para vivir con honestidad.

—Si solo fuera eso… —murmuró Guy.

Alana enrojeció ante la insultante insinuación que. Pascal no entendió. ¿Guy no dejaría de recordarle sus errores?

—Mi esposa y mi hija desean conocerla, señorita Hurst, podríamos cenar hoy juntos, contigo, Guy, ¿qué te parece?

—Encantado de acompañarlos, pero no creo que la señorita Hurst acepte. Ella prefiere cenar sola.

Alana se sintió tan ofendida que no pudo evitar desafiarlo. Sonrió a Pascal y le dijo:

—Creo que el señor Renwick, tiene algunas ideas equivocadas respecto a mí; me encantaría conocer a su familia, señor Sachs, y con gusto cenaré con ustedes.

Esa noche, al arreglarse para la cena, se dio cuenta de que tendría que usar uno de los vestidos de noche que Milo había

ordenado para sus actuaciones ya que eran los únicos que tenía. Eligió el menos atrevido, y aun así era tan revelador, que al mirarse en el espejo, no pudo ocultar un gesto de desaprobación. Su cabello caía en una cascada de rizos sobre los hombros y la espalda desnudos. No se maquilló. Y si no fuera por el entallado vestido, que delineaba su esbelta figura, estaba segura de que se veía menos llamativa que la mayoría de las chicas de su edad.

Encontró que el señor Renwick estaba acompañado, de un grupo de personas que también habían sido invitadas: por la familia Sachs. Cuando Alana llegó, él no se acercó a saludarla, solo la recorrió con la mirada y ella a su vez lo miró desafiante.

La esposa de Pascal, una mujer morena, de estatura mediana y su hija, Paula, la recibieron con cordialidad. Después de las presentaciones pasaron todos a la mesa.

Guy se sentó junto a una esbelta mujer, que le recordó a Alana a la señora Templeton. Paula le comentó que se trataba de Ellis Lane, una rica heredera que se había casado tres veces y que Guy y ella se conocían; además, agregó maliciosa que la señora Lane estaba a la caza de su cuarto marido.

Guy parecía tener debilidad por las viudas y las divorciadas.

Alana lo miraba, preguntándose por qué cuando lo veía atendiendo a otras mujeres ella se sentía tan mal. Por un segundo, sus miradas se cruzaron y Alana se percató de la burla que se reflejaba en la de él.

Aparte de la familia Sachs y la señora Lane, había cuatro personas más sentadas a la mesa. Aparentemente amigos o conocidos de Guy. Entre ellos Ron Adamson, un joven apuesto, que trató de conversar con Alana, pero ésta no le prestó atención por miedo a que Guy pensara que podía ser otra víctima de sus solicitudes de dinero.

Al terminar de cenar, Guy sugirió que fueran al centro nocturno del hotel. Alana no quería ir, pues sospechaba que allí era posible que actuara alguna cantante, con lo que Guy tendría una nueva oportunidad para molestarla y no se sentía con fuerzas para ignorar sus humillaciones.

Al parecer todas las mesas estaban ocupadas, pero al llegar ellos se colocó de inmediato una mesa extra, cerca de la pista de baile, para el dueño del hotel y sus invitados.

En un intermedio, cuando estaba a punto de desaparecer sin despedirse, se sorprendió al ver que Guy se acercaba hasta su

asiento y con un gesto muy peculiar tendió una mano incitándola a bailar.

—No pierdas el tiempo intentando negarte —le dijo al oído a la vez que la atraía hacia sí.

Alana había bailado con él en otra ocasión, y aún recordaba el riesgo que representaba. Al volver la cabeza se encontró con los ojos grises que la miraban retadores, y su corazón empezó a latir con violencia. Con la respiración entrecortada se atrevió a decir:

—No entiendo por qué quieres bailar conmigo, cuando tu opinión acerca de mí es tan pobre.

—¿No crees que mis invitados se extrañarían de que no baile con mi asistenta personal? —preguntó con burla.

Como siempre, era un experto en ironías, pero Alana no podía alejar su mirada de él; parecía como si la tuviese hipnotizada.

—No creo que nadie se ocupe de semejantes pequeñeces. ¿Puedo retirarme después de esto?

Guy la apretó más, de tal manera que Alana se sofocó y apoyó la cabeza en el hombro de él. Una ola de placer la invadió al sentir la mano de Guy en su espalda desnuda.

Él murmuró algo sobre su cabeza, pero Alana no le entendió, creía que era el consentimiento a su petición.

En uno de los giros del baile, Guy la estrechó más fuerte y apoyó una mejilla en la cara de ella, a la vez que deslizaba con sensualidad una mano hacia las caderas de la joven.

La abrazaba con tal fuerza que no podía hacer nada, sin provocar un escándalo. Notaba las miradas curiosas, sin embargo, sus sentimientos de amor hacia él estaban siendo estimulados por sus caricias.

—Por favor —suplicó viendo su mirada de triunfo—, por favor, déjame ir.

—¿Vas a suplicarme? —le preguntó al oído, abanicándole la oreja con su tibio aliento.

—Si así lo quieres —murmuró muy quedo, aterrorizada de que él adivinara que estaba dispuesta a hacerlo—. ¿Es éste alguno de tus métodos de venganza? —Guy la estrujó de tal manera, que Alana sintió dolor y reconoció que no debió de haber hablado.

—En ciertos momentos eres inteligente —se burló—. ¿Cómo lo adivinaste?

—No fue difícil —replicó con cautela—, y creo que ya es suficiente. ¿Puedo volver a mi habitación?

—Todavía no —respondió y de pronto aflojó la presión del brazo, como si fuera un juego que1 ya no le divirtiera—. Invitaré a mis amigos a tu suite; quiero que sirvas las bebidas y los atiendas.

—¿Quieres decir que actúe como tu anfitriona?

—No —contestó él con insolencia—, como mi empleada.

Él parecía gozar de verla cada día más pálida y fatigada. Era inaudito que le ordenara efectuar tantos trabajos, en un hotel que estaba lleno de empleados. Todo el día, desde las nueve de la mañana hasta altas horas de la noche, la ocupaba. Muchas veces la hacía llevar recados a personas a quienes podía haber llamado por teléfono. Un día le ordenó que ayudara a la señora Lane con sus compras, y como ella parecía incluir a Guy en sus planes futuros, Alana estuvo lejos de disfrutar esa tarde.

Una noche, Alana cenaba sola, como de costumbre, y Guy y la señora Lane lo hacían no lejos de ella, por lo que no podía evitar mirarlos ocasionalmente. Esa mañana Alana le preguntó a qué hora bajaría a cenar y él le había respondido que a las nueve y media. Tomando eso en cuenta, ella decidió hacerlo a las ocho, y para su sorpresa, a los pocos minutos Guy y su acompañante estaban en la mesa de enfrente.

Alana, al verlos, sintió deseos de llorar. No quería mirar a Guy, pero no podía evitarlo. ¿Por qué él había escogido esa mesa en particular? Ella podía ver todo lo que hacían.

De pronto su mirada se encontró con la de Guy y, como siempre, vio desprecio en sus ojos. Ron Adamson la invitó al bar a tomar una copa y no aceptó.

En dos ocasiones que Alana salió a la terraza después de la cena, a respirar un poco de aire fresco, Guy la acusó de estar tratando de conversar con los huéspedes. Ella nunca lo había hecho, pero ni siquiera trató de negarlo, ya que él siempre pensaba lo peor de ella.

Sin embargo, aceptaba esa situación porque creía que hasta cierto punto estaba justificada por el daño que le causó a la prometida de Fabian. Todas estas emociones la mantuvieron despierta durante varias horas en la cama y entonces, decidió levantarse. Quería escapar de aquel cuarto que sentía como una prisión. Hacía mucho calor y pensó que sería agradable nadar un poco, pero cayó en cuenta que no tenía traje de baño, ni dinero para comprar uno. Resignada, estaba poniéndose los jeans, cuando recordó que esa tarde Guy la había hecho acompañarlo a la zona de las piscinas donde se encontró con la señora Lane, cosa que a Alana

no solo le disgustó sino que le extrañó. ¿Por qué él insistía en que estuviera presente en sus citas con Ellis Lane?

Ellis hacía lo imposible por demostrarle su desprecio. Esa tarde, después que terminaron de nadar le dio su bikini mojado para que lo lavaran y lo devolvieran a su habitación. Alana la miró con disgusto pero al volverse para ver a Guy aquella mirada la amedrentó. Así que cogió él bikini reprimiendo el deseo de arrojarlo a la hermosa cara de la señora Lane y miró otra vez con odio a Guy, quien a cambio le devolvió una mirada comprensiva como si la felicitara por su sumisión.

Alana estaba tan deprimida que en ese momento el bikini amarillo era una tentación irresistible. Decidió usarlo; aunque bastante atrevido, pasaba de la medianoche y de seguro nadie la vería:

Los huéspedes cuando oscurecía usaban la piscina que estaba junto al hotel. Las otras quedaban desiertas, y estaban rodeadas de árboles, al otro lado de la carretera.

Los vestidores se hallaban cerrados. De pronto Alana quedó paralizada del susto cuando al despojarse de los jeans y blusa, sintió unas gotas de agua sobre el cuerpo.

—¡Te pesqué! —exclamó una voz masculina.

Era Ron Adamson. Alana estuvo a punto de desmayarse mientras él reía divertido por la broma que le había hecho.

—¿Acaso estás loco? ¡Pudo darme un infarto!

—Eres muy joven, a tu edad no suceden esas cosas —gritó Ron desde la piscina.

—¿Cómo lo sabes? —Alana comenzó a reír—. De cualquier manera, no hay nada gracioso en asustar a la gente.

—¡Vaya! Por lo menos te hice reír.

—Eso no significa nada —replicó Alana con amabilidad.

—Significa que necesitas mi compañía —insistió muy serio—. Me preguntaba si sabrías reír.

Alana estaba sorprendida de sentirse contenta. Eso probaba que necesitaba el trato con las personas. Pero, con las amenazas de Guy, era difícil.

Tal vez, debía tratar de convencerlo de que le diera más libertad. Ese día se enteró de que la novia de Fabian había salido del hospital y se encontraba bien. Alana le preguntó a Guy si su prima y Fabian se habían reconciliado y la respuesta fue que sí y que por su cuenta corría que ese compromiso no volviera a

romperse.

—¿Hace cuánto tiempo estás aquí? —le preguntó a Ron.

—Como una hora —replicó alegre—. Tengo una pelota de playa —añadió—, pero no es muy divertido jugar solo.

—¿Una pelota de playa? ¡Pero si es más de medianoche!

—¿Y qué importa? ¡Pareces una viejecita! ¿Quién podría resistir ese reto?

—Anda, ven a jugar.

Alana se metió en la piscina y nadó experimentando una agradable sensación de libertad. Durante la siguiente media hora, jugaron, como un par de chiquillos.

De pronto se dieron cuenta que alguien los observaba. Alana reconoció a Guy Renwick, que se acercaba a la orilla opuesta a la que ella se encontraba.

La joven se echó el pelo hacia atrás y lo miró desafiante.

—Hola, ¿creíste que la prisionera había escapado?

Guy no contestó.

—Disculpe, señor Renwick, no le había visto —dijo Ron con cortesía—. Alana y yo estábamos divirtiéndonos.

—¿Divirtiéndose? —Guy estiró un brazo para ayudar a Alana a salir de la piscina.

—Sí —afirmó Ron.

Unos minutos antes, la pelota de playa había desaparecido entre los árboles, por lo que decidieron volver al hotel y se disponían a hacerlo, cuando notaron la presencia de Guy.

—¿Te das cuenta de la hora que es? —le preguntó Guy a Ron.

—Será la una, no es tarde a nuestra edad —respondió bromeando—, además, ya nos íbamos. ¿Vienes conmigo, Alana?

—Yo acompañaré a la señorita Hurst —Guy apretó los labios, molesto.

—¿Seguro? —Ron dudaba de dejarlos solos.

—Es mi empleada y tengo algo que hablar con ella.

Ron aceptó, aunque de mala gana y con una seña se despidió de los dos.

—No tenías que ser tan rudo con él. Es un chico amable y no estaba haciendo nada malo.

—Yo no lo acusé de nada; eres tú la que está faltando a su compromiso, permaneciendo aquí a estas horas.

—No trataba de escapar.

—Pero quizá tratabas de persuadir a alguien para que te ayudara

a hacerlo mañana. No me digas que no deseas marcharte.

—Por supuesto que lo deseo —no añadió que la principal razón por la que quería irse era por lo mucho que lo amaba y porque el desprecio de él le era insoportable—. Le dijiste a Ron que tenías algo que discutir conmigo, ¿de qué se trata?

—Nada que no pueda esperar —dijo cortante y entrecerrando los ojos, agregó—: Ese bikini lo conozco.

Alana se ruborizó, y decidió decir la verdad.

—Es el de la señora Lane, lo tomé prestado.

—¿Sin decírselo a ella?

—No soy tonta.

—¿Acaso es más elegante que el tuyo?

Alana no sabía adónde quería llegar Guy.

—No tengo ninguno aquí y no puedo comprar otro sin dinero.

—¿No tienes dinero? —enarcó las cejas con desprecio.

—Hasta que me pagues.

—Por lo visto saliste de Londres con mucha prisa.

Alana no estaba dispuesta a sostener una discusión.

—Ahora que ya lo sabes; ¿me puedo ir? Necesito tomar una ducha caliente.

—Puedes tomarla aquí. ¿O piensas ir así, para que los porteros te vean casi desnuda?

—Tengo aquí mis jeans, me los pondré.

—¿Cómo? ¡Si estás empapada! —Guy la tomo de la mano.

—Los vestidores están cerrados —replicó Alana, desesperada.

—Yo tengo una llave —le explicó en voz baja Guy, mientras le tocaba un mechón de cabello mojado—. De noche, cuando ya no hay nadie, me gusta nadar pero en el mar.

—No te detengas por mí. Abre el vestidor y me las arreglaré sola.

—Prefiero esperarte.

¿Qué podía hacer? Por un momento pensó en ponerse los jeans e irse, pero resultaría muy incómodo.

—Está bien —aceptó de mala gana y recogió sus prendas.

Guy encontró la llave y abrió. Entraron en el vestidor y entonces él le preguntó furioso:

—¿A qué jugaban tú y el joven Adamson?

—Teníamos una pelota que cayó entre los árboles.

—No nací ayer.

—Piensa lo que quieras —le gritó furiosa y se separó unos pasos

de él, con violencia—; lo que hacíamos no te importa y para que lo sepas, ¡es mucho más inocente que las cosas que tú y la señora Lane suelen hacer!

Alana se dio cuenta del error que había cometido al provocarlo. Él se acercó a ella que estaba junto a la puerta, la abrazó con fuerza y con un pie cerró la puerta, sin encender ninguna luz.

—Y ahora, "señorita insolencia" —murmuró—, vamos a ver —qué tan buena eres para jugar conmigo.

El pánico la invadió y le suplicó con la voz enronquecida:

—Lo siento Guy, por favor, déjame ir.

—Todavía no. Creo que me he ganado unos minutos de tu tiempo ya que eres tan generosa con otros.

—Y si lo soy —le dijo—, ¿qué te parece tu generosidad con otras mujeres? Te paseas todo el tiempo con ellas y esperas que yo…

—¿Sí? ¿Espero qué…?

—Que me comporte como una monja hasta que me desees.

—¡Ah! —exclamó él, al tiempo que la arrastraba hacia una banca y se tendía a su lado—. Me alegra que entiendas cómo quiero que te comportes aunque estás equivocada en lo que se refiere a otras mujeres.

Comenzó a besarla con suavidad, tratando de disminuir la tensión de la joven. El vestidor estaba caliente y el calor que Guy le trasmitía con aquellos besos, hizo que el deseo de escapar se esfumara. Alana lo abrazó.

Él respondió con caricias cada vez más exigentes y la chica decidió meter las manos debajo de la camisa masculina ya desabotonada.

Casi queda sin aliento cuando en un rápido movimiento, Guy se despojó de su ropa y la arrojó al suelo.

Él no podía ocultar su emoción y con la misma rapidez con que se desnudó le quitó a Alana el bikini, de manera que entre ellos no quedó ninguna barrera de tela.

—Guy —susurró la muchacha.

—No hables —le ordenó Guy con voz enronquecida.

—Yo… —trataba de decir algo, pero la respiración agitada se lo impedía.

Las manos de Guy recorrieron la cintura de Alana y luego acariciaron sus senos. Alana creyó enloquecer ante las sensaciones agradables que experimentaba.

Fue violento e incontrolable el deseo que se apoderó de ella y se

apretó con más pasión contra el cuerpo del hombre que amaba. Se aproximaban a la cumbre del éxtasis, cuando los interrumpió un llamado a la puerta.

—¿Hay alguien ahí? —era uno de los cuidadores nocturnos.

Guy se levantó de un salto y mientras normalizaba el ritmo de la respiración se vistió. Alana escuchó cómo le explicaba al otro hombre que había estado nadando en el mar y entró a vestirse sin encender la luz, para no atraer la atención.

El hombre se fue disculpándose.

—No voy a ducharme, me iré enseguida —dijo Alana levantándose.

Recogió su ropa del suelo y se vistió de prisa. Cuando Guy volvió junto a ella, ya estaba lista, no quería mirarlo, pero en la penumbra sintió su penetrante mirada.

—Te voy a acompañar. Hay una entrada privada.

Guardó silencio, era evidente que esos interludios románticos no tenían para él importancia. En cambio, ella sentía que su cuerpo vibraba y le parecía un milagro mantenerse en pie. Alana lo siguió.

Guy evitó el camino iluminado y al verla caminar insegura la tomó del brazo.

—Supongo que no has tenido tiempo para familiarizarte con estos caminos, ¿no es así?

—No es por mi culpa.

—No has visto mucho de Ischia —dijo él, ignorando la indirecta.

—No —replicó, tratando de liberar su brazo. Estaba agradecida por su ayuda, mas no por el temblor que le provocaba.

—Es una isla muy bella, más grande que Capri, donde Grace Fields vivió.

—Mi padre la recuerda bien.

Guy se dio cuenta que para Alana ciertos personajes eran cosa de otros tiempos.

—¿No te gustaría ser famosa como ella?

—No —respondió Alana pensando en su frustrada carrera de Cantante.

Como si él le leyera el pensamiento, sonrió.

—Esto no durará para siempre, algún día regresarás a tu profesión.

—¿Después de lo que le dijiste a Pascal?

—Nadie sabe nada en Londres —replicó Guy.

—Milo dijo que tú aseguraste que nadie en Londres volvería a

contratarme.

—Eso lo veremos —dijo él cortante cuando entraban en el hotel.

Capítulo 9

Alana no tenía intenciones de continuar la carrera artística una vez que los problemas económicos de sus padres se resolvieran, y le sorprendió que Guy le hablara de eso. Cuando le pagara, no dudaba que la olvidaría. Ese encuentro amoroso la estremeció más que ninguno de los otros. Lo sucedido entre ellos tenía esa noche una fuerte intensidad emocional. El hecho de que Guy fuera capaz de retirarse como si nada hubiera pasado, demostraba que para él, esos encuentros eran una diversión pasajera.

Al día siguiente, Alana telefoneó a Milo. Se le ocurrió cuando fue a entregarle a la señora Lane el bikini y la escuchó hablando a Londres. Ya que había podido ahorrar algunas liras, podía llamar también.

Milo estaba sorprendido cuando contestó pero ella solo le preguntó si era verdad que la prometida de Fabian estaba mejor. Él le respondió que sí y Alana para evitarle más bochorno, le dio las gracias y colgó. Después, preocupada pensó que tal vez Guy se disgustaría porque había dudado de su palabra. Él no entendería lo importante que era para ella tener la certeza de que la novia de Fabian estaba bien.

No hubo diferencia en el trato, que Guy le dio esa mañana, y la hizo trabajar como siempre. Después del almuerzo Alana se mostró confundida ante la invitación de Guy a conocer Porto d'Ischia, sin embargo, aceptó feliz.

Porto d'Ischia era un lugar de verano hermoso. Las casas de estilo oriental estaban situadas en una colina que daba al mar. A lo largo de las playas se encontraban varios hoteles de lujo y las calles estrechas fascinaron a la chica. De pronto, al dar vuelta en una esquina, vieron un castillo del siglo quince. Por falta de tiempo no visitaron el pequeño museo adjunto, ni el manantial de aguas termales cercano.

Regresaron al atardecer y él se encaminó rumbo a la oficina de Pascal. Esa noche, cenó solo. Cuando la señora Lane llegó al comedor, Guy se disponía a salir y la saludó con una inclinación de

cabeza.

Esa noche, Alana durmió mejor y hubiera despertado tarde de no ser por un llamado a la puerta. Se puso la bata, abrió la puerta y vio a Guy.

—¿Tú? —preguntó sorprendida, pues él nunca iba a su cuarto, y aunque ella pasaba la mayor parte del día en la suite de Guy, él mantenía su distancia. Y cuando no estaban juntos y la necesitaba, la mandaba llamar con un empleado—. ¿Qué pasa? —inquirió mientras él la miraba con desprecio.

—¿Has estado en contacto con Londres?

—¿Te lo dijo Milo?

—Por supuesto.

—Debí recordar que ustedes, los hombres, tienen esa peculiar manera de protegerse unos a otros, aun cuando no haya necesidad de hacerlo.

—No pienses que Milo se molesta informándome de todos los chismes. Si no hubieras llamado a Fabian, no me habría enterado.

—¿Fabian? —Alana agrandó los ojos por la sorpresa—. ¿Que hablé con Fabian?

—Por favor —la interrumpió Guy al mismo tiempo que la empujaba hacia adentro y cerraba la puerta—. No quiero más mentiras. Milo me llamó para informarme que Fabian salió de Inglaterra anoche y se dirige hacia aquí. Y tú eres la única que pudo informarle dónde estabas.

—Yo no he hablado con él.

—Cállate.

Desesperada, Alana cerró los ojos tratando de pensar. Después de un momento se le ocurrió algo y dijo:

—No trataré de convencerte, sé que no vas a creerme, pero si de algo sirve, estoy dispuesta a ocultarme.

—¡Oh, no! Ahora quieres ser actriz. Las cosas están bastante complicadas como para empeorarlas. Todos en el hotel saben que estás aquí, Fabian no es tonto, investigará y dará contigo.

—Te prometo…

—¡Promesas! Las tuyas no existen. No, la única solución es alejarte de aquí. Prepara tu maleta de prisa.

—Escucha —gritó Alana con fiereza—, si Fabian viene a declararme su amor eterno, ¿por qué no le preguntas qué quiere en lugar de preocuparte por esconderme?

—¿Crees que no lo he pensado, señorita Hurst? ¿Por qué un

hombre iba a desear tener una relación permanente con una pequeña tramposa como tú? La respuesta es simple, en cuanto se le pase el deslumbramiento, no querrá volver a verte y yo prometí a los padres de Jane que haría que Fabian recuperase la razón e intento darle la oportunidad para que lo haga. Te llevaré lejos de aquí; mañana o pasado volveré para hablar con él. Y ahora, vístete, ¿o quieres que lo haga por ti?

—Guy… —rogó Alana—, ¿por qué no reconsideras este caso?

—No.

Alana le dio la espalda para esconder las lágrimas.

—¿Adonde me llevarás?

—Ya lo sabrás.

Alana supuso que volverían a Londres.

* * *

Viajaron por carretera hasta Porto d'Ischia, donde el día anterior estuvieron felices. Llegando, se dirigieron a lo que parecía un embarcadero privado. Alana se sintió inquieta.

—¿Es tuyo ese yate?

—Sí, un amigo lo cuida y le permito usarlo a cambio de que lo mantenga en buen estado.

—¿Por qué no lo dejas en el hotel? —había visto varios yates anclados en el embarcadero del hotel.

—No vengo aquí con frecuencia —trabajaba rápido desatando las amarras—, y una embarcación de este tipo requiere un mantenimiento constante.

Cuando se acercó el cuidador, no pareció sorprendido por la presencia de Guy. Minutos después navegaban hacia mar abierto.

—¿No hubiera sido más fácil volar a Nápoles? —preguntó Alana después de varias horas de navegar en silencio.

—No vamos a Nápoles —respondió Guy.

Esa breve afirmación de que no se dirigían a tierra italiana, la confundió y de nuevo se sintió deprimida.

—¿Adónde, entonces?

—A la isla de que te hablé.

Por un momento, todo le pareció divertido y dijo sonriendo:

—Nunca lo creí. ¿En realidad eres dueño de una isla?

—No es muy común poseer una isla, y ésta es tan pequeña como una canción, pero es verdad y tengo otra en el Egeo.

—¿En Grecia?

—Sí.

Alana suspiró con impaciencia.

—No me importa cuántas islas tengas, yo no quiero ir contigo al ninguna de ellas.

—¿No quieres? —inquirió burlón.

—De seguro Fabian descubrirá adonde me llevaste.

—No, no lo hará.

—Y Pascal, ¿no se lo dirá?

—No, espero que no lo haga.

—¿Y por qué no? —preguntó curiosa—. ¿Por qué los Sachs son tan leales?

—Es muy simple. La familia Sachs ha trabajado para la mía por dos generaciones. Crecimos juntos.

Los Sachs eran tan fieles a Guy que no podía esperar que la ayudaran a escapar. Pero quizá más adelante, encontraría la forma de hacerlo por sí misma.

—¿Cuánta gente vive en la isla?

—Nadie.

—¿Entonces, solo estaremos tú y yo? —Alana tragó saliva, atemorizada. ¿Cómo reaccionaría en una isla desierta con Guy como única compañía. Aun cuando él no la tocara, el fuerte magnetismo que ejercía en ella era demasiado peligroso.

—Sí, solo estaremos los dos —afirmó Guy. Alana movió la Cabeza resignada y él añadió con frialdad—: Si terminaste de hacer preguntas y no tienes otra cosa qué hacer, te agradecería que me prepararas una taza de café. Alana obedeció sin replicar.

La isla, en efecto, estaba desierta. Había dos cabañas rústicas con cuatro habitaciones, dos eran dormitorios, las otras estancia y cocina. El baño no tenía agua corriente. El agua llegaba a la casa mediante un sistema primitivo, desde una cascada cercana. No había electricidad y por ello la estufa era de petróleo.

—¿Qué se usa para alumbrar? —preguntó Alana después de haberlo visto todo y sin exteriorizar ninguna de las quejas que con seguridad él esperaba escuchar.

—Lámparas —contestó Guy.

—No te diré que te agradezco haberme traído aquí en contra de mi voluntad —dijo Alana—, pero creo que es agradable y, en otras circunstancias, estoy segura de que llegaría a amar este lugar.

—¡Qué bien! —exclamó Guy.

—¿Qué comeremos? —preguntó Alana al no ver señales de comida—. Yo no tengo apetito, pero presumo que tú sí.

—Traje algunas provisiones, y por la tarde pescaré algo para la cena.

Guando él volvió con dos cajas llenas de comestibles, la chica había encontrado una sartén y una tetera, pero eso era todo.

—Me temo que te las tendrás que arreglar solo con eso —le dijo Guy— si yo dejara aquí comida y equipo, sería una tentación para marineros y turistas.

—¿Pasan muchas embarcaciones por aquí?

—Es fácil adivinar tus pensamientos. Si esperas ser rescatada, olvídalo. Estamos demasiado lejos del tránsito turístico y la isla es muy pequeña para llamar la atención.

Alana suspiró y se concentró en las provisiones: cereal, leche en polvo, pan, café y unas cuantas latas.

—Creo que es poco —comentó Guy al ver la expresión de Alana —, no quise traer más, por no despertar sospechas en la cocina del hotel.

—No me importa, después de todo, como poco.

—Estás muy delgada, tal vez tu estancia aquí ayude a que te repongas. Te veo decaída.

—¡Oh, gracias! —exclamó la muchacha indignada—, ¿no crees que tiene que ver con el trabajo que he desempeñado durante las últimas semanas?

—Tal vez debí de haberte llevado a mi isla griega, allá tengo buenos servidores, que se hubieran hecho cargo de alimentarte.

—¿No será que piensas venderme a un jeque —se burló ella—, tan pronto como me recupere?

—Más bien pensaba en mi propio deleite —dijo Guy alejándose de ella.

Alana se las arregló para componer un almuerzo aceptable. Guy regresó del yate con sábanas y colchas que dejó sobre las camas. Almorzaron en silencio, y él le indicó que saldría a pescar. Alana le preguntó si podía acompañarlo, pero le respondió que hablaba mucho y asustaría a los peces.

No deseaba ir, lo dijo para molestarlo, pero con la respuesta se ofendió. Ordenó la cocina y arregló las camas. Él estaría muy contento si ella dormía en una silla o en la arena, pero no le daría ese gusto.

Más tarde, acalorada fue a la playa, como no tenía bikini decidió

sumergirse en el mar con su ropa íntima.

Tomó una toalla y se dirigió con rumbo diferente al que él tornó.

Se despojó de su ropa y se sumergió en el mar, sintiendo la frescura del agua a medida que nadaba contra las inquietas olas.

Después de un rato, pensó que debía regresar y cuando se volvió vio a Guy que le hacía señas. Recordó que solo llevaba puesta la ropa interior, de modo que decidió permanecer allí hasta que él se hubiera marchado.

Poco después miró de nuevo hacia la playa y no lo vio. Comenzó a nadar de regreso y no se dio cuenta de que él se le acercaba braceando. Cuando menos lo esperaba le rodeó con un brazo el cuello y la llevó a la playa a modo de salvavidas.

Alana se conmovió al percatarse de que él creía que estaba en problemas y fue hacia ella para ayudarla. Trató de decirle que se encontraba bien, pero una ola la hizo tragar agua y no pudo hablar.

Ya en la playa, Guy la tendió sobre la arena, tratando de que arrojara el agua, que supuestamente había tragado.

—Yo… yo no me estaba ahogando —gritó tratando de incorporarse, pero él la mantenía acostada sin permitirle ningún movimiento—. Por favor, Guy, suéltame.

Guy, pálido, la soltó y habló con enfado.

—¿No te estabas ahogando?

Alana se sentó en la arena.

—Nadaba, y cuando me llamaste, te saludé con la mano.

—¡Oh!, qué tonto fui, creí que me pedías ayuda.

—No nos entendimos bien, Guy, yo no quise molestarte.

—Me sorprende… algunas mujeres hacen todo con tal de divertirse.

—¿Crees que me divirtió que me sacaras del mar en la forma que lo hiciste?

—En cuestión de gustos no hay nada escrito, nena.

Alana sabía que no ganaba discutiendo con él. Se percató de las escasas prendas que la cubrían y de la manera como Guy la recorría con la mirada.

—Hay una toalla por ahí, te agradecería que me la dieras.

El disgusto de Guy iba en aumento y sin hacer caso a sus últimas palabras le preguntó:

—¿No intentabas suicidarte?

—¡Por supuesto que no! ¡No todas las mujeres acostumbramos escapar por la puerta falsa, como tu prima Jane!

De inmediato se dio cuenta de que nunca debió decir eso. Guy la empujó sobre la arena y se tendió a su lado sujetándola con fuerza.

—Mereces un castigo por lo que has dicho.

Los labios de Guy sabían a sal, cuando asaltaron los de Alana, sus rodillas se enterraban en la arena, una a cada lado del cuerpo de ella, impidiéndole cualquier movimiento. La besó intensamente y después hizo una pausa para quitarle el sostén, sin que ella pudiera evitarlo.

Alana sentía cómo la sangre corría por sus venas y su corazón latía desbocado mientras sus labios se unían deseosos y Guy la acariciaba sin miramientos.

Entonces, con una sorda exclamación que más bien era de disgusto consigo mismo, quitó con violencia los brazos de Alana que rodeaban su cuello y de un salto se levantó.

Sin una palabra de disculpa, buscó la toalla y se la arrojó.

—Esperaré a que te vistas —dijo inflexible—, por si acaso sientes deseos de seguir jugando a los trucos en el mar.

Minutos después, Alana había obedecido y lo siguió a la casa sin decir una palabra. Por un instante cerró los ojos, sintiéndose incapaz de controlarse, pero solo agravaría la situación.

En la mesa de la cocina había cuatro pescados. Como ella se quedó azorada mirándolos, Guy le preguntó:

—¿Podrás cocinarlos?

—No estoy segura —contestó sin entusiasmo—. Lo intentaré más tarde —aseguró, ofuscada empujándolo al pasar para su dormitorio, donde se tendió en la cama, exhausta.

Más tarde, se baño con agua fría de la cascada, se arregló el cabello y recuperó la compostura. Regresó a la cocina y preparó la cena.

Si a Guy le agradó la cena no lo dijo y Alana se molestó, puesto que no se consideraba responsable de que estuvieran ahí y lo menos que esperaba era que sus esfuerzos fuesen agradecidos.

Una vez que dejó todo en orden, preparó dos tazas de café y le ofreció una a Guy que se encontraba en la terraza sentado en una banca.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó, tímida.

—¿Por qué? —inquirió él con tal brusquedad que ella sintió como si le hubiera dado una bofetada—. ¿Te parece que necesito compañía? ¿Estás ofreciéndome la comodidad de unos cuantos besos? ¿O crees que la luz de la luna me hará olvidar todo lo que

has andado por ahí prodigando a otros hombres? Solo un tonto como Fabian puede pensar en algo serio contigo.

Con cuidado, Alana hizo a un lado la taza de café.

—Tú me has besado, antes y después de odiarme…

—Solo me divertía, eso es todo —replicó cortante—. ¿Qué otra cosa pensabas que haría con una víbora como tú?

Alana se puso tan pálida que estaba segura que él lo notó pues, se quedó mirándola fijamente.

—Creí que empezabas a interesarte en mí.

—¿Qué? Reconozco que existe una leve atracción física, pero nada más.

—Para las mujeres —murmuró casi para sí—, no existe una cosa sin la otra.

El aire de desamparo que Alana reflejaba volvió a encender la furia de Guy.

—¿A quién crees que engañas, querida? —y añadió con sarcasmo—: Algunas damas viven de "eso".

—Yo no haría nada contigo, ni aunque me lo p… —se interrumpió porque se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Ni aunque te pagara? —se mofó él mirándola despreciativo —. ¿Por qué no lo dices abiertamente? Soy tan rico como Fabian y lo sabes. ¿Cuánto me vas a cobrar por tus servicios de esa noche en el vestidor? No negarás que hubiéramos llegado hasta el final si cada centímetro de ti respondía. No me extraña que Fabian esté loco por seducirte. Harías que un santo perdiera la cabeza.

—¿Acaso ibas a seducirme? —le preguntó Alana con voz temblorosa.

—¿Quién seducía a quién? —rio con sorna—. Sería un tonto si pretendiera que no te deseo, pero las mujeres que han sido usadas sin discriminación, tienen poco atractivo para mí.

—Ya veo —las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero de pronto, no le importó que él viera cuan trastornada estaba.

—Y puedes cerrar esa fuente, soy muy viejo para que me conmuevan unas cuantas lágrimas.

—Lo siento —todo deseo de lucha en Alana se había ido. Estaba muerta por dentro. Si las cosas que él dijo pudieran olvidarse con facilidad. Aunque le agradecía que se las hubiera dicho.

—Tienes que ser cruel para llegar a la bondad, ¿no es así?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, solo que creí que te amaba, pero ahora no siento nada.

Tú lo has matado todo —estaba pálida, se sentía destrozada.

La taza con café que tenía él entre las manos cayó al suelo y se rompió.

—Muy bien —dijo Guy—, te agradeceré que me dejes solo.

A la mañana siguiente, Alana se despertó con el olor del tocino y él café recién hecho, pero deseaba seguir durmiendo. De pronto se dio cuenta de dónde estaba y saltó de la cama. Se arregló y fue a la cocina, ahí estaba Guy tomando café. En la sartén había tocino, quizá para ella.

Seguía tan serio como horas antes. Vestía short y camisa de algodón desabotonada. Al ver Alana el oscuro vello de su pecho sintió que su pulso se aceleraba y las palmas le sudaban.

—Iba a llevarte el desayuno antes de partir —dijo Guy—. Te preparé sándwiches y fruta, suficientes hasta que regrese.

Alana lo miró con aprensión. ¿De qué estaba hablando?

—¿Adónde vas? —y antes que él contestara, añadió aterrorizada —: No puedes dejarme aquí sola, iré contigo.

—Me temo que eso no es posible —replicó cortante. Había algo diferente en él, esa mañana, lo cual no entendió. Una cierta preocupación.

—Si no vas a llevarme, ¿puedo saber adónde vas?

—A Ischia.

—Pero si de ahí venimos.

—Es cierto, pero debo volver para hablar con Fabian, y si es necesario permanecer más tiempo aquí, traer provisiones.

—¿Más provisiones?

—Sí.

—¿Y no sabrá nadie que estoy aquí contigo? —Alana se refería a Fabian pero no lo nombró.

—No sería la primera vez que un hombre y una mujer pasan unos días juntos en un lugar como éste.

De pronto se sintió de nuevo atormentada.

—¿Has estado aquí con otras mujeres?

—No —desvió sus ojos, como si el solo mirarla lo disgustara—. Y espero que tu visita termine muy pronto. Por eso iré a Ischia hoy.

Capítulo 10

Diez minutos después, Guy partía en el yate. Le había dicho que se ausentaría por unas horas y que enviaría a una pareja, que vivía en una isla cercana, para que la acompañara hasta que él regresara.

En efecto, ellos llegaron al poco tiempo, pero no hablaban ni una palabra en inglés. Trató de decirles que la ayudaran a escapar y como respuesta sonreían y se fueron a pescar. Cuando vieron que Guy regresaba, saltaron a su bote y se fueron.

Para Alana el día fue muy largo. Eran más de las siete cuando llegó Guy, pero no estaba solo, un hombre caminaba a su lado. A pesar de la distancia Alana se dio cuenta de que no era Fabian. Un grito murió en su garganta, cuando vio que se trataba de Andrew, ¡su hermano!

No supo cómo llegó hasta él, y lo abrazó.

—Andrew —sollozó—. ¡Oh, Andrew! no puedo creerlo.

—Lo siento mucho —dijo Andrew, emocionado, mientras Alana ocultaba la cara en el ancho hombro de él. Guy contemplaba la escena en silencio—. Yo no sabía lo que pasaba, los viejos no me decían nada, y la peor impresión de mi vida fue cuando supe que te habías marchado de Manchester.

Alana se sentía reconfortada y no soltaba su brazo. Consciente de la presencia de Guy, le dijo al oído a Andrew:

—Creo que tú y yo debemos hablar en privado.

—No es necesario. El señor Renwick lo sabe todo y si le hubieras dicho la verdad, te habrías ahorrado muchos problemas.

—Tú… ¿le has dicho todo a él? —la voz de Alana era débil. Se volvió hacia Guy y éste afirmó con la cabeza.

—Sí, lo sé todo. La razón por la que me pediste el dinero y también a Fabian, pero hay otras cosas que no entiendo.

—Ni yo tampoco —interrumpió ella temerosa de que él quisiera investigar aún más—. Dijiste que Fabian vendría aquí, y en lugar de eso es Andrew el que llega —miró a su hermano—. ¿Cómo fue, Andrew?

—Por una verdadera coincidencia, querida. Cuando mamá me

dijo que te habías ido a Londres me alarmé, pero no tanto como al enterarme de que le enviaste un cheque por quinientas libras. Después de eso, volé a Londres y en el Hotel Remax conocí a Fabian; cuando se me acercó creí que era algún funcionario del hotel que llegaba para echarme, pero él me dijo que te conocía, necesitaba hablar contigo, y que creía saber dónde estabas.

—¿Llegaste a Ischia con él? —preguntó Alana incrédula. Andrew afirmó con la cabeza y continuó:

—Pensamos que no te encontraríamos, hasta que Guy llegó.

—¿Pero Fabian no vino contigo ahora?

—No —explicó Andrew, gentil—, él quería encontrarte para pedirte perdón y aclarar el lío en que te metió, y asegurarse de que estabas bien. Dijo que en lugar de preguntarte para qué querías el dinero, perdió la cabeza y trató de hacerte un chantaje. Reaccionó cuando creyó que su novia había sufrido serias lesiones. Él no sabía que el señor Renwick creía que él te buscaba para enamorarte.

—Y, ¿él se ha ido a casa?

—Sí, una vez que todo quedó aclarado, decidió que era lo mejor. Espera verte en Londres.

—¿Y acerca de mamá y papá? —preguntó, olvidándose de Guy—. Aún necesitan el dinero, ¿qué va a ser de ellos?

—Algo debería de pasarles, porque te obligaron a hacer tantas cosas, y además, el hacerte jurar que no hablarías con nadie de sus problemas.

—No creo que se hayan dado cuenta —los disculpó—, tú sabes qué inocentes son. Nunca pensaron cuántas complicaciones acarrearían sus deudas.

—Yo me haré cargo ahora, nena —prometió Andrew cariñoso—, Tally está mejor de salud, viviremos en Londres. Tengo una excelente proposición para trabajar en la televisión.

—¡Oh! eso es maravilloso —Alana sonreía feliz—. Estoy segura de que pronto venderán la casa y estarán tranquilos.

—Ya se vendió, nena —Alana quedó atónita—. Una institución la compró y el mismo agente les encontró una pequeña villa. El dinero que quede será invertido para que tengan una buena renta de por vida. Así que —sonrió satisfecho y continuó—, puedes volver a casa, mi amor. Al señor Renwick se le pagará con sus intereses y como a ti nunca te gustó la carrera artística, buscarás otra ocupación.

—Me gustaría hablar con tu hermana. ¿Te importaría dejarnos

solos unos minutos?; mientras, podrías ir a la casa y preparar el té.

—Claro Guy.

Andrew se dirigió a la casa y Alana se maravilló de ver la facilidad con que él y Guy se habían hecho amigos.

Alana hizo el intento de alejarse, pero Guy la tomó de una mano y le suplicó:

—Por favor, Alana, solo unas palabras.

Alana nunca pensó que él suplicaría, pero, ¿por qué era tan importante para Guy hablar con ella? Su sistema nervioso, reaccionaba, estaba feliz. No creía poder resistir más emociones, sin embargo, se dejó llevar por él.

—Tengo una disculpa que añadir a la de Fabian —comenzó a decir con timidez, soltando la mano de la joven—. Quizá, no toda la culpa fue mía, pero sí cometí un error al sacar conclusiones equivocadas, no solo de tus acciones, sino de tu persona, que es lo más importante. Cuando sucedió lo de Fabian, me convencí de que eras una de esas mujeres que lo hacen todo por dinero.

—¿Quién podría culparte? —Alana trató de aparentar indiferencia—. Como tú dices, no fue culpa tuya que tuviera esa impresión de mí. Yo estaba atada a una promesa, pude haberte explicado algo más y no lo hice, y después todo se complicó.

—El hecho es, que te juzgué mal —dijo con la voz enronquecida —. Y no solo eso —en sus ojos se reflejaba la ira. Alana ignoraba si era en contra de ella o de sí mismo—, debo confesarte que cuando estuvimos en el vestidor me di cuenta de que nunca habías estado con un hombre.

Alana se ruborizó. Él la maltrató consciente de que ella no lo merecía. Lo veía como a un extraño. Era doloroso aceptar que él había perdido el interés por ella, cuando se dio cuenta de su inexperiencia. Y en cuanto al incidente de la playa, tal vez fue una manera de desquitar su ira.

—Por favor, fue culpa tuya tanto como mía, y no hubo ningún daño. Yo podré olvidar.

—¿Puedes?—enarcó las cejas, enigmático—. Bien, entonces no hay más que decir, excepto que espero me perdones por la manera agresiva como te traté en más de una ocasión.

¿Tenía que mencionarlo? ¿Y cómo podía pedir perdón de esa manera tan ruda? Alana se aferró a su último jirón de orgullo, le dijo con frialdad:

—No pienses más en ello. Te aseguro que yo tampoco lo haré.

Alana lo miró con fijeza, pero ese rostro era solo una máscara impenetrable.

—¿Guy? —murmuró Alana acercándosele, cuando por un instante vio en sus ojos una luz que parecía contradecir su expresión de indiferencia.

—¡Maldita seas! —exclamó él furioso cuando sintió la cercanía de Alana—. Por Dios, Alana, dejémonos de sentimentalismos, ¡ya he tenido demasiado!

Esas palabras fueron como una bofetada para ella.

—Vámonos de aquí —Guy la tomó del brazo, por un momento enseguida la soltó, como si le molestara el contacto con su piel—. Si no regresamos tu hermano creerá que he vuelto a raptarte.

Durante la cena, Andrew y Guy charlaron sobre negocios. Alana se retiró a dormir enseguida.

Temprano dejaron la isla, y desde Ischia volaron a Nápoles y de ahí a Londres. Guy se despidió cortésmente de ellos, pero no dijo nada, respecto a volver a verse.

—Si yo fuera tú —le dijo Andrew a Alana, cuando llegaron a Manchester—, borraría ese episodio de mi vida. Guy Renwick es un buen hombre, pero creo que sería mejor que lo olvidaras.

—No te preocupes, estaré bien tan pronto como llegue a casa y encuentre en qué ocuparme.

—Tendrás mucho que hacer —la cálida sonrisa de su hermano la reconfortó—. En la isla te noté perturbada y no quise decírtelo, pero la venta de la casa se cerró la semana pasada y los viejos aún no se han mudado. Hay mucho en lo que puedes ayudar.

—¡Oh, Andrew! Claro que lo haré.

—Yo también les ayudaré, Tally no puede, debe cuidarse hasta que nazca el bebé, pero nos acompañará.

Durante las semanas siguientes Alana estuvo tan ocupada que no tuvo tiempo para pensar. Se sorprendió cuando por primera vez entró con su padre a la nueva casa, y él la llevó a un pequeño huerto en el que pensaba trabajar. Su madre le contó que él había querido ser jardinero pero el abuelo no se lo permitió.

—Bien, papá, esto prueba que nunca es demasiado tarde.

—Sí —dijo Margaret Hurst, alegre—, yo le ayudaré, pues descubrí que es mejor de lo que nunca pensé.

Ellos esperaban con ansia la llegada del nieto. Tally y Andrew

vivían cerca.

Seis semanas habían transcurrido y todos parecían felices, excepto Alana. No sabía nada de Guy y su dolor aumentaba. Trató de olvidarlo, pero solo conseguía dejar de pensar en él mientras estaba muy ocupada.

Una tarde fue por última vez a su antigua casa. Quedaban algunos muebles que se habían vendido con ella, los nuevos dueños tomarían posesión al día siguiente. Al verla casi vacía, se sintió muy deprimida y bajaba la escalera con el fin de marcharse, cuando oyó la campana de la puerta sonando insistente. Pero no, él no sabía dónde vivía.

Molesta fue a abrir.

—¡Oh, no! —exclamó sorprendida. No podía creer lo que veía.

—¿Puedo pasar?

—¿Es a mí a quien buscas?

—Sí.

—¿Para qué?

—Me niego a decírtelo aquí afuera.

—Creo que ya nos dijimos todo —arguyó Alana, agresiva. Guy entró antes que Alana se diera cuenta y cerró la puerta tras él. La abrazó con fuerza y sus besos eran fuego, quemaban su piel.

—¡Oh, Dios! ¡Te he extrañado tanto! Traté de permanecer alejado de ti seis meses, pero ya no puedo más. Creo que voy a volverme loco.

Alana lo escuchó atónita, sin creer en sus palabras.

—No esperaba volver a verte. ¿Cómo me encontraste?

—Andrew me dio la dirección de tu nuevo domicilio y allí tus padres me indicaron dónde encontrarte. ¿Creías que iba a perderte de vista? Todo este tiempo he estado pendiente de ti.

—Andrew nunca me dijo nada —y sintió ira por todo lo que había sufrido creyendo que Guy la había olvidado.

—Yo le pedí que no lo hiciera —explicó Guy—, y él estuvo de acuerdo para que pudieras reflexionar. Yo sabía que tú sentías algo por mí, pero quería estar seguro. Las semanas que pasamos juntos no puede decirse que fueron normales.

—Yo pensé que no te interesaba… —murmuró Alana.

Él sonrió irónico y preguntó entrecerrando los ojos:

—¿Me extrañaste? —y añadió suspicaz—: te veo delgada, pero no sé si es porque me has echado de menos, o por el duro trabajo que has desempeñado.

—Hay algo de eso, Guy —él solo le dijo que la había extrañado, no que la amaba.

Notó que él también había adelgazado.

—Guy —musitó Alana—, ¿estuviste enfermo?

—¡Sí! —respondió, abrazándola—. Enfermo de deseo por ti, muchacha, y no sé si te importé.

Alana se estremeció al volver a sentir los ardientes labios masculinos sobre los suyos. Guy la llevó hasta un sofá sin despegar sus labios de los de ella. Alana sintió que la abrazaba con pasión.

Alana trató de contenerse; su sentido común le decía que antes debía conocer los sentimientos de él hacia ella, pero el ardiente deseo era algo contra lo que no podía luchar. Lo abrazó de su cuello y se dio por vencida.

—Te deseo —confesó Guy.

—¿Solo deseo? —las lágrimas rodaron por sus ardientes mejillas. Guy le aprisionó las manos con una de las suyas y la miró con fijeza.

—¿Deseo o amor? —le preguntó brusco, sus ojos recorrían el cuerpo de ella—. ¿Cuál es la diferencia? Si el amor es desear á alguien hasta que todo se vuelve un dolor insoportable, yo te amo. Pero el deseo es una parte. ¿Qué sería lo uno sin lo otro?

—¿Estás seguro? —murmuró Alana con voz entrecortada.

—¿Seguro? Tiene que ser amor ¿O de qué otra manera se puede llamar este angustioso deseo que se siente por una sola mujer de día y de noche?

Con la mirada Alana le decía lo que él deseaba saber.

—Dilo —la besó de nuevo con pasión.

—¿Es necesario? —suspiró ella sintiendo que los labios de él le trasmitían una fiebre qué recorría sus venas. Deseaba acariciar ese rostro tan amado, y expresarle todo su amor, pero él no dejaba de besarla y ella solo, podía mirarlo con dulzura.

—No juegues conmigo —le advirtió él.

—¡Oh, Guy! Te amo tanto, que todo lo pasado fue para mí un tormento. La última tarde en la isla, yo quería decírtelo pero te vi tan frío y distante que no tuve valor para hacerlo.

—No me recuerdes eso —le pidió—. Era necesario que yo analizara mis sentimientos, para saber lo que realmente quería y entonces venir a postrarme a tus pies. Cuando supe la verdad por Andrew, en Ischia, me llevé la impresión más grande de mi vida.

Alana recordó la ocasión en que se conocieron.

—Guy, ¿acostumbras viajar en tren? Desde que conocí tu verdadera identidad, deseaba preguntártelo.

—No —él negó con la cabeza y con una mano acariciaba el rostro de Alana y luego sus hombros—. Iba en mi coche después de visitar unos hoteles, y sufrí una descompostura seria. Pude haber alquilado otro auto o viajar en avión, que es lo que acostumbro, pero como estaba cerca de la estación, tuve el deseo de regresar en tren a Londres, como verás, fue una verdadera casualidad.

—Aún sigo creyendo que habría sido mejor que te identificaras desde el principio conmigo —se quejó Alana.

—Lo sé, mi amor, pero tú eras una chica obstinada y dudo que me hubiese sido fácil convencerte de que aceptaras mi oferta de trabajo, de saber que yo era tan rico. Pensarías que solo quería divertirme y no te habría vuelto a ver. Tu orgullo, lo noté desde el primer momento.

—¿Te hubiera importado que no hubiésemos vuelto a vernos?

—No bromees Alana, no estoy de humor… —hizo una pausa mientras la acariciaba y la miraba con intensidad—. En cuanto te vi, empecé a enamorarme de ti, algo que nunca creí que me sucediera, y tenía que hacer cualquier cosa para que no te alejaras de mi.

—¿Es por eso que me ofreciste un empleo en el Remax?

—Sí, y cuando Milo me dijo que cantabas bien, creí otra vez en el destino.

—¿Y qué habrías hecho en el caso contrario? —preguntó Alana aturdida.

—Ofrecerte otro empleo, ¿recuerdas que te lo mencioné? Y si no, pues te raptaba. ¡Estaba dispuesto a cualquier cosa!

—Pero acababas de conocerme, Guy.

—De momento tal vez no, pero debes haberte dado cuenta desde la primera vez que te besé.

Alana se ruborizó.

—Y yo que me preocupaba por ocultarte mis sentimientos —confesó—. Pero, después, las cosas sucedieron con tal rapidez, que creí que lo único que te interesaba de mí era el sexo.

—Eso también —y la besó otra vez—. Estaba loco de celos. Cuando cantabas, yo veía el brillo de los ojos masculinos y sentía que odiaba a todos los hombres.

Y con un beso que Alana sintió como de fuego, trató de borrar aquellos momentos de dolor.

Cuando la joven recuperó el aliento, comentó:

—Eso no es nada comparado con el odio que yo sentía hacia la señora Templeton.

—¿Verónica? —movió la cabeza de un lado a otro—. ¿Realmente estabas celosa, querida? Te aseguro que nunca hubo nada entre nosotros. Yo no sabía que ella vendría a Londres, ni que te invitaría a la fiesta de compromiso que yo ofrecería para Jane y Fabián. Después, éste me confesó que te aseguró que yo había pasado el fin de semana con Verónica, pero eso no era cierto, solo somos vecinos. Y cuando tú me acusaste de ser mujeriego, estaba tan furioso que no quise aclararlo.

—Si el tiempo retrocediera y volviera a hacerlo todo de nuevo, estoy segura de que no cometería tantos errores.

—Yo tampoco —musitó Guy al oído de Alana—. Deseaba conquistarte, y me apresuré; cuando tú te enteraste de mi verdadera identidad y me reprochaste con tanta dureza, sentí qué el amor entre nosotros no era posible, que la ilusión solo había existido en mi imaginación e hice lo imposible por olvidarte. Heriste mi orgullo tanto, que pensé que me detestabas.

Alana tenía lágrimas en los ojos, pero sonrió y le dijo:

—Me sentía muy mal, sé que te dije cosas horribles, y no había razón para hacerlo, pero estaba perturbada por el amor que te tenía y no medía las palabras. Después, tú comenzaste a tratarme mal, y yo quería morir.

—Perdóname —la besó de nuevo una vez más—. Fue por mi orgullo herido. Deseaba castigarte, pero debes haberte dado cuenta de que ni por un minuto me separaba de ti. Debí de haber hecho a un lado ese mal sentimiento y aclarar las cosas. Después me enteré de que también habías pedido dinero a Fabian y, además, la ruptura de su compromiso. Por el bien de todos, pensé en alejarte. Enviarte a Ischia.

—¿Así qué arreglaste todo con la ayuda de Milo?

—Más bien lo obligué, porque él no quería ayudarme —admitió Guy—. Aun, ahora, no sé si ya me perdonó y aunque te parezca extraño, Milo tenía fe en ti, mientras que yo dudaba.

—Quizá por eso confió en mí —dijo Alana comprensiva—. He descubierto que el amor, a veces, nos llena de dudas. Y, ¿por qué me seguiste a Ischia?

—Decidí que tu fuga no era muy buena idea. Había la posibilidad de que Fabian se enterara y te siguiera, así que decidí

vigilarte al mismo tiempo que te daría una lección. Y me pregunto, ¿quién se la dio a quién?

Hizo una pausa y agregó:

—En Ischia yo trataba de hacer de tu vida un infierno, y en eso se convirtió la mía. Me aferré a Ellis Lane como a una tabla de salvación, pero ella adivinó lo que yo sentía por ti. Y el llevarte a la isla fue el error final. Cuando creí que te ahogabas, desesperado te saqué, y al verte a salvo, te besé, pero me di cuenta de que ya no podría controlarme. Tenía que irme.

Alana cerró los ojos recordando esos tristes momentos.

—Creí que me odiabas —dijo.

—Y ahora que sabes lo mucho que te amo —la miró con ternura—, mírame, mi amor… —y le tomó la barbilla para contemplar su rostro triste—. Quiero pedirte algo: ¿cuándo nos casamos?

Había tanta impaciencia en su voz que el corazón de Alana comenzó de nuevo a latir con fuerza y respondió:

—Cuando tú lo desees.

Un brillo de triunfo iluminó los ojos grises de Guy, pero, se ensombrecieron de pronto por la pasión desbordada y exclamó:

—Qué te parece mañana. Desde hace semanas lo tengo todo preparado, mi amor. Siempre tuve la esperanza de que me aceptaras.

Alana lo abrazó disfrutando sus caricias.

De pronto, él se separó un poco y emocionada le dijo:

—Si no me detengo ahora, ya no podré.

El cuerpo de Alana clamaba por el de Guy y lo miró con pasión.

—Qué importa Guy, sí nos amamos…

—A mí no me importa —replicó Guy, conteniendo el inmenso deseo de seguir besándola—, pero a ti sí.

—Hasta mañana, entonces —suspiró Alana.

—¿Esa es una promesa, pequeña gatita? —Guy le acarició aveniente la frente y ella vio la sensualidad reflejada en sus ojos—. Espero que no pienses que vas a continuar tu carrera de cantante o ninguna otra después de casados.

—¿No quieres que trabaje?

—No, no quiero —y su voz se hizo más firme al agregar—: Cuando estemos casados solo te ocuparás de mí y de nuestros hijos.

Ella se estremeció.

—¿Será una ocupación de tiempo completo?

—De tiempo completo y de por vida —replicó Guy solemne—.

Te aseguro que los beneficios serán inmensos.

De pronto ella lo abrazó de nuevo y apoyó la cabeza en su hombro.

—Yo solo quiero tu amor —confesó—, nada más.

—Ya lo tienes y te daré más —su voz era profunda, tierna—. Siempre y cuando prometas pagarme con intereses, te aseguro que no te quejarás.

—Estoy segura de eso —murmuró Alana, suspirando.

La respuesta de Guy fue un beso apasionado.

Fin